

AYUNTAMIENTO DE MADRID

REVISTA
DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO VIII.—ABRIL, 1931.—NÚMERO XXX

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

DIRECTOR: MANUEL MACHADO

Redactor Jefe: A. MILLARES CARLO. Secretario: JOSÉ RINCÓN LAZCANO

SUMARIO

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.—*Meléndez Valdés y la literatura de cordel*.
JENARO ARTILES RODRÍGUEZ.—*De la época romántica: Larra y el Ateneo*.
FIDEL PÉREZ-MÍNGUEZ.—*La condesa de Castellar, fundadora del convento «Las Carboneras»*.

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.—*El «Libro de los juicios de las estrellas» traducido para Alfonso el sabio*.

JOSÉ CHACÓN Y DE LA ALDEA.—*Una reforma militar en el siglo XVIII*.

VARIEDADES: AMALIO HUARTE: *La estancia del archiduque en Madrid en 1710*.—A. GARCÍA BELLIDO: *Notas de archivo*.

RESEÑAS: *Gesamtkatalog der Wiegendrucke. Herausgegeben von der Kommission für den Gesamtkatalog der Wiegendrucke* (JENARO ARTILES RODRÍGUEZ).—*Valbuena Prat, Angel. Literatura dramática española* (JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA).—*Díaz Fernández, José. El nuevo romanticismo* (S. DE R.).—*Entrambasaguas y Peña, Joaquín. Varios datos referentes al inquisidor Juan Adam de la Parra* (ENRIQUETA HORS).—*Alonso Cortés, Narciso. Quevedo en el teatro y otras cosas* (JENARO ARTILES).—*Salaverría, José María. Bolívar el Libertador* (RAFAEL ALVAREZ).—*Benítez, José R. Historia gráfica de la Nueva España* (J. D. B.).—*Jarnés, Benjamín. Zumalacárregui: El caudillo romántico* (S. DE R.).—*Lozoya, marqués de. El concepto romántico de la Historia* (J. DELEITO Y PIÑUELA).—*Villa-Urrutia, marqués de. Eugenia de Guzmán, emperatriz de los franceses* (JENARO ARTILES).

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA.

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, calle de Fuencarral, 84, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año.....	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO VIII

ABRIL, 1931

NÚMERO 30

MELÉNDEZ VALDÉS Y LA LITERATURA
DE CORDEL

Por los últimos años del siglo XVIII corrían abundantemente entre las clases bajas de Madrid coplas y cantares de moda, que no se distinguían por su buen gusto ni por sus bellezas literarias. Ya a 2 de mayo de 1789 (1) había dado la Sala de Alcaldes de Casa y Corte un bando de orden del rey en que se decía:

«Que siendo intolerable el abuso que se nota de la facilidad con que muchas gentes sin educación profieren por las calles públicas palabras escandalosas y obscenas, acompañadas de acciones indecentes, para evitar uno y otro conforme a lo resuelto por S. M., ninguna persona de cualquier estado, edad o calidad que sea, profiera en las calles ni en otra parte palabras escandalosas ni obscenas, ni haga acciones indecentes con ningún motivo, antes bien guarden toda moderación, etc.»

Pero la misma normalidad con que el bando se repetía en los años siguientes, hasta 1803, indica bien a las claras que había poca enmienda (2). Y a tales extremos llegó el abuso, que hubo de tomar papeles en ello la prensa. En el *Diario de Madrid* del 17 de septiembre de 1797 se publicó un artículo firmado por Juan Valle y Codes, en el cual se pedía intervención de la autoridad para cortar tales escándalos.

«Hace días —dice— que tengo premeditados algunos escritos sobre la censura de varios abusos populares que como públicos deben reprehenderse públicamente. Uno de ellos, y que merece toda la atención de los que aman la verdadera virtud, es sin duda la libertad, o mejor diría la

(1) A. H. N., Consejos. Papeles de la Sala de Gobierno, 1789, fols. 249-264.

(2) Véase el índice de los bandos en el *Catálogo por materias de la Sala de Alcaldes*, por E. Varón y A. González Palencia. Madrid, Archivo Histórico Nacional, 1925, pág. 614.

licenciosidad con que se entonan una porción de seguidillas, xácaras de caballos, de tiranas, y más que todas el novísimo *Cachirulo*, con el cual, más que con otra canción alguna, se halla la inocencia ultrajada, la moral ofendida, las leyes religiosas y civiles impunemente violadas por una clase de miserables seres que, privados de la vista, no conocen otro triste recurso sino el de emplear sus toscas y discordantes voces en entonar los versos de una poesía soez y hedionda, acompañados de unos mal templados instrumentos.

No sé, Señor Diarista, si por distracción ha llegado Vmd. a notar en todos los barrios de Madrid el empeño con que se canta ese escandaloso *Cachirulo*, con que se repite a todas horas por las criadas, por las hijas de familia, aun por las niñas de seis u ocho años, y eso en una capital de un Reino que blasona de culto y, más que todos, de religioso. No sé si ha oído las estrofas de que se compone, como son las del religioso y la beata, la del tío Pando, la de la tía Matea, la de la tía Juana, la del Intendente.

Si por acaso ha parado su atención, habrá sin duda encontrado la dishonestidad más torpe y descarada; habrá reputado la tal canción de la invención más adecuada para provocar al desenfreno y a la prostitución las pasiones que, bien regidas, hacen la dicha de la sociedad; y sin duda se habrá escandalizado al ver a los balcones niñas, inocentes testigos de esta nocturna diversión llena de esperanza... ¡Ah!, Sr. Diarista Yo me estremezco al contemplar que tengo hijos, y que su educación no depende exclusivamente de mí solo. Yo me estremezco, repito, al contemplar que mis lecciones, ¿qué digo yo mis lecciones?, las de la sana moral y de la religión misma, van a ser muy luego públicamente desmentidas por estos y otros abusos, escudados con una perniciosa tolerancia. ¿De qué servirá el favor del celo paternal cuando los males generales, que tienen tan señalada influencia en el carácter de los individuos, relajan las costumbres, y haciendo que la virtud misma transija con los vicios, forman de la moral un sistema metafísico o de mera especulación, en vez de ser una serie continuada de prácticas útiles al individuo y a la sociedad de que éste es miembro? ¿Qué será de aquellos vivos e íntimos afectos que deberían constituir la felicidad de la sociedad doméstica, este elemento de la felicidad pública, cuando la seducción tiene ganados todos los caminos e invadidas todas las clases del Estado, espiondo el momento en que ha de triunfar del pudor y de la inocencia? ¿Qué habrá que admirar de que la disolución envenene los placeres de la sociedad, de que el amor sea hoy una serie de perfidias, de celos, de infidelidades y de que el insolente adulterio venga por fin a acabar de consumir la ruina total de la buena fe y de las costumbres?

Cuando se está oyendo a la tierna infancia repetir los ecos de ésta y otras inmodestas canciones, y anticipar el impulso del vicio en la naturaleza misma al tiempo de rayar la preciosa aurora de la razón, cuyo sucesivo desarrollo debiera encaminarse a llenar debidamente los importantes fines de la sociedad humana, ¿qué recurso le quedará al hombre de

bien que quiera legar sus costumbres a su posteridad, en que en cierto modo se ve reproducido, sino el de echar mano de una impotente educación negativa, sin poderla justificar casi nunca con la irresistible comprobación del buen ejemplo? ¡Ah! no estará por demás ciertamente todo el celo del Gobierno, de la policía privativa de los Magistrados, y de los Ministros de los altares, cuyos altos destinos tienen por primer objeto la virtud pública, para exterminar ese formidable monstruo de iniquidad que se burla de las santas leyes del recato y de la modestia, que hace ilusorias las máximas más virtuosas, y que opone su infame potestad a la autoridad legítima y al suave imperio de la razón.

Yo espero, Sr. Diarista, que estas consideraciones, dictadas por el más fervoroso deseo del bien, lleguen a noticia de personas que, conservando el amor a la virtud, esfuercen conmigo sus discursos para extirpar semejantes ofensas públicas hechas a la inocencia, y para que se salve a ésta del abismo en que peligra.

Yo quisiera (y es un deseo que me inspira el ardor de mi celo) que no tan solamente se quitasen semejantes canciones a la estólida admiración y curiosidad del pueblo, sino que se opusiese para siempre una barrera a los demás acometimientos del desorden. Yo quisiera ver un establecimiento que tuviera precisamente la censura de las costumbres públicas, y cuya severa inspección privase al vicio de todos sus recursos, dejándolo desterrado a los tristes y oscuros retiros de la prostitución y que en público no hubiese cosa que contribuyese a alterar el progreso del orden. Estos infelices seres cuya existencia depende hoy de unos medios tan mezquinos y perniciosos como son las canciones indecentísimas que forman su profesión, aplíquelos la sociedad a otros destinos, en que sin embargo del defecto de la vista, puedan ser cien veces más útiles al estado, a la patria y a sí mismos; y si necesario fuese, entren más bien en la clase de tantos mendigos como importunan la caridad pública, en lugar de ser los instrumentos de la corrupción de todo un pueblo. La tolerancia del vicio es una verdadera conspiración contra la virtud, dice un insigne escritor.»

Llegó un ejemplar de este número del *Diario de Madrid* a la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla (1) y se trató de ello en el Consejo de 19 de septiembre de 1797, mandando, además, que en lo sucesivo se llevara el *Diario*. Los señores de Gobierno (2) dictaron decreto para que se dijera a la Sala de Alcaldes por medio de su Gobernador que «el Consejo ha tenido noticia de las jácaras o canciones tituladas *El Cachirulo*, y *Canción de las quejas del Zorongo* y *Defensa del Cachirulo*, que venden públicamente los ciegos, y que éstos cantan coplas escandalosas y usan de acciones in-

(1) Se guarda en el expediente sobre recoger inmediatamente las canciones o jácaras del *Cachirulo*, primera y segunda parte, y de las *Quejas del Zorongo* y *Defensa del Cachirulo*, entre los papeles de la Sala de Gobierno del Consejo, A. H. N., leg. 1.752, núm. 4.

(2) Eran Roda, Vilches, Puente, Villanueva, Moreno, Pastor y Arce.

decentes con perjuicio de las buenas costumbres»; que se recogiera por la Sala inmediatamente tales jácaras, y se apercibiese a los ciegos de que serían castigados en caso de reincidencia; que se indagara quién era el autor de las canciones, dónde se habían impreso y reimpresso, y por quién se había dado la licencia, incautándose de los ejemplares que hubiera; y que cuidara celosamente la Sala de que se cumpliera el bando en que se imponían penas a los que usaban de palabras deshonestas. Sin perjuicio de todo ello, mandaba preguntar al juez de imprentas que remitiera la censura de esta publicación, en caso de que se hubiere solicitado licencia para imprimirla.

El juez de imprentas, conde de Isla, contestó que en su juzgado no había rastro alguno de tales coplas, y comunicado esto a la Sala, fué comisionado por ella D. Manuel Pérez Rozas (1) para hacer las oportunas diligencias.

Recogió en seguida los citados papeles, que eran tres, y se unieron al expediente.

Creemos útil reproducirlos, no porque los creamos de belleza literaria, sino como documentos para quien se proponga alguna vez la tarea de estudiar la *literatura vulgar* española, que no debe confundirse con la *literatura popular*, o por lo menos debe intentarse la debida separación.

Conviene aclarar también el sentido de las palabras *Cachirulo* y *Zorongo* para comprender las alusiones de las coplas.

Cachirulo tiene, según el *Diccionario* de la Academia, el sentido de «adorno que las mujeres usaban en la cabeza a fines del siglo XVIII», y en estilo bajo la acepción de «cortejo», «persona que tiene relaciones amorosas con otra, y especialmente si éstas son ilícitas». Y todavía se llama *Cachirulo* en Aragón al pañuelo en forma de venda que los hombres se ponen a la cabeza.

A la palabra *Zorongo* da el *Diccionario* de la Academia el sentido de «pañuelo doblado en forma de venda que los aragoneses y algunos navarros del pueblo llevan alrededor de la cabeza», y además el de «moño ancho y aplastado que usan algunas mujeres del pueblo», el de «baile popular andaluz» y la «música y canto de este baile».

Los bailes del *Zorongo*, en compás de 3 por 8, y del *Cachirulo*, dice Mitjana, son, como otros muchos, de «movimientos endiablados y provocativos, de ademanes lascivos y excitantes, llenos, en una palabra, de sapientísimas alusiones a lo más llamativo y picante del amor» (2).

(1) Había tomado posesión de su plaza de alcalde de casa y corte en 3 de diciembre de 1789. (Véase *Catálogo de la Sala*, pág. 786.)

(2) R. Mitjana, *Discantes y contrapuntos*, Valencia, Sempere, s. a., pág. 166-167.

«Curiosas coplas que declaran el chasco que ha sufrido un sugeto, que ha venido en uno de los Barcos de América, por quedarse elevado al oír cantar a una Niña la nueva tonada del Cachirulo.

PRIMERA PARTE

De la América he venido
entre el ayre y entre el agua,
en un barco de madera.
El cachirulo del marinero,
que en media hora
gasta el dinero.
Cachirulo mío
de mi corazón,
¿por qué estás así?
¿Qué te hecho yo?
No te he hecho nada.
Verá Vmd. qué ruido
da mi llegada.

Al punto que salté en tierra
hallé una buena muchacha,
con su mantilla de motas,
que el corazón me robaba.
El cachirulo de su salero,
a combidarla
fuí con esmero.
Cachirulo mío
de mi corazón,
¿por qué estás así?
¿Qué te hecho yo?
Yo no te hecho nada.
¡Ay!, qué cara que tiene
tan resalada.

Me dijo que si quería
irme con ella a su casa;
me divertiría oyendo
una moderna tonada.
El cachirulo, como era bella,
callé mi boca
y me fuí con ella.
Cachirulo mío
de mi corazón,
¿por qué estás así?
¿qué te hecho yo?

No te he hecho nada.
Este canto, Señores,
es de Granada.
A su casa me llevó,
cuyas señas no he de darte,
que si alguno las aprende
puede ir corriendo a buscarla.
El cachirulo de mi muchacha
tiene salero,
sandunga y gracia.
cachirulo mío
de mi corazón,
¿por qué estás así?
No te enojas, no.
No tengas tú pena.
Vivan los ojos bellos
de mi morena.

Le trajo una hermana suya
una pulida guitarra;
cantaba muy grandemente,
y mucho mejor tocaba.
El cachirulo del marinero,
viva mi niña
que es un salero.
Cachirulo mío
de mi corazón,
¿por qué estás así?
¿Qué te hecho yo?
Un refrán decía
que lo que bien se quiere
tarde se olvida.

Pregunté, como es costumbre,
el nombre a las dos hermanas;
una me dijo María,
y la otra me dijo Juana.
El cachirulo de mi María
tenía cara
de relamida.
Cachirulo mío
de mi corazón,
¿por qué estás así?
¿Qué te hecho yo?
No te he hecho nada.
Verá V. md. si éstas urden
una chuscada.

Me preguntaron las dos
de que cuándo se cenaba;
la cena no fué tan floja,
pues cien pesos me costaba.

El cachirulo de Doña Juana,
toda la noche
está a la ventana.
Cachirulo mío
de mi corazón,
¿por qué estás así?
No te enojés, no.
Viva tu salero.
Vaya, que no conoces
lo que te quiero.
Acabamos de cenar,
volvió a tomar la guitarra,
me cantó su cachirulo
con tres montones de gracias.

El cachirulo de mi comadre
todas las noches
sale a la calle.
Cachirulo mío
de mi corazón,
¿por qué estás así?
¿Qué te hecho yo?
No te he hecho nada.
¡Ay!, qué cara tan mona,
y tan resalada.

Salió la una allá fuera,
y de improviso llegaba,
diciendo salga a la calle,
que a la puerta me llamaban.

El cachirulo de mi madrina
todas las noches
va a la cocina.
Cachirulo mío
de mi corazón,
¿por qué estás así?
¿Qué te hecho yo?
No te hecho nada.
Verá Vmd. lo que urden
estas taimadas.

En cuanto salí a la calle
a mirar quién me buscaba,
diéron un grande portazo,
y en la calle me dejaban.

El cachirulo, tener cuidado
con las fatigas
que yo he pasado.
Cachirulo mío
de mi corazón,
¿por qué estás así?
¿Qué te hecho yo?

No tengas tú pena.
tomen el escarmiento
en cabeza ajena.

Para más buena fortuna,
dos gatos riñendo estaban
en un balcón, y cayeron,
y en mi cabeza pegaban.
El cachirulo, gatos extraños,

pero las gatas
hacen más daño.
Cachirulo mío
de mi corazón,
¿por qué estás así?
¿Qué te hecho yo?
¿Por qué no me quieres?
Malaya quien se fía
de las mujeres.

Tomarán en mi escarmiento
de lo que a mí me pasaba,
gracias que el demás dinero
a bordo me lo dejaba.

El cachirulo del dueño mío,
todas las noches
muerto de frío.
Cachirulo mío
de mi corazón,
¿por qué estás así?
¿Qué te hecho yo?
No te he hecho nada.
Dios me libre los ojos
de una preñada.

Aquí se acaba mi historia,
aqueste consejo vaya:
a las hembras, desde lejos,
mirarlas y no tocarlas.

El cachirulo, tonada nueva,
vengan tres cuartos,
y se la llevan.
Cachirulo mío
de mi corazón,
¿por qué estás así?
¿Qué te hecho yo?
Gasta disimulo,
y aquí acaban las coplas
del Cachirulo.»

De este papel recogieron hasta 30 ejemplares incorporados al expediente. 22 ejemplares encontraron de la

SEGUNDA PARTE

«Se presenta el cachirulo
como buen americano,
yo defiende su opinión
porque me gusta su garbo,
y así zoronguillo
prevén tus orejas,
verás de que sirven
tus azañas viejas;
hoygan las razones,
dénme la razón,
porque a ese zorongo
qué le hecho yo,
no le hecho nada,
pues dígame a qué viene
con tal tostada.

Si yo conté aquel suceso
que pasó con la tomada
tu contaste el de la tuya,
y así en esto estamos pata;
fué más modesto mi hablar en ella,
aunque el petardo
los empareja,
pues diga el zorongo
falto de razón,
por qué me persigues,
qué te hecho yo,
no te hecho nada,
con decir que es la mía
mejor tonada.

No fué el zorongo tan noble
pues dió su lustre barato,
y se metió a comerciante,
porque al fin entró en teatro:
por lograr aplauso
fué su diferencia,
y yo lo he logrado
sin tal diligencia;
y así zorongo
diga sin pasión;
que por qué está así
qué te hecho yo,

no le hecho nada,
con decir que tu honra
se ve ultrajada.

Es verdad que el cachirulo
cien pesos gastó en cenar,
aún se dejó en su tierra
más de cien mil que gastar;
pero ese zorongo
siempre andubo errado,
que vino por lana
y fué trasquilado;
pero muchos baylan
este mismo son,
y las damas dicen
qué te hecho yo,
no te hecho nada,
más vale quitar pelos
que andar pelada.

Vino el buen americano,
y es de la última moda,
se alegra la gente toda,
campa en los peynados,
trages y abanicos,
pero ya el zorongo
va dando de ocicos:
viejo impertinente,
marcharé a un rincón,
pues con mi fortuna
qué te hecho yo,
no te hecho nada,
con decir que tu estilo
ya nos enfada.

Digan todos cuantos canten
del cachirulo los lauros,
que es afable, rico y noble,
por todos cuatro costados:
diganlo las damas,
que con disimulo,
lleban cuatro palos
por el cachirulo:
digan los galanes,
cuya discreción,
les mueve a que digan
qué te echo yo,
no te echo nada,
por qué dejas mi bolsa
desocupada.

Verán en el cachirulo
que a ningún hombre importuna,

antes por él se ven muchos
que se quedan a la luna:
hay muchas damas,
con ricos arreos,
hermosos los rostros
aunque sean fieros;
dígalo la plaza,
la Puerta del Sol,
pues si es verdad esto
qué le hecho yo,
no le hecho nada,
con que sea mi persona
afortunada.

Tan aplaudida en la Corte
fué de todos y apreciada
la moda del cachirulo,
como lo fué su tonada:
el que lo contrario
diga ente las gentes
será tan borrico
como los presentes
ninguno se pique
que no es de ocasión,
porque no digo a nadie
qué le hecho yo,
no le hecho nada,
para que tenga queja
de mi chulada.

Es el cachirulo el gusto
de los galanes modernos,
el festejo de las damas
y de todos el infierno:
que por su malicia
hace estos portentos
y sus maravillas;
todos son contentos
porque es para todos
sin ponderación,
y así en alabarle
qué le hecho yo,
no le hecho nada,
no le cante el menguado
que no le agrada.

A quien cantó el cachirulo
qué de vítores le dieron,
y a quien defendió el zorongo
qué de desprecios le hicieron:
diéronle palmadas
al del cachirulo;

pero el del zorongo
con gran disimulo
se escapó afrentado,
y allá en un rincón
decía a sus solas,
qué te hecho yo,
no te hecho nada,
para que mi persona
dejes afeada.»

En el mismo pliego sigue impresa la

*«Canción nueva de las quejas del Zorongo y defensa del Cachirulo, moda
usada entre las petimetras.»*

PRIMERA PARTE

La defensa del zorongo
quiero tomar a mi cargo,
que el perverso cachirulo
solicita desterrarlo.

¡Ay zorongo, zorongo, zorongo!
no lo lograrás si a tu lado me pongo,
porque aunque en el día te ves abatido
no te quitarán el honor adquirido.

El zorongo vino a España
sin más recomendación
que la que él en sí tenía
y la que el vulgo le dió.

¡Ay zorongo, zorongo, zorongo!
que a tus alabanzas mis voces dispongo,
las damas con modas vítores te aplican
desde la más pobre hasta la más rica.

El zorongo, la ventaja
logró de verse aplaudido,
y en el teatro ocupó
no pocas veces el sitio.

¡Ay zorongo, zorongo, zorongo!
mira en tu defensa como aquí me pongo;
ríndele las gracias a la bella dama,
que con su gracejo te dió nombre y fama.

Se ha introducido el zorongo
y por su antigua nobleza
logró el general aplauso
entre toda la grandeza.

¡Ay zorongo, zorongo, zorongo!
que tus travesuras por hazañas pongo,
por cuyos blasones, honor y grandeza
te traen las damas hasta en la cabeza.

Hasta la cabeza digo
por tus milagros probados,
hasta ahora y hasta luego
traen diversos casados.

¡Ay zorongo, zorongo, zorongo!
que de tanto hasta hablar no propongo,
que desea el discreto si mi más estima,
y si no le caiga las astas encima.

De las columnas de Cádiz
viniste rico a Madrid,
a enriquecer a las damas
y a galanes destruir.

¡Ay zorongo, zorongo, zorongo!
canten las señoras cuanto aquí supongo,
y que eres piadoso más que cuanto hablo,
bues de comer diste hasta el mismo diablo.

Tu has venido desde Congo,
y como fuerte africano
pasaste, por tu bondad,
de ser moro a ser cristiano.

¡Ay zorongo, zorongo, zorongo!
que entre los cristianos porque estás te pongo,
porque tu malicia entre ellos hacía
lo que hecho no hubiera aún en morería.

Los consejos de tu madre,
fundados en darte honores,
dieron que estudiar a muchos
curas y predicadores.

¡Ay zorongo, zorongo, zorongo!
que aquí tu malicia por blasón te pongo,
porque ella fué causa, para que te alaben,
de aumentar los toros como ustedes saben.

Por ti sin trabajar comen
muchos holgazanes malos,
y por ti muchas mujeres
llevan por comidas palos.

¡Ay zorongo, zorongo, zorongo!
más que el diablo hazañas a ti te antepongo;
que todos te llevan en sus calaveras,
ellas en peinados y ellos en monteras.

En cantar tus alabanzas
mi lengua no se reporte,
y si no digan la causa
por qué te aplaudió la Corte.

¡Ay zorongo, zorongo, zorongo!

que fuiste aplaudido por lo que supongo,
porque tus prodigios son tan singulares
que por ti los lobos vienen por las calles.

Entiéndame quien me entienda,
pues por ti vino el socorro
de putierres a porcunia,
a cabra, toro y monarro (*sic*).

¡Ay zorongo, zorongo, zorongo!
qué bien que nos viene del reino del Congo,
sean pues eternas tus modas y galas
y siempre se usen monteras con mangas.

Pero dime, cachirulo,
¿no fuiste tu un marinero
que en vez de hazañas has dado
muestras de un gran majadero?

¡Ay zorongo, zorongo, zorongo!
que aquí hay que mirarte con máxima y longo,
mas tu majo nombre sólo es cachirulo
que al mudar tres letras dice casi culo.

Vuelve a la América, tonto,
entre aquellos indios bravos,
podrás ser más aplaudido
porque aquí serás mi esclavo.

¡Ay zorongo, zorongo, zorongo!
que a este cachirulo desterrarlo dispongo,
vaya enhoramala que por su fiereza
no entró en el teatro ni habló a la grandeza.

Se hallará en Valencia en la imprenta de Agustín Lobarda; vive en la Bolsería, donde se hallará (1).»

Recogidos los ejemplares en cuestión, el alcalde procedió a requerir a los ciegos que no volviesen a vender ni a cantar sus coplas, bajo los apercebimientos consiguientes, «como así se verificó —dice la Sala—, no volviendo a oírse semejantes coplas en esta Corte desde aquella hora».

Siguió la indagatoria sobre los autores de dichos papeles e impresores que los habían tirado. De la información hecha, y según declaración de los mismos ciegos, resultó haber sido dos de ellos, Francisco Pérez y Pedro Micó, «los que compusieron y sacaron la canción *De las quejas del Zorongo* y el *De la América ha venido*, pues el otro del *Cachirulo* había ya venido impreso de Sevilla, habiendo sido reimpresso éste en la oficina de Manuel Alvarez, calle de Capellanes, y los otros dos, así en el año

(1) Estos ejemplares de la segunda parte eran de otra edición distinta que el primero presentado al Consejo, y acaban con esta indicación: «Se hallará en Málaga, en la imprenta de D. Félix de Casas, frente del Cristo de la Salud». Como veremos después, los dos pies de imprenta son falsos.

anterior como en el próximo pasado, en la de D. Antonio Cruzado, calle del Prado, sin licencia alguna para ello, pues aunque este ha estado constante negativo, sin embargo de los apremios, recombenciones, y careos de los mismos ciegos, se halla plenamente convicto, por el reconocimiento y cotejo de las letras de la fundición de su imprenta con la de dichos papeles, que expresan combenir en todo los Regentes D.ⁿ Benito San Per y D.ⁿ Bernardo de Humanes, nombrados para la practica de esta diligencia».

En vista de todo lo cual, y oído al abogado fiscal, la Sala acordó, en 31 de enero de 1798, que se hiciese saber a los ciegos que no procediesen jamás a imprimir ni reimprimir papel alguno de esta clase, sin que precediera la licencia del juez de imprentas; advirtiéndoles «que si se excediesen en proferir equívocos, ó usar de acciones descompuestas y provocativas en sus canciones, se les recluirá indispensablemente en el Real Hospicio de San Fernando por el tiempo que fuese del arbitrio de la Sala, la que siempre ha celado y celará en que así se observe».

Al impresor Alvarez, por haber demostrado su buena fe, no se le castigó, previniéndole tan sólo de que en lo sucesivo se abstuviera de imprimir semejantes papeles, sin el debido permiso del juez; pero al impresor Cruzado, además de este mismo apercibimiento, se le puso la multa de treinta ducados «por la temeridad que ha tenido en su negativa en ofensa de la sagrada Religión, del juramento y poco decoro de la autoridad judicial».

No accedió el Consejo a la petición de Cruzado de que se le condonase la multa. «Ya en la prisión y ya en los muchos gastos de carcelaje —decía— ha padecido su casa y familia una total ruina, pues se halla con cinco hijos constituidos en una indigencia absoluta». Y el informe de la Sala de 31 de enero contestaba al Consejo diciendo haberse enterado, «y no ha dejado de advertir la blandura con que la Sala ha tratado a los impresores en las graves faltas en que respectivamente han incurrido, y que espera estará a la mira para que en lo sucesivo no se cometan semejantes excesos».

* * *

Mas no tardó en repetirse el abuso de circular coplas semejantes, impresas sin la oportuna autorización. Comenzaron a correr por Madrid las

*Nuevas coplas en alabanza de nuestra España, de la guerra
que ha comenzado:*

Nuevas coplas se han dictado,
las que vamos a cantar
de lo que pasa en España,
Inglaterra y Portugal.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

Ingleses y Portugueses,
comenzad a retirar,
si Gibraltar no se entrega;
con bombas le han de abrasar.

Todas las muchachas lloran,
ya no se podrán casar,
pues segunda vez sus majos
las armas han de tomar.

Si sus majos marchan fuera,
a las muchachas va mal,
pues con ciegos, cojos, mancos,
ellas se habrán de abrazar.

La guerra está publicada,
las tropas marchando van
a Gibraltar y a la Raya
del Reyno de Portugal. Etc.

Hacemos gracia al lector del resto de tal composición, ñoña y estólida, que produjo la indignación de los Consejeros de Castilla.

La Sala, de orden del Consejo, inició en 5 de febrero de 1798 las oportunas diligencias para recoger los ejemplares, para apercibir a los ciegos que contravinieran a lo mandado de que se procedería contra ellos y para averiguar quiénes eran los impresores.

Dieron la primera pista los ciegos Manuel de Moya y José Moreno: por ellos se supo que Juan de Cuesta vendió algunos, y a éste se los dió José Amorós, el cual se los había comprado a un ciego en Arévalo, quien le dijo estar impresos en Valladolid. Pasado el asunto a la Chancillería de esta ciudad, a instancias del fiscal de la Sala de Alcaldes, que era Meléndez Valdés, se prosiguieron allí las diligencias, por las cuales se llegó a saber que el impresor había sido Andrés Aparicio, yerno de Andrés Garrido, que había seguido el texto de otro ejemplar impreso en distinto sitio (1).

Vuelto el expediente al fiscal, dió un informe de un gran interés literario y crítico.

Publicamos el informe tal como salió primitivamente de la pluma de Meléndez, aunque el texto, amplificado y modificado, lo convirtió el fiscal de la Sala de Alcaldes en el *Discurso sobre la necesidad de prohibir la impresión y venta de las jácaras y romances vulgares por dañosos a las costumbres públicas y de ser sustituidas por otras canciones verdaderamente nacionales, con motivo de ciertas coplas mandadas recoger por orden superior*, conservado en el Manuscrito 17.811 de la Biblioteca Nacio-

(1) Se conserva este ejemplar en los autos, así como el primero.

nal de Madrid y publicado en el tomito de Meléndez *Discursos forenses*, Madrid, Imprenta Real, 1821:

«El Fiscal, vistas las diligencias practicadas de orden del Consejo para recoger las *Coplas en alabanza de nuestra España en la guerra que ha comenzado*, que obran en el expediente, prohibir su venta, indagar su autor, dónde y con qué licencias se han impreso, recoger quantos exemplares haya de ellos, informándole de todo, Dice: Que las coplas se han impreso en Valladolid por D. Andrés Aparicio, sirviéndole de texto un exemplar impreso en otra parte, que presentó allí a su muger D.^a Basílisa Garrido en Septiembre del año pasado, hallándose el ausente, un ciego, a quien ninguno de los dos conocen; que como las vió impresas no tuvo reparo su buena fe en reimprimirlas otra vez; y que de ellas había dado algunas a los ciegos de aquella ciudad, que se procuraron recoger, según el encargo de la Sala, así como quantas existían en poder del impresor D.ⁿ Andrés. Se ha hecho cotejo por peritos de la letra del autógrafo o exemplar que exhibió el Impresor y le sirbió de texto, con todos los caracteres y grados de su Imprenta, y resulta sin ninguna duda ser distintos enteramente de ellos, y libre por tanto en esta parte de toda sospecha el Impresor.

El Fiscal no ve en las coplas ni sentencia, ni palabra, ni cosa alguna que pueda ofender al más escrupuloso, sino lo ridículo y miserable de todas ellas: son tan necias y sandias, que entre quantas venden los ciegos de toda España, ningunas se hallarán que lo sean tanto, o al menos que las excedan, y por lo mismo es poco digno de la sabiduría del Consejo y la Sala detenerse por más tiempo en cosas tan pequeñas.

El Impresor de Valladolid ha procedido de buena fe, aunque con ligereza, y quando más será acreedor a alguna leve multa, y un apercibimiento para en adelante. Las coplas deben romperse o quemarse por ridículas; y lo que ha de merecer la atención del Consejo y la Sala, si desean emplearse con utilidad en este punto, es *generalizarlo*; y, examinándolo atentamente, según sus verdaderas relaciones morales y políticas, prohibir de una vez tanto romanzón y coplas indecentes y perjudiciales, como se venden en cien puestos por toda la Nación, en ofensa del buen gusto y las costumbres.

Todas estas producciones, o más bien abortos de la necesidad famélica y la más crasa ignorancia, o son historias y vidas soñadas de foragidos y sus guaperías, con resistencias continuas a la Justicia y sus Ministros, robos y atropellamientos de doncellas, muertes violentas, desacatos de los templos y otras tales maldades, que, aunque contadas groseramente y sin aliño, encienden las imaginaciones débiles, para quererlas imitar, y han llevado tal vez algunos al cadahalso; o son cuentos de condenados; milagros supuestos, y falsas devociones, que pervierten la razón de la juventud española, desde la misma infancia, dándola ideas falsas e injuriosas de lo más santo de la religión y sus misterios, de las prácticas piadosas y la virtud; o son en fin narraciones indecentes de obscenidades y groserías,

que ofenden a la par el buen gusto, el relato y la decencia pública, corrompen el espíritu y el corazón, y hacen a las veces en uno y otro impresiones indelebles.

Todos por desgracia hemos leído y aprendido de estas cosas; nos hemos embebecido en ellas; y apenas habrá uno que si examina bien su corazón, y el orden y progresos de sus ideas, no pueda atribuirle algún defecto moral, o algún error mental, que ha tenido con el tiempo que corregir y rectificar a mucha costa suya.

La ilustración y cultura de los presentes tiempos, las buenas disposiciones que tiene la Nación para que se la forme y llene de ideas y principios exactos que circulen y se hagan familiares entre todas las clases, y sobre todo la necesidad en que se halla el Gobierno de ejecutarlo así, y utilidades que de ello le vendrán, eran merecedoras a otro género de composiciones y poesías, que no respirasen sino sensibilidad y probidad, inspirasen a todos las virtudes domésticas y sociales y formasen los ánimos a la compasión, a la rectitud, al heroísmo y al amor de la patria y de nuestros semejantes. Así las tuvimos en parte en el siglo xvi y los anteriores, aunque menos cultos y aliñados, y debemos renovarlas en el presente. No había en aquéllos una victoria de los moros que no tuviese sus romances y no fuese cantada por el Pueblo, ni desgracia que no fuese llorada. Todos en él tomaban parte por este medio en sus fortunas y sus hazares; los ánimos se encendían en amor nacional y no respiraban sino patriotismo. El Romancero del Cid y otros antiguos cancioneros son buena prueba de esta verdad; y si hoy nos agradan y entretienen tanto, y aun nos inflaman en medio de su rudeza y la inmensa distancia del tiempo y de los personajes, ¿qué efectos no harían en los ánimos de nuestros abuelos, que tocaban con la mano los hechos y tal vez conocían a los actores?

La Música y la Poesía son necesarias al hombre en todos los estados y puntos de civilización en que se halle. Desde el salbaje más rudo al cortesano más delicado o corrompido, todos sienten su necesidad y gustan de ellas, y todos hallan en una y otra su entretenimiento y su recreo. Así que deben ocupar la atención del Gobierno para llevar por su medio los hombres al bien y sacar de entrambas las ventajas políticas que pueden producir en el día, como produjeron en toda la antigüedad.

El descuidarlas, pues, es abandonar un camino tan seguro como fácil de instruir entreteniéndolo y formar y dirigir los ánimos. Los mismos que hoy cantan y recitan las coplas de *Francisco Estevan*, las de los *Siete hermanos bandoleros*, *Pedro Cadenas* y otras tales, aprenderían con indecible más gusto, en unos romances sencillos y dictados por las musas y el patriotismo, los hechos de armas y virtudes domésticas de nuestros esclarecidos abuelos, que los llenarían de entusiasmo y excitarían poderosamente a imitarlos y seguir sus huellas; ¿y cuál otra nación puede celebrar ni más nombres ilustres, ni más acciones grandes, ni gloriarse de más constancia, más heroísmo y más virtudes?

Este sería también un medio fácil y seguro de enseñar al Pueblo y ha-

cerle familiar los rasgos principales de nuestra historia, o las máximas y principios más importantes de la moral, de que no se da a nuestra juventud noción alguna, y que tanto se echa menos en la conducta de la vida. Estas máximas han estado en verso en todos los pueblos; y así cantadas desde la niñez se fijaban para siempre en las almas de todos, y se fijarían ahora si hiciésemos lo mismo.

Los antiguos griegos y romanos con sus himnos y odas, la Edad Media con sus trobas caballerescas y los prusianos y franceses modernos han sacado grandísimas ventajas de unas poesías y canciones, cual el Fiscal desea entre nosotros. Tal vez las victorias de Federico II y la República francesa se deben en mucha parte al valor y entusiasmo patriótico que inspiraron a los ejércitos sus cánticos marciales.

Ni faltarían tampoco ingenios y poetas españoles amantes de la Nación y la Humanidad que trabajasen estos romances si se llamase su atención hacia tan digno objeto y vieses en él una perspectiva de gloria, o la esperanza del premio y la consideración pública, que tanto anhelan las letras y sus profesores: hoy no lo ejecutan por no verse tal vez confundidos con el ciego *Lucas del Olmo*, sevillano, y otros miserables xacareros que llenan los puestos y tendidos de los romancistas y sus composiciones entre las heces y miserias que en ellos se ven.

Pero si de suyo no lo hiciesen, por el sumo descrédito en que han caído los romances o xácaras de contrabandistas y guapos ante toda buena razón, el Fiscal cree que deberían ser buscados y excitados por el Ministerio a este loable y utilísimo trabajo, sobre lo cual algunos premios propuestos por la Academia Española, algunas insinuaciones y, caso necesario, algún encargo y precepto del mismo Gobierno, nos harían bien presto ricos en romances y composiciones verdaderamente nacionales, que enseñasen la historia y la moral y pudiesen entretener con utilidad el ocio del pueblo, o aliviarle en sus trabajos.

La presente ocasión es muy digna de aprovecharse por la Sala para tan saludable reforma; y el Fiscal cree que pudiese, si lo tiene a bien, al mismo tiempo de informar al Consejo sobre las coplas del expediente, según ya queda expuesto, representarle los daños de las demás, la necesidad de prohibirlas todas, la utilidad de sustituirle otras compuestas por el buen gusto y la razón, los grandes beneficios que de ello pueden resultar a las costumbres y los medios facilísimos de ejecutarlo; o en otro caso resolverá lo que tenga por conveniente.

Madrid y junio diez de mil setecientos noventa y ocho.—*Meléndez Valdés.*» (Firmado.)

La Sala plena (1), a 15 de junio de 1798, proponía que se condenara a Andrés Aparicio, impresor de Valladolid, a diez ducados de multa, y en

(1) La componían el gobernador D. Antonio González Yebra; el marqués de Casa García, D. Francisco Eugenio Carrasco, D. Manuel del Pozo, D. Francisco Policarpo de Urquijo, D. Domingo Antonio de Miranda, D. Sebastián de Torres, D. José Navarro, D. Domingo Fernández Cambrónero, D. Pedro Nicolás del Valle, D. Luis Meléndez y D. Manuel Pérez de Rozas.

¹ Las costas mancomunadamente con Diego Rodríguez, Fernando Santarén y Miguel Rodríguez, copleros y vendedores de ellas en aquella ciudad, y con José Amorós y Pedro de Cuesta, que lo hacían en esta corte; que se apercibiera a vendedores y ciegos para lo futuro, y que se hiciera presente al Consejo la doctrina expuesta por el fiscal de la Sala, Meléndez Valdés.

Trasladóse al Consejo el informe de Meléndez en 18 de junio, y los tres fiscales del Consejo se mostraron de acuerdo con éste, pidiendo que se enviaran los antecedentes de aquel asunto. Como tales fueron al Consejo el expediente de recogida del *Cachirulo* y el *Zorongo*; otro expediente de 1766, entre Marcos García y la Hermandad de ciegos, sobre venta de la *Gaceta* y otros papeles (1), y la Real cédula de 21 de julio de 1767, que prohibía «por punto general que se puedan imprimir pronósticos, romances de ciegos y coplas de ajusticiados».

Nada práctico debió de hacerse de lo que Meléndez proponía, a juzgar por la exuberancia de la producción de coplas y romances que continuó habiendo en el siglo xix (2).

* * *

No estará de más añadir que la observación de Meléndez Valdés acerca del valor literario de los romances viejos y artísticos es exacta, pero incompleta. También en el siglo xvi corrieron profusamente libros de cordel con coplas y cantares que eran desde luego más desvergonzados y obscenos que estas pobres canciones del *Cachirulo* y del *Zorongo*. Basta con citar algunos títulos de los que hoy son obsesión de los bibliófilos: «Copla que hizo tremar a una alcahueta que avía engañado ciertos caballeros trayéndolos en traspasos engañosamente» (hacia 1530), las «Coplas contra las ramera» (hacia 1530), las «Coplas compuestas a modo de chiste de un clérigo que tenía amores con una labradora, y de cómo un día, mientras fué su marido a la arada, él entró con ella». Basta con leer algunas de las que está reproduciendo fotográficamente D. Amalio Huarte en la *Revista de Archivos* para ver la grosería y procacidad de muchas composiciones.

Conviene, pues, distinguir las composiciones *populares*, obra de artistas que han interesado al pueblo, y las composiciones *vulgares*, obra del *profanum vulgus*, divulgadas y repetidas por la consecuencia natural psicológica de aquello de *stultorum infinitus est numerus*. Hay que cuidar mucho en la apreciación de la llamada *literatura popular*.

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA

Real Academia de la Historia.

(1) Este expediente no está ahora junto con los otros papeles.

(2) Puede verse una buena colección en el Catálogo núm. 39 de la Librería antiquaria de Antonio Palau, Barcelona, 1930.

DE LA ÉPOCA ROMÁNTICA

LARRA Y EL ATENEO

I

En los días actuales se proponen los hombres de letras españoles celebrar el centenario del Romanticismo sin acertar o haberse puesto de acuerdo todavía sobre la fecha exacta en que se ha de localizar el acontecimiento que se va a conmemorar. El Romanticismo español se debe casi en su totalidad al Romanticismo francés, cuyos escritores anduvieron en las manos de todos los literatos románticos españoles; pero entre nosotros tiene caracteres especiales que lo distinguen del movimiento romántico en otros países: el más destacado, el que Alomar con frase feliz califica de «romanticismo bárbaro» (1) o resurrección de temas de leyenda medievales adaptándolos a las circunstancias en que tales temas resucitaban (2). Hay otro carácter muy acusado en el Romanticismo español: el afán renovador en política. Y no sin razón. La generación romántica desembocó en el año 1830, alejada por completo de la vida civil y de la intervención en la política, después de dos malogrados ensayos con que sus padres intentaron romper la secular intransigencia de la monarquía española: 1812-14 y 1820-23. En ese mismo año y en el siguiente, por el matrimonio de Fernando VII con doña Cristina, y más aún, a partir de 1833, con la muerte de aquel paradójico *Deseado*, se fueron aflojando hasta romperse las ligaduras que ataban a todo un pueblo que forcejeaba desde diez años atrás por ser libre; y toda aquella generación joven y entusiasta, llena de las ideas estéticas y políticas de la Europa libre, quiso respirar a pleno pulmón los nuevos aires que le venían y vivir en toda su intensidad la vida ignorada hasta entonces que empezaba para los españoles.

Para buscar una fecha en que fijar la de comienzo del Romanticismo, hay que tener en cuenta que éste no pudo manifestarse íntegramente antes del feliz, para los españoles, 28 de septiembre de 1833, en que al *Deseado*

(1) *Ideario español*, «Figaro». Recopilación de Andrés González Blanco, prólogo de Gabriel Alomar. Madrid, Biblioteca Nueva [1925], pág. 21.

(2) *Abén-Humeya* y *La Conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa; *Macías y El Doncel de Don Enrique el Doliente*, de Larra; *Don Alvaro*, del Duque de Rivas; *Los Amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, etc.



Lám. I. - Retrato de Larra, firmado por él

llegó la por muchos deseada muerte: la censura, las persecuciones, la represión, no eran el ambiente más adecuado al vuelo del espíritu romántico en alas de las nuevas tendencias (1). Después de ese día hay toda una serie de acontecimientos románticos, cualquiera de los cuales podría ser escogido como hito inicial, si sólo se tratara de elegir una fecha notable. Pero se debe buscar uno que tenga el carácter de generalidad suficiente para quitar al centenario lo que podría convertirlo en celebración de un «hecho» aislado y no del comienzo de una nueva época literaria. Planteado así el problema, es preciso buscar la fecha entre septiembre de 1833 y febrero de 1837, en cuyo día 13 se suicidó Larra, ya indiscutiblemente en todo su esplendor el Romanticismo.

Las fechas en que se puede pensar son las siguientes: 23 de abril de 1834, estreno de *La Conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa, y obra donde el nuevo espíritu está ya perfectamente delineado, más que en *Abén-Humeya* (1834), que, por otra parte, llegó al castellano después de haber pasado por el francés; 24 de septiembre de 1834, estreno de *Macías*, de Larra; 22 de marzo de 1835, *Don Alvaro o La fuerza del sino*, del duque de Rivas; 1 de marzo de 1836, *El Trovador*, de García Gutiérrez, y 13 de febrero de 1837, fecha del suicidio de Larra, con el que el gran crítico romántico, puso, románticamente también, fin a una vida entregada ya del todo a la nueva tendencia. De todas estas fechas, la que tiene carácter más general es esta última, precisamente porque la muerte de Larra trasciende y trascendió de la individualidad incolora de una muerte para convertirse en hecho simbólico, y porque cierra definitivamente el período dentro del que se puede desarrollar la conjetura. Pero en 1837, como puede verse por las fechas anteriormente señaladas, el Romanticismo era un hecho en marcha, y triunfante, y celebrarlo en esa fecha equivaldría a dejar fuera del ciclo literario acontecimientos culminantes que no pueden quedar excluidos. Cualquiera de las otras fechas son de fenómenos aislados sin influencia posterior en el desarrollo del Romanticismo español, sin que esta afirmación, entiéndase bien, sea signo de que no le doy toda la importancia que tienen en la historia, no tanto en el desarrollo o evolución, de nuestra literatura.

Pero se puede buscar en otro terreno, en el de las sociedades literarias de la época, y entre ellas descuellan tres: el «Parnasillo» (que aunque no fué sociedad, se puede considerar aquí como tal), el Liceo y el Ateneo. De las tres, ninguna como el Ateneo caracteriza la época romántica y ninguna con más derechos a llamar la atención de los que deseen conmemo-

(1) Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*. Madrid, 1880, págs. 317-318: «Una censura suspicaz e ignorante dificultaba la publicación de las obras de ingenio y prohibía y anatematizaba hasta las más renombradas de nuestro tesoro literario» (refiriéndose al período *calomardino* y más concretamente al período 1827 y 1828). *Ibid.*, pág. 320: «...y al gobierno mismo de Calomarde, con su intransigente aversión a las letras, debimos sin duda alguna lo poco o mucho que pudimos aprovechar en nuestro estudio privado durante los diez años que aquel menguado gobierno tuvo cerradas a la juventud las puertas del saber.»

rar el Romanticismo conmemorando una entidad secular ya, donde se reunió todo lo que entonces tenía alguna significación literaria, científica y política; donde, en sus sesiones, se pusieron a discusión los principios estéticos del Romanticismo; que presidió el primero el Duque de Rivas; donde convivieron Olózaga y Lista, Castaños y Larra, el marqués de Aolins y Zorrilla, Espronceda, Pastor Díaz, Grimaldi, el empresario diligente y comprensivo, sin cuyo apoyo casi no se concibe el Romanticismo en el teatro español; Mesonero Romanos...; que llamó triunfalmente a su seno a hombres como Hartzenbusch, García Gutiérrez y Zorrilla, como premio a puros éxitos literarios marcados con piedra blanca en el camino del Romanticismo español; y donde el primer socio admitido fué Mariano José de Larra...

II

De 1820 a 1823, durante los tres años de Constitución, existió un «Ateneo literario» que, siguiendo la costumbre de la época, se tituló «Sociedad patriótica», pero de vida completamente distinta a la de las demás sociedades. Mientras en las sociedades patrióticas de aquel periodo el tema constitucional y la actuación de los hombres públicos fué el objeto de todos los discursos y de todas las discusiones, en el Ateneo de 1820, según sus estatutos, desde el primer momento se constituyeron secciones y se distribuyeron en ellas los socios por especialidades y aficiones, para discutir en su seno temas científicos puramente. Aquel Ateneo sucumbió también ante la ola negra de la reacción de 1823. Lo presidía a la sazón el duque de Bailén, el insigne general Castaños, vencedor de Dupont en Andalucía. Durante diez años ya no se pudo pensar en sociedades de ningún género, a no ser las sordas y sordidas de los vociferadores de la matanza de liberales. Acabó la reacción con la muerte de Fernando VII, la gente sintióse libre de la losa que oprimía los espíritus, y no más que dos años más tarde, a fines de 1835, comenzaron las gestiones para *resucitar* el Ateneo (1).

(1) He escrito «resucitar», no «fundar». D. Rafael María Labra, historiador del Ateneo (*El Ateneo de Madrid*, Madrid, Imp. de Aurelio J. Alaria, 1878; segunda edición, que es más bien un libro distinto, Madrid, Tip. de Alfredo Alonso, 1905), se obstina en negar al Ateneo en 1835 el carácter de continuación del de 1820-23. Sin embargo, continuación fué en la intención de los que lo fundaron, puesto que a las reuniones previas fueron invitados los supervivientes del primitivo, se les nombró socios del nuevo sin ninguna otra formalidad social, etc. Es verdad que se redactaron nuevos estatutos, pero lo dicho basta para asegurar que en 1835 se pensó en resucitar el Ateneo de diez años atrás. Si no bastaran estas razones, otras hay que llevan al mismo convencimiento: el primer presidente del Ateneo, duque de Rivas, dice en el discurso inaugural de la sociedad, pronunciado en la junta general de 6 de diciembre de 1835: «Apenas cambiaron los tiempos tornándose los días de llanto y de despecho, de mengua y de degradaciones, en días de consuelo y de esperanza, de gloria y de libertad [se refiere a los años anteriores, calomardinos y siguientes, hasta la muerte de Fernando VII], renació de suyo en todos los individuos que componen esta reunión respetable el

El 30 de septiembre de 1835, el socio de la Real Sociedad Económica de Amigos del País D. Juan Miguel de los Ríos presentó a la Sociedad una proposición encaminada a la creación de un Ateneo (1), instancia que dió lugar al nombramiento de una comisión de individuos de la Sociedad encargada de informar sobre el caso: la formaban D. Salustiano Olózaga, D. Francisco López de Olavarrieta, D. Eusebio María del Valle, D. Francisco Quevedo y San Cristóbal, el marqués de Someruelos, D. José García y Espinosa, D. Lorenzo Flórez Calderón y el autor de la proposición inicial, Sr. De los Ríos. De acuerdo con lo dictaminado por esta Comisión (el 24 de octubre), la Económica convocó para el 31 del mismo mes una reunión que había de celebrarse, y se celebró en el salón principal de las Casas Consistoriales, «no solamente a los individuos del antiguo Ateneo de cuya existencia se tuviera noticia, sino aquellas personas que se conceptuaron dispuestas a formar parte en el nuevo y que, reunidas éstas, nombraran una comisión, autorizándola para solicitar del Gobierno el permiso correspondiente y presentar las bases que consideraran oportunas para llevar a cabo el objeto» (2). Ciento diez personas estuvieron presentes en la reunión del 31: cuarenta y cuatro socios de la Económica, trece diputados permanentes de Económicas de provincias y cincuenta y seis más de los antiguos ateneístas y otras personas amantes de las ciencias y las artes. Presidió el que era a la sazón presidente de la Económica Matritense, D. Juan Alvarez Guerra. Una nueva comisión, formada por Olózaga, el duque de Rivas, D. Juan Miguel de los Ríos, López de Olavarrieta, Alcalá Galiano, Mesonero Romanos y D. Francisco Fabra, fué el resultado de la reunión del 31 en el Ayuntamiento. Los nuevos comisionados encaminaron desde ahora sus gestiones a convertir en realidad el deseo de

deseo de *restablecer el Ateneo; la misma corporación científica y literaria que tantas ventajas ofreció en el anterior periodo de la libertad* (Actas del Ateneo, I, fol. 24 v.); y se refiere, además, en otros pasajes de su oración inaugural, al propósito de «restablecer el Ateneo». En esta misma sesión hay un acuerdo que confirma esta intención. Asistía a ella el general Castaños, duque de Bailén y presidente que había sido del antiguo *Ateneo Español* al tiempo de su clausura gubernativa, en 1823; el secretario, Mesonero Romanos, procedió a leer los nombres de los socios para que cada cual se inscribiese en una de las cuatro secciones en que estaba dividido el Ateneo; «y en llegando al nombre del señor duque de Bailén — dice el acta —, que se hallaba presente, manifestó que su edad y achaques le impedían inscribirse en ninguna; mas fué contestado por el Sr. Conciliario Alcalá Galiano, diciendo que el nombre del vencedor de Bailén estaba unido a todas las glorias y a todas las empresas útiles al país y a la humanidad [*hay que perdonar la hipérbole en gracia a la intención y a la facundia del orador*], por lo que proponía se inscribiese al Sr. Duque en todas las secciones, y así se acordó». (Ibid. I, fol. 28 v. y 29 v.) En la sesión siguiente, del 11 de diciembre, se tomó el acuerdo de no admitir la inscripción de nuevos socios sino sujetándose a los preceptos y normas reglamentarios, «exceptuando sólo a los sujetos siguientes: 1.º, a los que no estando en dicha lista [*la formada de socios*] hayan asistido a alguna de las sesiones anteriores; 2.º, a los socios de la Económica Matritense; 3.º, a los del santiguado (*sic*) Ateneo». (Actas del Ateneo, I, fol. 31.)

(1) *Actas de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*, de 31 de octubre de 1835. Una copia de este acta encabeza el libro primero de actas de Juntas generales del Ateneo de Madrid. (Archivo del Ateneo.)

(2) Estos acuerdos están recogidos al principio del *Libro I de Actas del Ateneo*, donde se inscribieron los acuerdos tomados por esta comisión gestora, bajo un sello a mano, que dice: *Comisión del Ateneo*.

todos; para ello solicitaron y obtuvieron de la reina gobernadora la real orden de 16 de noviembre de 1835 que da existencia legal al Ateneo. Diez días después de esta soberana disposición, el 26 de noviembre, tenía lugar la constitución efectiva de la sociedad en la antigua casa de Abrantes, calle del Prado, 28, esquina a la de San Agustín, y casa que entonces ocupaba la conocida imprenta de D. Tomás Jordán, el cual, a ruegos de Mesonero Romanos, individuo de la comisión gestora, como queda dicho, cedió «el magnífico salón oblongo de dicha casa, y otros contiguos, para la inauguración del Ateneo» (1). De aquella reunión salió la primera junta directiva del Ateneo, que formaban el duque de Rivas (presidente), Olózaga y Alcalá Galiano (conciliarios), Olavarrieta (tesorero), D. Francisco Fabra (contador) y los secretarios D. Juan Miguel de los Ríos y D. Ramón de Mesonero Romanos, los mismos que formaban la comisión anterior. El 6 de diciembre siguiente tuvo lugar, dícese que en el palacio del duque de Rivas en la Concepción Jerónima (2), la inauguración oficial del Ateneo, en aquella memorable sesión en que el duque de Rivas pronunció su admirable discurso sobre las ventajas y significación de la libertad de que entonces se gozaba en contraposición a las humillaciones sufridas en el período anterior (3).

Durante el resto del mes de diciembre de 1835, en las cuatro juntas celebradas los días 11, 20, 21 y 23 se discutieron y aprobaron los estatutos por que había de regirse el Ateneo.

La junta general siguiente es la del 2 de enero de 1836. Es la primera junta ordinaria que celebra la sociedad plenamente constituida y reglamentada. Y precisamente en ella, ese día 2 de enero de 1836, Juan Grimaldi redacta de su puño y letra y firma el primero la papeleta de presentación de Larra como socio del Ateneo, cuyo facsímil aparece aquí (*lám. II*).

(1) Mesonero Romanos, *Memorias de un seletón*. Madrid, 1880, pág. 440. Añade aquí mismo el escritor madrileño que a la junta celebrada allí el 26 asistieron todas las notabilidades políticas y literarias de la época, citando gran número de nombres prestigiosos, entre ellos los del duque de Bailén, Argüelles, Istúriz, Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Gallego, Quintana, Gil de Zárate, Ventura de la Vega, Espronceda, Bretón, Roca de Togores, Grimaldi, etc., etc. Seguramente por error u olvido incluye a Larra, que no pudo estar presente porque a la sazón andaba por el extranjero, entonces en Francia, de donde no regresó hasta fines de diciembre de aquel año de 1835 (Mesonero, *Ibid.*)

(2) El detalle del sitio de la reunión está tomado de Labra (*El Ateneo de Madrid*, Madrid, 1906, pág. 6), que así lo afirma sin indicar la procedencia del dato. Mesonero, que refiere esta reunión (*Memorias*, pág. 440), nada dice respecto a este detalle. El acta de la sesión tampoco lo indica (*Actas del Ateneo de Madrid*, I, fol. 18 y siguientes). Lo más probable es que esta reunión tuviera lugar en aquel mismo salón oblongo del palacio de Abrantes en que se celebró la anterior. No hay razón para pensar otra cosa, ni la gran cantidad de socios que estuvieron presentes (309, según el acta) autoriza a pensar que pudieran reunirse en las habitaciones de la casa particular del duque; y hasta el acta indica al final que fué en el domicilio social, puesto que «el Sr. Presidente anunció que al siguiente día, lunes, en la misma hora y sitio se reuniría la primera sección; el martes la segunda, el miércoles la tercera y el jueves la cuarta», es decir, empezaba la vida interna y activa del Ateneo que, teniendo domicilio propio, no iba a funcionar en uno particular.

(3) Este discurso está copiado íntegramente en el acta correspondiente de la sección (I., folios 21 v. a 26 v.), y fué impreso y publicado entonces por acuerdo de la junta.

h
Tenemos el honor de proponer al Ateneo tenga á
bien admitir en su seno al Sr D Mariano José
De Larra, cuyas circunstancias son bien conocidas
de esta Sociedad

Madrid, 2 de Mayo de 1836

Juan de Armas

Juan. Geo. Pacheco

Mariano de Armas

Mariano José

de Fugover

Manuel Proton
de los Herreros

Juan y de Armas

Manuel G. de

Don Maria Francisca

He aquí el texto de este curioso documento que se guarda hoy en el archivo del Ateneo (1): «Tenemos el honor de proponer al Ateneo tenga a bien admitir en su seno al Sr. D. Mariano José de Larra, cuyas circunstancias son bien conocidas en esta Sociedad.

Madrid, 2 de enero de 1836.—*Juan de Grimaldi, Iuaq.ⁿ (sic) F.^{co} Pacheco, Ramón de Mesonero Romanos, Mariano Roca de Togores, Manuel Bretón de los Herreros, Joaq.ⁿ F. de Osma, Antonio Gil, Jose María Díaz.*

En relación con el documento transcrito en el acta correspondiente de la junta de ese día, figura el siguiente acuerdo:

«Presentóse en seguida por varios señores socios la propuesta del Sr. D. Mariano José de Larra para su admisión en el Ateneo, con arreglo a los estatutos, designándose para la próxima junta su votación» (2).

Circunstancia digna de ser tenida en cuenta para dar al acto su verdadera importancia, es la de que Larra fué el primer socio admitido en el Ateneo después de constituido. Anteriormente, en la junta del 11 de diciembre, se había cerrado definitivamente la lista de los socios con los 309 que sumaban las personas que habían sido convocadas a las primeras reuniones y las otras que asistieron a las reuniones y juntas sucesivas, acordándose que, en adelante, los nuevos socios habrían de ingresar previos los trámites que prescribían los estatutos (3). Larra fué, pues, el primer socio admitido por el Ateneo una vez constituido. Conviene recordar, para explicarnos el porqué de no haber concurrido persona de la representación de «Fígaro» ni a las sesiones anteriores de la comisión encargada de dar vida al Ateneo, ni a las juntas del mismo, una vez inaugurado el 6 (4), que Larra no estaba por entonces en Madrid; precisamente en los últimos días de aquel mes de diciembre regresó de su larga excursión por el extranjero (5). De suerte que si no se encuentra Larra entre los progenitores, dada la importancia literaria que ya había alcanzado, se debe ello al hecho de estar ausente; pero de seguro, una de las primeras determinaciones que tomó a su llegada fué la de hacer que lo presentaran, puesto que no más lejos del 2 del mes siguiente, y en la primera junta celebrada, aparece discutiéndose el ingreso (6).

En la siguiente sesión, el 4 del mismo mes de enero, vuelve el Ateneo

(1) Recientemente, el actual presidente del Ateneo, D. Manuel Azaña, ha hecho arreglar y reformar uno de los salones de tertulia de la casa, pensando destinarlo a «Sala romántica». En ese salón ha mandado colocar los retratos de románticos como Espronceda, Hartzenbusch, etc., y ha hecho pintar uno de Larra que figura también expuesto. Parece que tiene también el propósito de poner en un cuadro la papeleta de presentación de «Fígaro» y exhibirla en la misma sala.

(2) *Libro de Actas*, I, fol. 47 v.

(3) *Ibid.* I, fol. 31.

(4) Ya queda dicho que no está en lo cierto Mesonero al incluir a Larra entre los asistentes a la sesión primera de la imprenta de Jordán (*Vid supra.*, pág. 142 nota 1.)

(5) En ninguna parte se ha concretado la fecha de llegada a Madrid. Todos los biógrafos usan la vaga expresión de «a últimos de diciembre».

(6) Que fuera el primer socio admitido consta también en una antigua lista de ellos, donde se escribió: «Admitido como socio en J[unta] G[eneral] de 2 de Enero de 1836. Fué el primer socio admitido». (*Primera lista manuscrita de socios. Archivo del Ateneo.*)

a ocuparse de la admisión de Larra, en los siguientes términos, que demuestran que nadie ingresó antes que él, puesto que ni había «caja de bolas» para las votaciones reglamentarias de admisión:

«Tratándose de poner a votación, después de su segunda lectura, la propuesta de admisión de D. Mariano José de Larra, se ofrecieron varias dificultades en el modo de verificarlo a falta de caja de bolas, en que hablaron los Sres. Gelabert, Izquierdo, Galiano, Roca y Ferro, y supe-
rando la opinión de que fuese según estatutos, y desechados otros medios propuestos por los señores últimos, el Sr. Ponzoa dijo embiaría (*sic*) por la caja de la Sociedad Económica, e ínterin se hacía, dió cuenta la secretaria de la entrega de libros por varios autores...» (1).

Y más adelante, en el acta de la misma sesión (2):

«Habiendo traído la caja de bolas para la votación de D. Mariano José de Larra, se verificó, resultando quedar admitido.»

Nada menos que en la junta general siguiente, la del 7 de enero, ejerce ya «Figaro» sus derechos de ateneísta, firmando con D. Nicolás Mérida Lozano y otros la presentación siguiente, de socio del Ateneo a favor de D. Manuel María Jurado:

«Los que abajo suscriben proponen al Ateneo se sirba (*sic*) admitir entre sus socios a D. Manuel M.^a Jurado, Alcalde Mayor de la Nava del Rey y Catedrático que fué de Dro. constitucional en Granada, en otra feliz época. [Madrid, 7 de enero de 1836.] Nicolás Mérida Lozano. Mariano José de Larra. Vicente Gutiérrez de Terán. Pedro Rico y Amat. El Marqués de Ceballos. Ramón de Mesonero Romanos.» (3).

No lleva fecha este otro documento, como puede verse en el facsímil correspondiente; pero para determinarla está ahí el acuerdo de la junta general citada, del 7 de enero:

«Igual resolución [*que se verificara la votación de admisión en la «próxima junta»*] recayó en la propuesta del Sr. D. Manuel María Jurado, firmada por los Sres. Mérida, Larra, Terán, Rico, Ceballos y Mesonero.» (4).

Desde el primer momento de su ingreso en el Ateneo, figuró Larra adscrito a la sección cuarta, o de Literatura. No se conservan actas de las reuniones particulares de esta sección hasta el año de 1837 (5). Pero en

(1) *Ibid.* I, fol. 44 v. En el libro primero de *Actas de Junta general* del Ateneo de Madrid, conservado en su archivo, las correspondientes a los días 2 y 4 de enero están trocadas: la del 4 inserta primero con fecha 2 y la del 2 pospuesta y con fecha 4. Algún, posteriormente, ha tachado la cifra correspondiente al día, escribiendo entre líneas el legítimo. La correlación de los dos acuerdos transcritos demuestra lo justificado de la corrección anónima.

(2) Fol. 44 v.

(3) *Vid. lám. III.*

(4) Fol. 51. En varias juntas generales siguientes aparece Larra asistiendo: 15 de enero (fol. 52), 8 de junio (fol. 61), etc.

(5) Por cierto curiosísimas para seguir el desarrollo del movimiento romántico español, pues allí aparecen discutiéndose temas entonces tan de actualidad como el valor de las reglas en el teatro, la valorización estética de nuestros clásicos, singularmente Lope y Calderón, de Shakespeare, etc. En ellas verá el investigador discursos del duque de Rivas, de Lista, del marqués de Molins, etc., sobre estos y otros temas, así como anuncios de composiciones poéticas y de otros géneros que presentaban y leían en aquellas sesiones memorables.

Los y abogó suscriben proponen al Ateneo
a una admisión entre un socio, a D.
Manuel M^o Jurado Alcalde Mayor
de lo Mado del Rey y la Teatrónica.
que de los Constitucionales en Granada
en otra feliz época.

Nicolás Meléndez
Larrea

M. M. J. de Larrea

Vicente Gutiérrez de Terán

Pedro Pico y Amador
El Pico y Amador

Manuel de Mazon
por un año

Lám. III. - Presentación en el Ateneo de D. Manuel María Jurado, firmada por Larra
en segundo lugar

el libro correspondiente a este año aparecen, al final, las firmas autógrafas de todos los individuos de la sección, y entre ellas figura la menuda y suelta de Larra, a continuación, por cierto, de la de Santos López Pelegrín. El 13 de febrero murió «Figaro». Esas firmas fueron, pues, estampadas en los primeros días de aquel año, o estaban anteriormente consignadas en pliegos sueltos, que más tarde se cosieron al final del tomo.

III

Aparte del interés indudable que como documento desconocido relativo a Larra tiene la hoja de presentación en el Ateneo, que se viene comentando, tiene la importancia que corresponde a los firmantes, todos, o casi todos, figuras preponderantes en aquellos tiempos de lucha de principios estéticos con principios estéticos, de maneras con maneras.

No se puede hablar del movimiento romántico español, singularmente en el teatro, sin que surja a cada paso la figura del primer firmante de la presentación, Juan Grimaldi, el antiguo intendente en el ejército de los Cien mil hijos de San Luis, que casó más tarde con la primera actriz del teatro del Príncipe, Concepción Rodríguez (1); empresario y administrador de este teatro y de la literatura dramática española de entonces; autor él mismo de varias obras dramáticas muy aplaudidas y del arreglo en castellano de la famosa *Pied de Mouton*, de Martinville, que con el título y bajo la forma de la conocida comedia *Pata de Cabra* obtuvo el mayor éxito de público registrado en mucho tiempo (2); auxiliar asiduo de Bretón en los primeros tiempos de la producción dramática del gran dramaturgo, a quien siguió a Sevilla en 1830 (3); llevado de la mano por Grimaldi dió Larra sus primeros pasos en el teatro, según propia confesión (4), y de la misma mano, según vemos por el documento que sirve de eje a estas líneas, entró al autor de *Maclas* en la sede social del romanticismo español, en el Ateneo, adonde, pocos meses más tarde, puros éxitos literarios

(1) El «marido llovido que le había caído del cielo», según la ingeniosa expresión de «Colombine», aludiendo a la extraña manera como se conocieron los futuros esposos: cayendo él en el cuarto de la artista desde el superior, envuelto en cascotes y maderamen por derrumbamiento de su piso. (Carmen de Burgos, *Figaro*, Madrid. Imp. *Alrededor del Mundo*, 1919, pág. 78). Refiere el suceso el marqués de Molins en *Bretón de los Herreros. Recuerdos de su vida y de sus obras*. Madrid, Imp. M. Tello, 1883, págs. 25 y 26.

(2) Zorrilla dice de esta obra que era «el único pasto digerible para el público de aquella época, y cuyo éxito no ha tenido jamás igual en los teatros de Madrid»; esto dicho en 1882. Y añade: «mi padre firmó 72.000 pasaportes para ir a Madrid a ver la *Pata de Cabra*. (Zorrilla, José), *Recuerdos del tiempo viejo*. Madrid, 1882, tomo III, pág. 19).

(3) Vid. Georges Le Gentil: *Le Poète Manuel Bretón de los Herreros*. París, Hachette, 1909, págs. 26 y 29, y el Marqués de Molins: *Bretón*, págs. 70 y siguientes.

(4) «Hago presente a usted que mis relaciones con el Sr. Grimaldi han sido siempre puramente teatrales, al teatro debieron su origen; como director de escena le he debido no pocas aten-

habrían de llevar como a solar propio a García Gutiérrez, con motivo del éxito de *El trovador* (1 de marzo de 1836), y a Hartzenbusch, por el de *Los amantes de Teruel* (27 de enero de 1837) (1). Es más: si hemos de creer a Mesonero Romanos, a Grimaldi debe Larra el seudónimo con que ha pasado a la posteridad, porque siendo costumbre de entonces entre críticos firmar con seudónimos, al ingresar en la redacción de *La Revista*, de Carnerero, «abandonados los tres o cuatro que antes había usado, sometió a una junta expresa, reunida en el café del Príncipe, la facultad de darle la investidura de otro nuevo más expresivo y cadencioso. Discutiéronse varios, hasta que la autorizada voz de Grimaldi pronunció el de «Fígaro», que adoptó Larra con entusiasmo, a pesar de que yo —sigue Mesonero— expuse las razones por las cuales no opinaba favorablemente hacia un nombre de invención extranjera, lo que era a mi entender tan impropio como si a un periodista francés se le antojase firmar con el seudónimo de *Sancho Panza*» (2).

De los otros firmantes de la proposición de ingreso de Larra en el Ateneo será inútil hablar a los lectores, puesto que sus nombres y sus obras son sobradamente conocidos, como cronista e historiador y escritor de costumbre, uno, Mesonero (3); autores dramáticos otros: Bretón, Pacheco...; poeta, J. M. Díaz; el investigador y luego académico marques de Molins, etc.

ciones; a él le debí que mis primeros ensayos, buenos o malos, viesen la luz y que el drama titulado *Macías*, al que yo daba toda la importancia que un autor da a sus obras, fuese representado y ensayado con esmero singular.» Y más adelante, en la misma carta, añade Larra en defensa de su amigo: «Sean cuales fueran las circunstancias del Sr. Grimaldi, feliz o desgraciado, antes en España y ahora fuera de ella, tendré siempre un placer en decir a la faz del mundo que soy amigo suyo, haya sido o no peluquero, porque como soy liberal, estas distinciones me importan poco, y peluqueros puede haber mejor que periodistas y que titulos.» (Carta al «señor editor del *Castellano*», publicada por «Colombine» en *Figaro*, pág. 191. Véanse los resultados prácticos de esta amistad, detalladamente, en el mismo libro de Carmen de Burgos, pág. 78.)

(1) Se conserva en el Ateneo y está expuesto en marco en el despacho del secretario general la presentación de Hartzenbusch, firmada por una cantidad inusitada de socios y redactada del siguiente modo: «Los individuos de la Junta Gubernativa y demás que suscriben, proponen al Ateneo para su socio al Sr. D. Juan Eusebio Hartzenburch (*sic*), autor del hermoso drama *Los Amantes de Teruel* que tan brillantemente honra nuestra literatura. Madrid, 27 de enero de 1837». Firman, entre otros muchos, Olózaga, Pacheco, Mesonero, Pérez Seoane, Bravo Murillo, J. M. de los Ríos, Gil y Zárate, el marqués de Molins (Roca de Togores), Fernández de Córdoba, Rico y Amat, Bretón de los Herreros, Sanz del Río, Alberto Lista, Martínez de la Rosa, etc. Cuenta la manera de ser llamado al Ateneo y el entusiasmo de los socios con motivo del propósito y el hecho, Mesonero en *Memorias de un setentón*, págs. 431 a 434.

(2) Mesonero Romanos, *Memorias*, págs. 376 y 377. La infantil objeción de Mesonero, como se ve, no tenía ni tiene fuerza alguna, y menos hoy viendo a extranjeros usando nombres literarios puramente españoles («Carmen Silva», por ejemplo), y a españoles e hispanoamericanos, usando los extranjeros («Colombine», «Odín», «Hugo Wast», etc.)

(3) Abrigo la esperanza de poder algún día dar forma y publicar una biografía completa del gran madrileño y madrileñista, estudiándole como escritor por un lado y como gran trabajador en empresas literarias o administrativas, como son en el Ayuntamiento (concejal, cronista, iniciador de su biblioteca), en la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, en el Ateneo (promotor, con D. Juan Miguel de los Ríos y, con él, primer secretario y más tarde bibliotecario y se puede decir que fundador de su biblioteca; obra suya es el primer catálogo que se conserva manuscrito, en dos volúmenes, de 1842), y en el Monte de Piedad.

Pero si interesa destacar de entre ellos el nombre de Bretón de los Herreros, que aparece firmando ese documento el 2 de enero de 1836, cuando más enconada estaba la enemistad entre ambos, según sus biógrafos.

No voy a repetir una vez más lo dicho por tantos sobre las diferencias entre Larra y Bretón (1). Repásese la bibliografía citada si se desea recordar este interesante pasaje de la historia literaria del siglo pasado.

Sobre la reconciliación de Larra y Bretón no coinciden los diversos escritores que nos han transmitido noticias de ellos. Tampoco, es cierto, coinciden, o se conciertan en las fechas y en los motivos. Según Ferrer del Río, la reconciliación tuvo lugar durante un banquete que Grimaldi organizó en el Salón de Oriente (Teatro Real), banquete al que asistió el barón de Taylor, amigo de Larra y lo más granado de los escritores de entonces (2). ¿Cuándo tuvo lugar este banquete? Al parecer, a final de enero de 1836. El marqués de Molins cuenta el sucedido de manera muy distinta. No fué Grimaldi el organizador del festejo; fué el propio Molins, y no para reconciliar a Larra con Bretón, ni en honor de Taylor, sino en honor de Bretón de los Herreros, nombrado bibliotecario de la Biblioteca Real (3), y tampoco tuvo lugar en el Salón Oriente, como refiere Ferrer del Río, sino en el Jardín de Apolo, especie de merendero muy acreditado, concurrido y nombrado por entonces, que se abría hacia

(1) El Sr. Cotarelo y Mori (D. Emilio), en el prólogo a *Postfiguro. Artículos no coleccionados de D. Mariano José de Larra*. Madrid, Biblioteca de *El Sol*, 1918, págs. XXXIII a LIV, da cuenta detallada de los incidentes de referencia y cita la copiosa bibliografía pertinente al caso. Al erudito estudio del secretario perpetuo de la Real Academia Española me remito. Por la autoridad del Sr. Cotarelo, por la minuciosidad inteligente de sus escritos de investigación y por referirse a Larra también, aunque en forma tangente al extremo concreto que nos viene ocupando, merece ser consultado su estudio *Los últimos amores de Larra*, en REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid, tomo I (1924), págs. 223-240, que ha sido reimpreso hace poco en *Vida Ferroviaria* en varios de sus fascículos, a partir del 94, correspondiente al mes de octubre de 1930 (año IX, fasc. 94, págs. 1-2; fasc. 95, págs. 4-5; ídem 96, págs. 3-5; ídem 97, págs. 3-4). Es interesante porque en él, aunque poco hay nuevo, se justiprecian algunas de las afirmaciones de «Colombine». La recomendación de este trabajo no quiere decir que sea recomendable todo lo publicado últimamente sobre «Figaros». La biografía más reciente es la publicada por Alberto de Ségovia en *Figuras de la Raza*, año I (1926), núm. 3, del 20 de noviembre de aquel año, donde aprovecha las varias anteriores, gran número de artículos publicados en la prensa diaria durante los últimos años y recuerdos y sugerencias propias.

Véase también, por ser posterior a *Postfiguro*, no por más autorizado, ni mucho menos por más imparcial, *Figaro*, de Carmen de Burgos. Madrid, 1919, cap. XIV, pág. 184. Las dos biografías de Bretón (una por el marqués de Molins: *Bretón de los Herreros. Recuerdos de su vida y de sus obras*. Madrid, M. Tello, 1883; y otra por Le Gentil: *Le Poète Manuel Bretón de los Herreros et la Société espagnole de 1830 à 1860*. París, Hachette, 1909) dedican también o algún capítulo (Molins, cap. XIII, págs. 100-112) o algunas páginas (Le Gentil: *Bretón*, págs. 33 y 34) al hecho. Finalmente, algo hay aprovechable, aunque no mucho, desde el punto de vista histórico, teniendo gran interés literario, en *Rivas y Larra*, de «Azorín» (Madrid, 1916). El primero en referir el hecho de esta enemistad fué, en 1846, Ferrer del Río, en *Galería de la literatura española*. Madrid, Establecimiento tipográfico de D. F. de P. Mellado, 1846, pág. 133. Finalmente, y al final por ser lo de menos valor, mi artículo *Un documento curioso. El Romanticismo. Larra. El Ateneo*, en *El Sol*, 11 de marzo de 1931.

(2) Antonio Ferrer del Río, *Galería*, págs. 133 y 134.

(3) Por real decreto de 18 de julio de 1836; luego el banquete no podría haberse verificado el mes de enero anterior.

el final de la calle de Fuencarral (1). Antes de deducir ninguna consecuencia digamos que el marqués merece poco crédito en este punto, y no lo ha merecido a los que, con espíritu crítico, han comentado hasta ahora los hechos. La flagrante contradicción con Ferrer, el hecho de que éste escribiera, cuando por ser casi reciente el suceso vivían muchos que pudieran atestiguar lo que afirmaba o contradecirle, mientras Molins escribe en 1883, cuando ya no quedaba sino él de los testigos del banquete; otras contradicciones en que incurre (errores manifiestos de fecha, afán de presentarse interviniendo personalmente en todo, etc.); el absurdo de que Larra, si es verdad que estaba tan enfadado como se cuenta con Bretón, asistiera a una fiesta dada en honor de su rival, todo hace sospechosa la narración de Molins (2). La señora De Burgos deja definitivamente esclarezco el punto, transcribiendo en su *Larra* el texto de un periódico de la época, que al siguiente día del acontecimiento da cuenta a sus lectores de él (3).

Todo está, pues, oscuro en este detalle de la querrela entre ambos literatos. El documento que aquí aparece publicado es una complicación más. ¿Cómo, si era tal el enfado que no se hablaban Larra y Bretón, firma éste la papeleta de presentación en el Ateneo, unas semanas antes de la

(1) Molins, marqués de: *Bretón de los Herreros*. Madrid, 1883, págs. 110 a 112.

(2) Le Gentil, *Bretón*, pág. 34, recoge la referencia del marqués de Molins, incorporándola a su libro.

(3) Carmen de Burgos «Colombine», *Larra*, páginas citadas, especialmente 204 a 206. El periódico a que se refiere es *La Revista Mensajera*, núm. 337 y fecha 31 de enero de 1836. Dado el poco escrúpulo por la exactitud y la falta absoluta de fundamentación —no digo fundamento— del dato de que adolece el por otros conceptos meritisimo libro de «Colombine», no me atrevo a admitir del todo su referencia en este punto. Una prueba de lo que acabo de decir, tomada de otra parte de *Figaro*, de «Colombine»: dice, pág. 60: «Todos son frescos [los versos de Larra], juveniles. Sigue la moda de su tiempo, en el énfasis, las citas mitológicas, las forzadas endechas bucólicas, pero no hay pesimismo ni tristeza. Ansia de vida, de placeres, amor, fe y juventud, se encuentran en todos ellos. Hay que leerlos sin pensar que había de ser suicida el cantor». Y a continuación inserta algunas composiciones de los primeros años de Figaro, de los días en que era aprendiz de Humanidades y hacía prácticas de latín y griego, traduciéndolos, como ejercicio, a nuestro idioma. La primera de tales composiciones citadas por la señora De Burgos, dice así:

«Hazme, platero, un vaso
cóncavo, igual, redondo,
donde beber yo pueda
del jugo más sabroso;
del que nos den las uvas
en el templado Otoño,
y sobre todo hazlo
cuanto pudieses hondo.»

¿Conoce alguno de los lectores la oda XVII (en la edición de la Imp. Real, 1832) de Anacreonte? Por lo menos, los que han pasado por la Facultad de Letras de la Universidad Central, no sólo la conocen, sino que la recitan de memoria en griego: *A una copa de plata*. Y esa es, o muy parecida, la anacreontica de Larra. Me inclino a creer que se trata de ejercicios escolares, o de divagaciones al margen de lecturas escolares. Esta oda de Anacreonte, con otra forma, figura en la colección del *Parnaso español*. Madrid, Joaquín Ibarra, 1770, tomo III, pág. 79: *El Anacreonte*, traducido por D. Esteban Manuel de Villegas.

reconciliación? ¿De qué naturaleza era el enfado? Parece probable que, si hubo tal disgusto serio, que, si pasó la cosa de algo de recelo mutuo, no llegara a los extremos de tirantez aguda que se han pintado; por lo menos, no era la enemistad obstáculo para una cortés convivencia en el Ateneo, y algo más que convivencia cortés, como demuestra la firma de Bretón estampada al pie de este documento (1).

Aquí radica el principal interés biográfico de la papeleta de presentación de Larra en el Ateneo. Yo no me atrevo a descifrar el enredo a la vista de este documento, porque carecemos de otros datos que los indicados y expuestos. Todo lo que pudiera hacer, conjeturas al margen de lo dicho y sabido, sería edificar en el aire e incurrir en el mismo vicio criticado más arriba. Pero puede que vuelva alguna vez a coger el hilo que dejo aquí suelto para buscar el extremo de algún otro a que anudarlo.

JENARO ARTILES.

Archivo Municipal:

(1) Dice Ferrer del Río, refiriéndose a tal enemistad (*loc. cit.*, pág. 133): «Aquella situación no se podía prolongar demasiado, pues afortunadamente en España hacen los escritores vida más común y afectuosa que en otros países: desconocen por lo general, y casi sin excepción alguna, los accesos de la ruin envidia; acaso les impulse a veces noble emulación, competencia honrosa; nunca se doblan al yugo de rivalidad enconada.» Lo cual parece indicar lo poco profundo de tal enemistad.

LA CONDESA DE CASTELLAR, FUNDADORA DEL CONVENTO «LAS CARBONERAS»

II

INFANCIA Y JUVENTUD DE DOÑA BEATRIZ RAMÍREZ DE MENDOZA

(Continuación)

Cierto día hube de entrar en un salón, no visitado hasta entonces, y presencié un espectáculo no previsto.

Cerca de un centenar de pobres, sentados tras larga mesa, que recorría las paredes de la estancia, eran servidos por señoras y caballeros de los que, perdónenme por esto que digo, no podría sospecharse que a tales horas, las más soleadas de la mañana, estaban en lugar tan silencioso, aun hallándose junto a una vía de las más inquietas de la Corte, ejercitando la más hermosa de las obras de misericordia: dando de comer al hambriento.

—«Ave María» decía solícita una señora, entregando el plato, rebosante de suculento servicio, a un caballero.

—«Gratia plena», contestaba éste, repitiendo aquellas mismas palabras al entregar el propio plato a una tercera persona.

Y así, hasta que una de éstas ponía el plato delante del miserable que olfateaba ansioso y con gozo el grato baho que subía del sabroso alimento... (5).

Aquella mañana, cuya impresión quedó indeleble y no pudo borrar posteriores visitas a tan sagrado lugar, conocí a un sacerdote, joven, afable, risueño, de singular atractivo, de esos hombres que se entran desde luego en el corazón y en él se quedan de por vida, de los que se despide, la primera vez que se los habla, como de un cariñoso y querido hermano..

Era el secretario de la Congregación secular del Ave María; era el confesor de las monjas «Carboneras»... Era... un santo... Se llamaba don José Pascual Peligero.

Este santo sacerdote, todo bondad, rebozada de contagiosa, sana alegría, me dió a conocer una figura para mí en absoluto desconocida: doña Beatriz Ramírez de Mendoza, condesa de Castellar, la fundadora de varios.

(5) Nos referimos a la fundación llamada del «Ave María», fundada por el beato Simón de Rojas, y hoy establecida a dos pasos de la calle de Atocha, precisamente en el lugar de mayor ajetreo ciudadano.

conventos, entre ellos el del Corpus Christi, llamado desde hace tres siglos «Las Carboneras».

Cuantos elementos pudo facilitarme para que pudiera conocer dama tan esclarecida, me los proporcionó, y siempre complacido.

* * *

Don José Pascual Peligero, con cuyo trato me honré durante varios años, poniéndome el venerado amigo al habla con las santitas del convento del Corpus Christi, nació en San Martín del Río, provincia de Teruel, el día 15 de junio de 1874.

Sus padres, labradores, se llamaban D. Manuel Pascual Vicente y doña Rosa Antonia Peligero y Calvo.

A los nueve años fué a Daroca para aprender música con el organista de la Colegiata. Al propio tiempo seguía la primera y segunda enseñanza, y terminó en 1884, sintiendo desde niño su vocación sacerdotal.

Cursó en el seminario de Belchite tres años de latín y humanidades, pasando al de Zaragoza, donde estudió Filosofía y Teología, ganando por oposición una plaza de salmista en la catedral de Huesca.

A los veintiún años de edad se ordenó de Menores, y al siguiente recibió el subdiaconado del obispo Supervia, cantando la primera misa en su pueblo natal el 1 de octubre de 1898. En 1903 pasó a Madrid ocupando el puesto de salmista en esta catedral, lugar que ganó por oposición, siendo a poco nombrado capellán del convento del Corpus Christi y licenciándose por entonces en Teología.

Sus virtudes le llevaron a ser secretario de la Congregación del Ave María, en donde, por su amor a la Virgen y al beato Simón de Rojas, prestaba sus servicios con singular celo, escribiendo una preciosa novena a la Virgen de la Expectación, siendo, a la par, confesor de varias Congregaciones y consejero espiritual de numerosas virtuosas personas.

Por el año de 1921 tuvo la desgracia de caerse, produciéndose la deformación de varias vértebras.

No podía estar en pie, y cayó en cama para no volverse a levantar.

Escayolado su cuerpo, hubo de estar cinco años sin poder apenas cambiar de postura.



D. José Pascual Peligero, capellán del convento del Corpus Christi

Y si antes demostró sus sobresalientes virtudes cristianas, con su vida de recogimiento, caridad y fervor, estando enfermo se aquilataron y se exaltaron más aún esos dones que Dios sólo concede a los escogidos. Ni una palabra de contrariedad por su grave estado, por su violenta postura, por su terrible enfermedad, que bien se le alcanzaba era de muerte.

Apenas informaba al visitante de su estado en concisas palabras, iniciaba una conversación, siempre sonriente y plácido, acerca de particulares que se remontaban de la tierra seguidamente. Sin forzar el curso de la conversación, ésta se hacía fervorosa, fervor que cobraba alas de mayor eficacia y edificación al ver que hablaba quien yacía un año y otro año en el lecho en posición molesta, sin apenas poderla variar, sufriendo dolores, soñando la inevitable muerte.

Por aquel encalado, modesto dormitorio pasaban diariamente visitantes de muy diferente condición social.

Las numerosas personas de ambos sexos y de condición insospechada, por lo humildes y por lo poderosas, que tenían por director de su vida a D. José Pascual, se resistían a verse privadas del consuelo y de los consejos del sacerdote, tan sabio en su humildad. A la natural pregunta que por todos se le hacía de que cuándo podría estar bien, contestaba invariablemente: «Ni un momento antes ni un momento después de cuando Dios quiera.»

Y si alguien ponderaba su paciencia:

—Si los curas que la predicamos a diario no la tenemos, ¿quién la va a tener?

Quejábase cierto su amigo de las contrariedades de la vida, a lo que le dijo D. José Pascual: «¡Ah! Somos muy ruines con Dios Nuestro Señor, y por esto nos quejamos»; palabras que sirvieron de gran consuelo al impaciente amigo.

Como todas las almas iluminadas por la fe y la esperanza en Dios, disfrutaba del don de la alegría y la confianza ciega en que poniéndole en Dios todo buen deseo se ve realizado; una de las cosas que pedía en su diaria comunión era la alegría. Siempre se advertía que era poseedor de ella por la paz de todo su ser, paz y alegría que pasaba insensiblemente a cuantos con él hablaban.

Esa salud espiritual le daba, sin duda, luz para penetrar en la condición ajena, adelantándose a muchos acontecimientos.

En cierta ocasión ingresó una muchacha en un convento. D. José Pascual afirmó desde el primer momento que no tenía vocación la tal novicia; insistió la interesada, y a los pocos días abandonaba el convento.

Lo mismo ocurrió con cierto sacerdote del que se decía iba a ser nombrado obispo. El humilde capellán dijo que no sería promovido a tal dignidad. Llovieron adelantadas felicitaciones; pero, ante el asombro de todos, el tal sacerdote no fué nombrado obispo.

Desde su lecho, hallándose gravemente enfermo, realizaba muchas obras de caridad y dirigía muchas conciencias.

Tres monjitas llegaron al convento cierto anocheecer. Venían en busca de salud, que peligraba para una de ellas. Súpolo el capellán, y las hizo subir a su dormitorio. Traían 500 pesetas prestadas por un señor para la operación necesaria y estancia en la corte de las tres hermanas. D. José Pascual escribió unas tarjetas. Y tal fué su valimiento, por el cariño que en todas partes se le tenía, que las buenas monjitas volvieron a su convento de Garrovillas, en la provincia de Cáceres, la enferma operada, las tres atendidas y con las 500 pesetas íntegras para devolverlas al caballero que se las prestara.

Cosa larga sería de contar las familias y personas a las que llevó la felicidad por su personal caritativa intervención.

Todos los días de su larga enfermedad hizo el rezo divino, y durante todos los de su vida recibió la comunión; sólo no pudo recibir al Señor el día en que le entregó su alma entera.

Era muy aficionado a cantar, y era frecuente que a la noche, después de rezar el rosario, cantara con su buenísima hermana, llamada Camila, que con extremado cariño no abandonó un solo instante a su querido hermano.

Si alguna vez pensó en mejorar fué para recrearse en celebrar misa y en alabar a Dios en la catedral.

En el mes de julio de 1927 se acentuó la gravedad.

Y cuando Dios vió aquel vaso rebosante de dones espirituales, le llamó a su seno y le colocó seguramente a su diestra, porque para D. José Pascual, y para cuantos como él vivieron, se escribió aquella bienaventuranza:

«Bienaventurados los humildes,
porque ellos alcanzarán misericordia.»

Era el mediodía del 17 de julio de 1927.

* * *

Y volviendo a nuestra señora doña Beatriz Ramírez de Mendoza, habremos de decir que, conocida, ocurrió lo que en tantas ocasiones ha ocurrido y ocurrirá en cuantos sienten admiración por una persona. Inevitablemente surge el afán de adueñarse de su ser entero, de dominar su contextura espiritual, pasándose, suavemente, del terreno del pretendido dominador al efectivo de dominado, porque es el que se desea esclavizar el que nos esclaviza, empujando nuestra voluntad, ya prisionera, de un lado a otro en busca de lo ignorado, acicate insaciable que no cesa de torturar el ánimo, ambicioso de conocer siempre algo más, pues cada elemento nuevo alcanzado arrastra nuevas ansias de ensanchar la concomi-

tancia inevitable con personas, sucesos y ambiente que iluminan las primeras partes, descubriéndose en forma antes no conocida...

Y en los desvelos que provocan puertas que se cierran y tras las que nos prometíamos figuras complementarias, fechas orientadoras o sucesos culminantes, en esos desvelos, nuestro entusiasmo se une a la nueva amistad y le pregunta por su alma, por sus angustias y sobresaltos, satisfacciones y remansos de la vida...

La nueva amistad nos lleva y guía nuestra voluntad en pos de ella, deseándola conocer en una imposible integridad física y moral. Somos sus esclavos... Por besar el pico de su manto daríamos parte de nuestra vida...

Y no es extraño tan singular acuciamiento en el presente caso, ya que fueron muchos y de muy elevada alcurnia espiritual, y hasta mundana, los que, al escuchar decir las virtudes de doña Beatriz Ramírez de Mendoza, la buscaron y le encomendaron los más delicados asuntos de orden público y de orden privado, dejando de ello, aquí y allí, relaciones incitadoras...

Hoy que conozco a la condesa de Castellar, puedo afirmar que fué, por sus virtudes, una de las figuras más esclarecidas que tuvo España en los últimos años del siglo xvi y en los comienzos del siguiente.

Si existiera derecho a ufanarse de la simple labor de exponer a la pública contemplación una gran pintura desconocida, para regodeo de unos, estímulo de otros y admiración de todos, pido respeto al singular, íntimo placer de presentar como ejemplar mujer española, merecedora de ser conocida y admirada, entre las que en tiempos pasados brotaban, como las margaritas en el campo; en el aún más florido de la mística, en aquella nación privilegiada por la fecunda bendición del Hacedor Supremo, a doña Beatriz Ramírez de Mendoza.

Desde sus primeros momentos en la vida se significó como algo singular entre las virtuosas damas que la rodeaban, en su nacimiento, en el palacio de los reyes.

Sintiendo en su pecho anhelos que tal vez ella misma no podría explicarse, se aislaba, jovencita, de cuantos por su edad requerían inocentes juegos, para beber en las lecturas de los Santos el apartamiento de los mundanos atractivos.

Ejemplo de virtudes en la severa corte de Felipe II, supo imponer a su bien definida voluntad la para ella inapelable de su madre, severa dama, cuyas visitas a los conventos constituían su más grato entretenimiento.

Doña Beatriz Ramírez poseía toda la grandeza de espíritu con que Dios adorna a cuantos a Él se unen.

Entre sus altas perfecciones brilla, como estrella polar en el firmamento, su acatamiento a los deberes que se imputan los hijos sumisos del que todo lo ordena, llegando su abnegación al superior destino de que nos habla San Agustín.

Siendo reflejos de la voluntad divina el nacimiento de la flor en el campo y los estremecimientos de la crisálida al intentar salir de su tenue cárcel para recibir la luz del sol en sus sedosas alas, la tempestad en la

montaña y el rugido del león, para doña Beatriz, el acatar las pequeñas y graves dificultades que se oponían a su dilectos pensamientos, eran galanas preesas con que Dios quería enriquecer el curso de sus propósitos.

Lo cual era compatible con la energía iluminada por la visión certera que los seres superiores reciben generosamente por don singular.

Entusiasta por todo levantado ideal, y con un corazón efusivo y dulce que consiente una clarísima concepción de los deberes ante Dios, no desmaya jamás, confiada en que el bien se abre siempre camino, máxime si el aroma de la caridad embalsama la decisión. Una vez convencida de estar en terreno firme, no evade trabajo alguno.

Reducida, desde que enviudó, doña Beatriz Ramírez a su doble misión de cuidar a sus hijos y salvar a su alma, su ocupación constante no es otra. Y el tiempo que la deja libre su casa, que es un templo toda ella, sólo se mueve en busca de nuevos hornillos en que se abrasen nuevas almas por Jesús. Es una esclava de su ardiente fe.

Ampara a cuantos a ella acuden, busca al necesitado en hospitales y cárceles, y cuando atisba nueva voluntad para abrir algún cenobio, allí acude, para ofrendar su voluntad entera y su fortuna.

En sus manos es el dinero un ser mágico. La caridad y el amor a sus hijos, que desea hacer compatibles, la convierten en nuevo rey Midas... Sus deseos en dar se convierten en oro.

¿Qué de extraño tiene que a su capilla particular acudan los más virtuosos sacerdotes a ofrecer el más alto sacrificio?

Por esa capilla desfilan figuras que la historia ha recogido en sus páginas de oro. Y a doña Beatriz buscan y consultan las damas que iluminan la corte de España con sus acrisoladas virtudes; fundadoras y magnates acuden a escuchar la palabra, no exaltada ni sibilina, sino transparente y clara como agua del Jordán.

Y son los reyes, los piadosos reyes, los que desean escuchar el consejo de la condesa de Castellar, suscitando las breves palabras de la ya claustrada doña Beatriz inquietudes en Felipe III y lágrimas en la reina Margarita, escenas éstas que fueron causa o pretexto para la tan singular persecución del favorito, persecución que sirvió para mejor probar la de Castellar su temple, su serenidad ante los contratiempos anejos a una serie de pesquisas, prohibiciones y desmanes.

Al través de este horno sale más depurada el agua y más transparente y más animosa la voluntad en doña Beatriz a proseguir su camino, que termina en su convento, en cuyo coro vela noche y día por no dejar solo el Corpus Christi...

Para llegar a esto, ¡qué episodios no esmaltan el singular proceso!

La condesa de Castellar, que no es monja, aunque vive en el convento, lo santifica todo; va a la cabeza en toda mortificación, y el «cajón de las herramientas de su oficio» no suele estar limpio... Mánchale el color bermejo del voluntario martirio.

Es el convento de las Carboneras un faro cuya luz prende en todos los corazones que a él se aproximan.

Y esto, en aquel siglo hirviente en fundaciones en las que ponían su alma reyes y princesas, próceres y modestos sacerdotes, movimiento vibrante, hogueras que llamaban al pueblo para que en ellas se caldeara y opusiera la verdad eterna al error que, nacido en Alemania, empeñábase en manchar la cuna de Recaredo, Isabel y los Felipes, con las herejías de Lutero.

Hoy que a diario tropiezan los ojos con historias y retratos de tantas hijas de Eva de fulguraciones tan efímeras por demasiadamente humanas, bien merece sean recogidos los dispersos trazos y unirlos para presentar la figura de una mujer que no está en los altares ya tal vez por la misma profusión que España creó con idénticos dones de santidad en los venturosos siglos, que no han finado (6).

Cooperar al deseado honor es modesto afán, por serlo quien lo intenta; pero si con ello logra entreabrir la dormida arca en que yacen los primeros pasos encaminados a alcanzarlo, se colmará su ambición, pues no ha de ocultar su esperanza de que al menos servirá para que una bienaventurada cure de lo que tanto habrá de necesitar quien esto escribe.

* * *

(6) En un manuscrito que con el título *Inquiridión general de noticias acaecidas desde el nacimiento de N. S. Jesucristo hasta 1756*, existente en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, se nos da cuenta, entreverando curiosas e inesperadas noticias, como la de verse por primera vez un coche en España (1546), emplearse los pozos de nieve (1549), que se empezó a usar el chocolate (1626) y otras de corte parecido, de las sucesivas fundaciones de conventos en Madrid.

Conviene decir en este particular que antes de la segunda mitad del siglo xvi sólo existían en la corte tres o cuatro conventos, todos en las afueras del casco de la población: el de San Martín, el de San Francisco, el de San Jerónimo, en el camino de El Pardo, y tal vez algún otro, todos muy antiguos, del siglo xii o xiii.

No ocurría lo mismo con las parroquias, ya que en el primero de esos siglos, en el xii, tenía diez Madrid: Santa María, San Andrés, San Pedro, San Justo, San Salvador, San Miguel, Santiago, San Juan, San Nicolás y San Miguel de Sagra en palacio, a las que se llamaban collaciones.

Fué, pues, en la segunda mitad del siglo xvi cuando se fundaron casi todos o por lo menos la mayoría de los conventos hoy existentes.

Así vemos que el año 1546 se fundó el convento de San Felipe el Real por Fray Alonso de Madrid; en 1550 el de Santa Catalina de Sena, dominicas, por la camarera de la reina, doña Catalina Téllez; al siguiente año la Concepción Jerónima, por D. Francisco García, el marido de «La Latina»; en 1553 vino a Madrid, de Vallecas, el convento de la Piedad, bernardas; en 1559 doña Juana de Austria fundó las Descalzas Reales; en 1560, el convento de religiosas agustinas de la Magdalena, por D. Baltasar Gómez; 1561, San Francisco de Paula; 1562, Santísima Trinidad Calzada; 1564, Merced Calzada; 1572, fundó D. Francisco Garnica, del Consejo de Hacienda, el convento de San Bernardino; 1573, convento de Nuestra Señora del Carmen; 1581, el de Doña María de Aragón; 1606, el de la Santísima Trinidad, descalzas, por el cardenal Sandobal; 1608, el de trinitarias descalzas; 1609, el de mercedarias descalzas, y el mismo año el de capuchinos del Prado, por el duque de Lerma; en 1611, el de San Norberto, de premostratenses; en 1615, el duque de Uceda fundó el convento de religiosas bernardas... Y no seguimos, por citar sólo las fundaciones próximas a la de la condesa de Castellar.

Doña Beatriz Ramírez de Mendoza nació en Madrid el año 1554 (7) en las casas llamadas de los Ramírez, que cerraban, con el amplio templo y convento de la Concepción Jerónima, fundados por doña Beatriz de Galindo, la antiguamente llamada plaza de la Concepción Jerónima, entonces cerrada, y a la que se entraba por la calle de este mismo nombre, conservado hoy, hasta que, derribado hace cuarenta años convento y templo, se abrió la calle por este lado hasta la de la Colegiata, designándola entonces por el nombre de calle del Duque de Rivas, título de los descendientes de los Ramírez, como luego veremos (8).

Descendía doña Beatriz Ramírez de Mendoza directamente de doña Beatriz de Galindo, esposa de Francisco Ramírez de Orena, más corrientemente llamado Ramírez de Madrid por haber su madre nacido en esta corte.

Procedente este bravo militar de la Casa de Bornos, fué el primer capitán general de artillería que ha existido en los ejércitos de España.

Las crónicas nos han transmitido el feliz suceso en que intervino Francisco Ramírez, quien en la toma de Málaga vióse en gran apuro frente a la tenacidad de los moros. Las relaciones nos dicen cómo se le presentó San Onofre o Nuflo, sugiriéndole la idea de llevar parte de sus fuerzas a la torre más próxima de la ciudad, con lo que logró la apetecida victoria.

Tan bravo como creyente capitán, agradeció mucho la intervención de San Onofre en momento para él de tan singular empeño, y en el convento de San Francisco de esta corte fundó una capilla dedicada a aquel santo anacoreta que durante sesenta años vivió en la soledad sin trato alguno con humana criatura.

Por su parte los Reyes Católicos, agradecidos a la hazañosa página militar, firmaron, a 15 de septiembre de 1487, una cédula en la que, al encomiar el suceso, le autorizaron para que llevara a sus armas, consistentes

(7) No existe conformidad entre los diferentes cronistas que se han ocupado de doña Beatriz Ramírez, respecto del año de su nacimiento. Mientras unos dicen que nació el año 1554 otros sostienen que fué en 1555, no faltando quien, como José Alvarez de Baena en sus *Hijos ilustres de Madrid*, señala el año 1556.

Tal vez copiándolo de Baena el P. M. Fray Felipe Colombo, de la Orden de la Merced, en su Crónica de dicha orden, al ocuparse de la vida de doña Beatriz Ramírez de Mendoza dice que nació el año 1556, el «ejemplo de doncellas, dechado de casadas y espejo de viudas».

Mas sabiéndose como se sabe la edad que tenía la condesa de Castellar a su fallecimiento ya no cabe la menor duda respecto del año en que nació.

Doña Beatriz Ramírez tenía setenta y dos años de edad al morir el año 1626, de forma que nació el año 1554.

(8) Este convento de la Concepción Jerónima tenía su principal entrada por la calle de Toledo, doblando el edificio por la calle de la Colegiata, frente al colegio imperial de los padres de la Compañía de Jesús, empezado en 1560 (hoy catedral), hasta cerca de la calle llamada hoy del Conde de Romanones. En este extremo del edificio se levantaba la iglesia del convento.

Perpendicular al templo estaban las casas de los Ramírez, con privilegio de tribuna abierta al lado del altar mayor.

Estas casas formaban una calle con los muros del convento que se levantaba enfrente, constituyendo la dicha plaza de la Concepción Jerónima sin salida, entrándose sólo por la calle de este mismo nombre, hasta cuya esquina, a partir de la calle de Toledo, se extendía la otra fachada del gran convento, en cuyo centro existía una huerta y grandes patios.

en un castillo asentado sobre rocas de las que salen dos bocas de sierpes, un puente con cuatro arcos y dos torres, una en cada extremo, en campo azul, la una desmochada con una escala por donde la dicha torre y puente fué defendido y tomado. Delante de esta torre un palenque con tres lanzas y una bandera colorada con la cruz de Santiago; la otra torre tiene tres almenas, bandera blanca con luna y un palenque con dos lanzas.

Hallábase a la sazón al servicio de la Reina Católica doña Beatriz de Galindo, y queriéndola mostrar su cariño consideró doña Isabel muy del caso aprovechar la ocasión favoreciendo, si no promoviendo, la boda de doña Beatriz con el bravo general de artillería, cuyo nombre en todas partes era sonado con encomios.

La boda se celebró el año 1485, al siguiente de haber quedado Ramírez de Madrid viudo de doña Isabel de Oviedo de la que tuvo varios hijos, siéndolo del primogénito el venerable jesuita Juan Ramírez (9).

Fué ascendiente de éste D. Francisco Ramírez D. Juan Ramírez, vecino de Madrid, hijodalgo, padre de María Ramírez, esposa de D. Nuño de Cabrera. Este D. Juan se destacó tanto en Zamora y Andalucía que los Reyes Católicos le concedieron la villa de Bornos.

La primogénita de este matrimonio, doña Catalina Ramírez de Cóbreces y su esposo D. Juan Ramírez de Orena, regidor de Madrid, fueron los padres de D. Francisco Ramírez de Orena.

Como es sabido, doña Beatriz de Galindo fué hija de unos caballeros de Salamanca, y por éstos educada para monja, pero... y véase en ello los designios de la providencia, doña Beatriz, al no entender bien los rezos en latín, quiso dominar esta sabia lengua dedicándose con empeño a su estudio, demostrando, al efectuarlo, tan singular talento que, conocido por la reina, decidió ¡nada menos que Isabel la Católica! llevar a su lado a la esclarecida autora de unos comentarios a Aristóteles (10).

Es indudable que la gran reina española fué una vidente que se percató de que aquellos tiempos, de los que Guevara pudo decir: «el valeroso caballero no se ha de preciar de tener gran librería, sino buena armería», habían pasado, y que era llegado el momento de reaccionar contra el inevitable retraso científico y literario que las constantes luchas que España tuvo que mantener dentro y fuera de su territorio había impuesto.

Y empezando por dar ejemplo, estudiando latín con doña Beatriz de Galindo, formó aquel núcleo de mujeres intelectuales que tal vez fuera el más poderoso estímulo para alcanzar, no tardando, aquel esplendor humanístico que permitiera a Francisco Cervantes de Salazar escribir que en España «...por doquiera que fueras, toparás hombres doctos».

No hay que ocultar que el exceso de afición al renacentismo italiano

(9) Véase lo que acerca de este insigne predicador dicen el P. Nieremberg y el conde de Doña Marina, éste último en *La España católica* aprovechando los apuntes que le diera el P. José Eugenio de Uriarte.

(10) Doña Beatriz nació el año 1475 y murió en 1534.

se tradujo en un desmedido prurito por escribir todo en latín, griego o hebreo, con menosprecio del romance; pero no faltaron plumas de tan sólida envergadura que impusieran el castellano, aunque en lograrlo discurriera casi íntegro el siglo xvi, siguiendo con ello el consejo de Aristóteles: «hablar como habla el pueblo y pensar como piensan los sabios».

Sin duda, por la indicada razón, no quiso la reina Isabel verse privada de la compañía gratísima de la que, por sus singulares conocimientos, se la llamaba «La Latina», pues amén de dotarla con 500.000 maravedís, la hizo su camarera mayor.

No mucho después de casarse, Francisco Ramírez de Madrid hubo de salir de nuevo a pelear con la morisma, pero ahora con tan negada fortuna, que en la refriega sostenida en Sierra Bermeja encontró la muerte del héroe, el 17 de marzo de 1501.

No sólo encontró su muerte en Sierra Bermeja el general Ramírez de Madrid, si que también, como otros héroes, su cuerpo desapareció, sin que después se haya tenido noticia del mismo, contra lo que varios cronistas han dicho, afirmando algunos hallarse sus restos en el convento de las concepcionistas Jerónimas, trasladadas hoy a la calle de Lista desde la de Toledo.

Este cristiano matrimonio fundó en Madrid el año 1551 un hospital en la calle de Toledo, que aún se conserva, con el título de «Hospital de la Latina», y dos conventos: uno, de la Concepción Francisca, inmediato al hospital, y otro, de la Concepción Jerónima, del que arriba nos hemos ocupado, cuya plaza de este nombre es hoy, como se lleva dicho, calle del Duque de Rivas, y en Málaga el convento de San Onofre.

En la iglesia del convento de la Concepción Jerónima se levantaron, por orden de doña Beatriz de Galindo, dos sepulturas de alabastro que fueron colocadas a derecha e izquierda del altar mayor.

En el sepulcro de Ramírez de Madrid aparece su estatua con el hábito de caballero del que fué armado por el rey Fernando en el mismo sitio en que demostró su heroísmo en Málaga. En las manos sostiene abierto un libro como prueba de su devoción.

Tampoco ocupó doña Beatriz su rica sepultura, pues al morir en su convento de la Concepción Jerónima el 23 de noviembre de 1535, fué depositado su cuerpo en el coro alto del mencionado convento (11).

Sin duda confiaba doña Beatriz en que algún día serían hallados los restos de su aguerrido esposo, y en previsión quiso erigirle el túmulo en que habrían aquéllos de ser conservados (12).

Pasaron los años, fué derruido el convento que dió nombre a la actual

(11) *Doña Beatriz Galindo «La Latina»*, por D. Félix Llanos y Torriglia, 1920.

(12) Doña Beatriz Galindo testó el 9 de noviembre de 1534 instituyendo por herederos a doña Catalina, hija de Fernán Ramírez, a D. García López, a D. Juan Zapata, a D. Nulfo, a D. Fernán Ramírez, y a D. Pedro Zapata y a doña Beatriz, mis nietos, hijos de Nulfo, su hijo, y de doña Mencía Cárdenas.

calle de la Concepción Jerónima y las religiosas se trasladaron al erigido en el Madrid nuevo.

Lleváronse los dos sepulcros y colocados fueron a los lados del altar mayor de la capilla; pero aun yacen vacíos los dos ricos túmulos, pues si el destinado a Francisco Ramírez de Madrid sigue sin custodiar sus restos, sin duda por siempre desaparecidos, el en que se ve en alabastro la imagen de la insigne Beatriz de Galindo también está desocupado, ya que los suyos fueron colocados al pie del templo y bajo marmórea lápida en que se grabaron el nombre y virtudes de la fundadora y dama de la gran reina Isabel la Católica (13).

Fué verdaderamente trágico para la documentación de este grandioso convento su traslado a la nueva casa.

La abundancia de libros y documentos que los siglos fueron reuniendo en su biblioteca y el ningún aprecio de aquellos escritos «que no se podían leer» fueron sin duda los dos motivos que decidieron a quien podía ordenarlo a vender por espuelas, lo cual quiere decir que regalados o punto menos, cientos de volúmenes y de documentos de indudable interés.

Gracias a un hombre culto que prestó en los últimos años de su existencia sus servicios sacerdotales en el nuevo edificio, el ilustre bibliotecario arqueólogo D. Ignacio Calvo, se conserva un libro en el que, por orden cronológico, figuran interesantes notas tomadas de los contados documentos librados y con los recuerdos por tradición transmitidos que nos dicen algo de lo que fué tan interesante cenobio.

* * *

Hijos del matrimonio formado por D. Francisco Ramírez de Madrid y doña Beatriz de Galindo fueron D. Fernán y D. Nuño, para los que fundó su madre sendos mayorazgos el 14 de febrero de 1504.

D. Fernán o D. Hernán, que de ambos modos era nombrado, alcaide de El Pardo, caballero de Santiago y canceller de Alcántara, casó con doña Teresa de Haro, hija de Pero Laso de Castilla y Mendoza y de doña Aldonza de Haro, siendo fruto de este matrimonio un hijo, llamado Diego, primer conde de Bornos (1644), que derrotó la escuadra inglesa en las costas del Brasil y autor del *Tratado de la brida y la jineta*, y una hija, a la que se le puso el nombre de su insigne abuela, doña Beatriz.

De una manera no poco extraña murió prematuramente este don Hernán, según nos dicen los cronistas contemporáneos.

(13) El nuevo convento de religiosas jerónimas concepcionistas está hoy en la calle de Velázquez, 84, esquina a la de Lista, desde hace unos cuarenta años en que fué destruido el fundado por doña Beatriz de Galindo.

Una lápida de mármol negro cubre, a los pies del templo, los restos de la fundadora, restos que serán trasladados no tardando al coro del convento.

Refieren éstos que al comulgar cierto día, fijóse tenazmente el joven comendador en el sacerdote oficiante, quien tenía en su cara, por efecto de una enfermedad, desagradables manchas en el rostro (14). Retiróse el caballero a su casa y fué grande la sorpresa de todos sus familiares al observarle la cara desfigurada. Cayó enfermo D. Fernán, y de tal gravedad, que a los dos días hubo de fallecer.

Con motivo de esta tan inesperada muerte sucedió en la casa de los Ramírez, como jefe de la misma, su hermano D. Nuño u Onofre, y por algunos cronistas D. Nuño, casado con doña Mencía de Cárdenas, hija de D. García López de Cárdenas, comendador de Monreal, y de doña Juana Castilla.

Hubo asimismo este matrimonio dos hijos: el que se llamó ante la historia D. Juan Zapata de Cárdenas, rector del colegio de Cuenca en Salamanca, obispo de Palencia y presidente de la Real Audiencia de Valladolid, que usó el título de conde de Pernia, y el que ahora nos interesa muy directamente, D. García Ramírez de Galindo, padre de nuestra biografiada, doña Beatriz Ramírez de Mendoza. Tuvo o tomó, que es distinta cosa, este segundo apellido de su madre, doña Ana de Mendoza, hija de D. Alonso Suárez de Mendoza, tercer conde de la Coruña.

Muy conveniente conceptuamos, para explicar sucesos posteriores, el decir algo de esta familia, sin remontarnos más que a dos generaciones.

Ostentó por primera vez el título de conde de la Coruña D. Lorenzo Suárez de Mendoza, tercer hijo del primer marqués de Santillana. Otorgósele a D. Lorenzo, Enrique IV, en méritos a sus personales servicios.

El tal D. Lorenzo casó con doña Isabel de Borbón, hija del conde de Ribadeo, tan querido en Palacio, logrando este matrimonio tres hijos, muriendo joven aún el primogénito, llamado D. Bernardino, que tuvo la suerte de presenciar en Granada la gloriosa capitulación de la morisma, y después de haber tenido de su esposa, doña María Manrique de Sotomayor, cuatro hijos, todos bien casados, pues si el primero, llamado Lorenzo, fué el marido de doña María de Toledo, hija del conde de Luna, y el tercero, que fué hembra y se llamó María, unióse en matrimonio con su compariente el tercer conde de Luna, el cuarto, D. Juan Mendoza, logró casar a su hija, María Mendoza, como se decía también la madre de ésta, con D. Francisco Zapata de Cisneros, el primer conde de Barajas, presidente del Consejo de Órdenes y después del Real de Castilla (15).

(14) Sin duda procedentes de una viruela reciente.

(15) El antiguo señorío de la villa de Barajas provenía de los Ayalas, y fué erigido en mayorazgo por D. Ruy Sánchez Zapata y doña Constanza de Aponte, el cual le había heredado de su primera mujer doña María de Ayala. El cuarto nieto de los fundadores D. Francisco de Zapata y Cisneros Osorio y Luján, sexto señor de la villa de Barajas y de otras villas, comendador de Guadalcamal y trece de la Orden de Santiago, asistente y capitán general de Sevilla, del Consejo de Estado y Guerra de Felipe II, mayordomo mayor de la reina doña Ana (esposa de Felipe II) y del príncipe de Asturias, presidente del Consejo de Ordenes y del de Castilla, fué creado conde de Barajas en 1572 por Felipe II.

Acabó la primogenitura en D. Diego Felipe de Mendoza y Silva, cuarto conde de Barajas,

Pero, más que sus hermanos, nos interesa ahora conocer el que nació en segundo lugar, D. Alonso Suárez de Mendoza, quien, por haber muerto, como se lleva dicho, su hermano Lorenzo, heredó, al morir su padre en el mes de julio de 1531, el título de conde de la Coruña, siendo el tercero que lo ostentó, aunque no por mucho tiempo, pues diez años después entregaba su alma a Dios, dejando como notas singulares de su vida el haber peleado en Túnez con el emperador y entregado en Fuenterrabía a los hijos del rey de Francia.

Mas creemos que no por ambos hechos debe pasar su nombre a la posteridad, sino por haber entregado a ésta, en sólo su matrimonio con doña Juana Ximénez de Cisneros, hija de D. Juan Ximénez de Cisneros y de doña Leonor Zapata de Luxán, siendo, por tanto, sobrina del gran cardenal Fray Francisco, nada menos que veinte descendientes.

Mucho puede decir a nuestro propósito, no sólo lo consignado en cuanto a los familiares de nuestra doña Beatriz Ramírez de Mendoza, sino los rumbos seguidos por sus tíos maternos, sus diez y nueve tíos maternos.

Pues si D. Pedro González de Mendoza fué clérigo, y canónigos de Toledo sus hermanos D. Gaspar y D. Alonso, cinco hermanas de su madre profesaron en diversos conventos.

Doña Isabel profesó en el convento de Santa Clara, de Cifuentes; doña Magdalena, en el de la Piedad, de Guadalajara; doña Francisca, en la Concepción Francisca, de Madrid, y doña María y doña Juana, en el convento de San Juan de la Penitencia, de Toledo. Esto sin que sepamos si murieron en el mundo o en algún convento otras dos hermanas llamadas Angela, que fué la última hija, la que hizo el número veinte de sus hermanos, y doña María Manrique de Mendoza.

Dos hijos de D. Alonso, llamados Bernardino y Diego, murieron siendo niños.

Otro, llamado D. Juan Mendoza, fué enterrado en Inglaterra, adonde acudió acompañando a Felipe II cuando este rey fué a casarse con su segunda esposa.

Y a esta familia pertenecen D. Antonio Mendoza, embajador que fué de Génova, y D. Bernardino de Mendoza, que desempeñó con tanta fortuna ese mismo cargo en Inglaterra y Francia, y autor de los conocidos comentarios de las guerras de Flandes y los Países Bajos.

Merecen citarse los restantes hijos del tercer conde de la Coruña como su primogénito, D. Lorenzo Suárez de Mendoza, esposo de doña Catalina de la Cerda, hija del Duque de Medinaceli; el segundogénito, D. Francisco

doce conde de La Coruña, segundo marqués de la Alameda, muerto sin descendientes en 1684. Después de subir varias veces tronco arriba por falta de descendientes, llegó a ser condesa de Barajas doña María Luisa Centurión de Velasco, López de Ayala, quien en 1787 cedió el tal condado, previa real facultad, a su primo el primer duque de Fernán Núñez, a cuya casa quedó el título incorporado, siendo concedido a dicho título la grandeza el 28 de febrero de 1921 a la abuela del actual poseedor, que lo es D. Tristán Falcó y Álvarez de Toledo por herencia (1928) de su padre el cuarto duque de Fernán Núñez.

de Mendoza, que casó con doña María de Velasco, señora de Verberana, padres de doña Juana de Velasco, esposa que fué de D. Alonso Ramírez de Mendoza, hijo de los condes de Castellar, y, por lo tanto, su primo hermano, del que no tuvo descendencia. Y en fin, ocuparon los números doce y quince de esta numerosa familia doña Leonor de Mendoza, que casó con D. Fernando Alvarez Ponce de León, y doña Catalina Mendoza, esposa de D. Fernando de Gamboa Arteaga.

La madre de doña Beatriz, condesa de Castellar, ocupaba el número catorce entre los nacidos de los terceros condes de la Coruña.

Con la mayoría de estos citados parientes de nuestra biografiada habremos de encontrarnos en estas páginas, por lo que no estorba conocer el grado que unía a los en su mayoría personas de algún relieve en aquella sociedad de fines del siglo xvi y comienzos del xvii.

Podemos dar los retratos de los padres de la condesa de Castellar merced a un cuadro votivo que se conserva en la clausura del convento de las Carboneras, y que las benditas monjitas que hoy le ocupan han tenido la bondad de consentir le reprodujéramos.

En este cuadro figuran, en primer término, D. García Ramírez, que tiene a su derecha a su esposa doña Ana. Los dos visten traje de época, tienen sus manos en oración y muestran en el rostro inequívocos rasgos de bondad, si bien en doña Ana adviértense signos de tenacidad y dominación, condiciones de que se ve desposeído, al parecer, D. García Ramírez.

Este matrimonio mira al pintor.

No así su hija, la fundadora, que, como aquéllos, está arrodillada en el lado izquierdo. Doña Beatriz usa traje de beata, mira con arrobamiento al Santísimo, que se ve colocado en una gran custodia situada en un rico altar profusamente iluminado, sobre el que se abre una media luna de plata que ocupa, entre los dos extremos, casi toda la extensión del altar, cuyo frontal es de plata labrada.

Un celestial resplandor envuelve al Santísimo, flotando entre las nubes varios ángeles alados.

Tres escalones, forrados de rica alfombra, suben del lugar que ocupan los Ramírez y su hija al en que se levanta el altar.

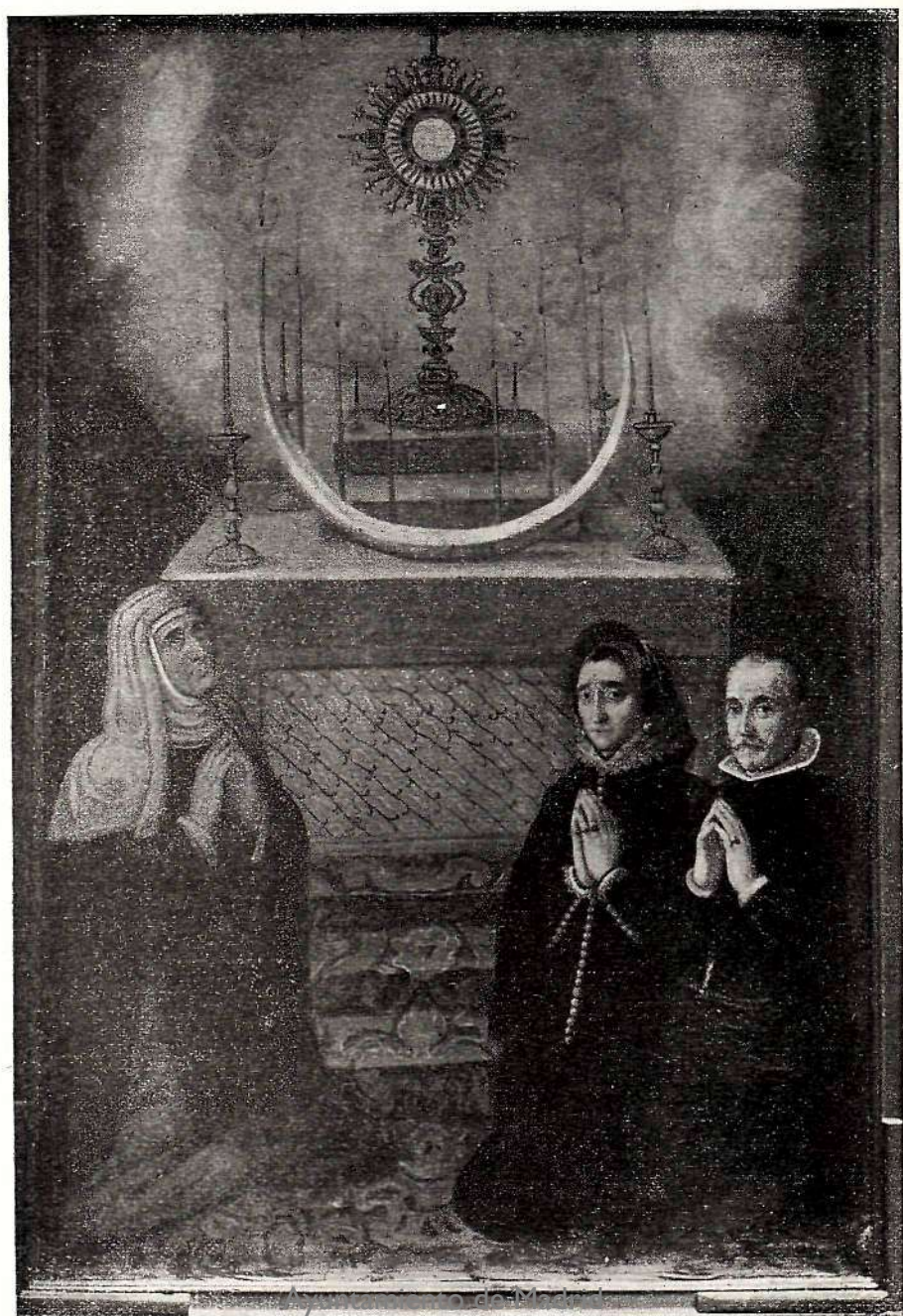
Es un buen cuadro, de interés iconográfico y de factura bastante estimable.

Los padres de doña Beatriz representan tener unos cincuenta y tantos años, y ésta, más de treinta.

Debió pintarse siendo ya viuda la condesa de Castellar; su traje monjil es el que se puso en cuanto perdió a su esposo (16).

Doña Beatriz tuvo dos hermanas que se decían doña Mencía de Cárdenas y doña Catalina de Mendoza, que profesaron en el convento de la Concepción Jerónima, de esta Corte.

(16) Mide este cuadro 1,67 metros de alto por 1,13 de ancho.



Tuvo, además, otros cinco hermanos, llamados Francisco, Alonso, Nuflo, Juan y Ana.

De todos ellos, menos de la última, se ocupan su madre, doña Ana Mendoza, a la sazón con esperanzas de su homónima, y D. García López Ramírez en el testamento por ambos otorgado en Madrid a 12 de febrero de 1563, después de mejorar al hijo mayor, D. Francisco, por vía de mayorazgo, y de designar como herederos a todos sus hijos, si bien el usufructo de los bienes de los respectivos esposos sería del superviviente.

Sin duda por singular cariño a D. Nuflo Ramírez, padre de D. García López Ramírez, figura en este testamento la extraña disposición en la que se encarga a los herederos, sus hijos, que siempre «que Dios les diese fruto de bendición se llame un hijo Nuflo, si no fuere el mayor, que sería razón» (17).

Consignan los testadores para misas aplicadas por el hijo mayor o descendientes el juro de heredad de 1.500 maravedís, que D. García compró de las Rentas de la villa de Madrid, y 10.000 más de juro de 14 «de los 20 que nuestros padres compraron del quento que nuestra agüela dió para el mayorazgo».

Otro testamento otorgaron posteriormente los padres de doña Beatriz Ramírez, y que no recordáramos aquí de no figurar en él la eterna manifestación, siempre en pie, de los «malos tiempos», que nunca pasan, que prevalecen al través de los siglos, pero siempre atribuida al momento en que se formula esa expresión de la imposible conformidad humana.

D. García y doña Ana no se atrevían, a mediados del siglo xvi, a encargar nuevas misas «visto lo que han subido las cosas y que pueden ir subiendo mucho más».

No obstante, a más de una memoria de misas para el día de los Santos y vísperas, dejó doña Ana 10.000 maravedís, de por vida, a cada una de sus hijas Mencía y Catalina.

Doña Ana de Mendoza murió el año 1590, y su cuerpo fué enterrado en el primitivo convento de la Concepción Jerónima, en el coro bajo.

D. García Ramírez había abandonado este mundo hacía tiempo.

Como se ha dicho, doña Beatriz Ramírez de Mendoza nació el año 1554, y fué el menor de los ocho hijos que tuvieron sus padres.

El doctor Francisco Sánchez de Villanueva, que predicó en las honras de doña Beatriz, celebradas el año 1626, y que pudo conocerla, por ser contemporáneo de la virtuosísima dama, nos suministra datos biográficos muy interesantes (18).

«Era grande su hermosura —dice el padre Sánchez—, junto con su singular grandeza y reverencia.»

Y cita el caso de que cierta dama muy principal, y asimismo bella

(17) Esta disposición fué acatada, pero no cumplida, que sepamos.

(18) En la *Historia general de las Islas Canarias*, que publicó en Madrid el año 1783 don José de Viera y Clavijo, arcediano de Fuerteventura, inserta, en el cuarto tomo, la oración fúne-

y virtuosa, al quedar viuda de diez y nueve años se ofreció, por entretenimiento de su viudez, a criar a la niña Beatriz, como lo hizo en su propio aposento. Y decía que con ser en las amas tan natural las demostraciones de amor a las criaturas, la reverencia de la que ella criaba jamás le dió lugar a que pudiese pasar a más que a besarle la mano.

Tenía seis años doña Beatriz y ya se advertía su afición a los buenos libros.

Siempre la lectura espiritual ha dado y dará los mismos ópimos frutos, y tal ocurrió con nuestra biografiada, lectora desde muy joven de escogidos libros de aquella condición; y así, mientras sus hermanos jugaban, ella leía con singular atención, prefiriendo las obras de Fray Luis de Granada.

Alternaba con la lectura la labor de mano, siendo las llamadas cãdenetas una de sus especialidades desde muy niña.

Su ilustre tío D. Juan Zapata de Cárdenas, obispo de Valencia, no se ponía roquete que no tuviera las cadenetitas hechas por su primorosa sobrina.

Sin duda que esta su habilidad la llevó doña Beatriz de Mendoza a su convento, ya que en éste se limpia y se adereza la ropa de la capilla real desde el año de 1640 hasta hoy sin interrupción de un solo día en el transcurso de los trescientos años.

Otra de sus ocupaciones era la de repartir limosnas entre los pobres, cosa que hacía diariamente después de todas sus comidas, acudiendo numerosos necesitados a las casas de doña Beatriz.

El padre Juan Díez, que dedicó a doña Beatriz Ramírez un volumen con las obras de Juan de Avila, y del que más adelante nos ocuparemos con más extensión, nos dice que siendo muy joven doña Beatriz la llevó su madre a Ecija, en donde la familia tenía algunos bienes de sus estados, parando en la casa de unos deudos suyos y discípulos del padre Juan de Avila, «y allí la dijeron cosas de su vida y doctrina y cómo había posado en aquella casa, de donde se aficionó doña Beatriz al autor de la *Subida del Monte Carmelo*, y siempre lo ha sido de sus santas doctrinas y otras, imitando en esto a sus mayores y a la ilustre casa de donde viene que tan aficionados fueron a las cosas deste varón Apostólico» (19).

«Criola su madre desde niña —escribe el citado fray Felipe Colombo— en la doctrina espiritual que desde la fundación se enseña en nuestra

bre que predicó el doctor D. Francisco Sánchez de Villanueva en las honras celebradas por la venerable fundadora del convento de las Carboneras, doña Beatriz de las Llagas.

Este D. Francisco era hijo de Madrid, y fueron sus padres D. Francisco, guardadamas de la reina doña Margarita de Austria, la esposa de Felipe III, y doña Maria de la Vega.

Era Sánchez de Villanueva capellán de honor y predicador del rey, teniéndosele por uno de los oradores más elocuentes de España en aquel siglo.

Escribió cinco tomos de *Observaciones sobre la Sagrada Escritura y Doctrina de los Santos Padres*.

(19) De la dedicatoria del padre Juan Díez.

iglesia, y salió tan gran maestra, que llegó en el ejercicio de la oración a grande altura, siendo desde su niñez tantas sus penitencias y mortificaciones que fué necesario ir a la mano por medio de la obediencia de sus confesores.»

Apenas tenía doce años de edad cuando se convenció de su vocación religiosa, pidiendo licencia a su madre para ingresar en un convento.

Contra lo que Beatriz esperaba, su madre, doña Ana de Mendoza, se negó tenazmente a prestar su consentimiento; mas la futura fundadora inició secretamente las gestiones precisas para lograr sus deseos, ofreciendo entregar al convento en que entrara 7.000 ducados de su legítima, bien entendido que entraría en la comunidad sin dote, ya que sus propósitos, por ser esa su vocación, era la estancia como lega solamente.

Presumiendo doña Ana estas gestiones de su hija y a fin de apartarla de tales propósitos, se resolvió a llevar a sus hijas Mariana y Beatriz a palacio, en donde la madre tenía franca entrada hacía once años por ser aya del príncipe.

Matías Novoa en su *Historia de Felipe III*, después de decirnos que este monarca nació el 14 de abril de 1578 y que fué bautizado en San Gil, añade: «Diéronle por aya de su crianza a doña Ana de Mendoza, hija de D. Alonso Suárez de Mendoza y doña Juana Ramírez de Cisneros y mujer de D. García Ramírez de Cárdenas, persona de extremada virtud, portes y entendimiento.»

Doña Mariana fué nombrada dama de la reina. No así doña Beatriz, a la que no se dió cargo alguno por considerársela como heredera de su hermano D. Alonso, por carecer éste de sucesor.

Refiérese que cuando las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina iban a las Descalzas Reales, la madre de Beatriz, que tenía que acompañarlas, procuraba entretener a su hija para que no fuera a dicho convento. Y como la emperatriz doña Ana preguntara a la Mendoza:

—¿Cómo no viene Beatriz?

Contestaba la madre de ésta:

—No mande vuestra majestad que acá la traiga, porque se me pega a estas paredes de manera que no la podría arrancar.

«Era asombro de palacio por su belleza como por su gravedad», nos dice Villanueva.

Contábase también que el sacerdote que confesaba a las damas de palacio solía decir que no había señora que se confesara mejor que doña Beatriz «por la pureza de la conciencia, por la discreción en ser breve y por el grandísimo dolor de sus pecados».

En su *Historia de la Grandeza y Nobleza de Madrid*, el licenciado Jerónimo de Quintana, que debió conocer personalmente a doña Beatriz Ramírez de Mendoza, ya que aquel interesante libro le escribió el a la sazón rector del Hospital de la Latina el año de 1629, nos dice que la condesa de Castellar era de «nobilísima familia por su sangre y mucho más noble, sin comparación, por su santidad: dechado de casadas, espejo de

viudas, guardó en este estado las reglas de las carmelitas descalzas con grandísima puntualidad y perfección».

Pero nosotros podemos dar hoy muchas y muy curiosas y hasta ahora inéditas noticias de doña Beatriz Ramírez, merced a la bondad y hasta deseos de las religiosas que actualmente ocupan el monasterio de aquella fundadora, ya que con ello saben bien que rinden el debido homenaje a la que desde el cielo de continuo las mira y a la que desean vivamente ver colocada en el altar tan merecido.

El perfume que las páginas que escribió la insigne fundadora han exhalado durante siglos, impregnando su más querido convento, sale hoy a la calle para embalsamar con aromas exquisitos e inapreciables las almas propicias y deseosas de enriquecerse con la palabra de Dios expresada por una de sus escogidas en edificantes pensamientos y consejos de alta sabiduría, dentro de la sencillez de su expresión, o por actos de humildad tan ejemplares como la resignación frente a la injusticia, y el dominio de su propia naturaleza frente a grandes ocasiones de fáciles emblandecimientos o de pequeñas circunstancias que agrandan momentos y condición de natural timidez, como en su lugar se dirá.

FIDEL PÉREZ-MÍNGUEZ

(Continuará.)

EL «LIBRO DE LOS JUICIOS DE LAS ESTRELLAS» TRADUCIDO PARA ALFONSO EL SABIO

La noticia más antigua de la versión romanceada del *Libro de los juicios de las estrellas*, de Alí Aben Ragel, parece ser la que da Rodríguez de Castro en el artículo consagrado a *R. Jehudah Mosca*, llamado *El Pequeño* o *El Menor* (1). Nació éste, dice, en Toledo hacia 1220, fué médico de Alfonso X, muy versado en astrología y en lenguas árábica y latina, y tradujo al castellano la mencionada obra y *El Lapidario*. En el manuscrito que motiva estas líneas se le nombra *Yhuda fi de Mosse Alcohen*.

A través de la versión española se hicieron dos latinas del *Libro de las estrellas*: una, firmada por *Alvarus*, y otra, por *Egidius de Tibaldis Parmensis* en colaboración con *Petrus de Regio*. De ambas hay copia en manuscritos de El Escorial (2). Rodríguez de Castro los conoció y, suponiendo extraviada la versión de Jehudah, transcribió el prólogo de la de Alvaro para dar una idea de la obra original.

Pérez Bayer, en nota a Nicolás Antonio, señaló la existencia en la Biblioteca Real (hoy Nacional) del manuscrito castellano y transcribió breves líneas de su prólogo (3).

Amador de los Ríos (4) extracta en este punto lo dicho por Rodríguez de Castro y Pérez Bayer. No parece haber conocido *de visu* el manuscrito castellano, tal vez debido a la omisión de su signatura en la cita de Bayer y a causa también de la defectuosa catalogación del libro en los antiguos inventarios de la Biblioteca.

Ultimamente, el Sr. Sánchez Pérez, en su interesante artículo *Alfonso X el Sabio y el Astrólogo*, dedica un recuerdo al *Libro de las estrellas*, que «está —dice— totalmente inexplorado» (5). Es realmente la lectura de este artículo la que me estimula a redactar una noticia del manuscrito en el que se nos ha conservado la traducción castellana de la obra:

Signatura 3065 (*olim* L. 74). Vitela. 230 folios más dos de guardas al

(1) Rodríguez de Castro, *Biblioteca Española*. Madrid, 1781, I, págs. 3 y siguientes.

(2) Mss. J. II, 17, y J. II, 7. El primero contiene la versión de Alvaro y dice en el prólogo: «Et Alvarus dicti Illustrissimi Regis [Adefonsus] factura eius ex precepto translutit de ydiomate materno in latinum». Es copia hecha en Roma el año 1460. El ms. J. II, 7 lleva esta inscripción: «Egidius de Tibaldi Parmensis aule imperialis notarius una cum Petro de Regio ipsius aule protonotarius translutit in latinum». Es copia del siglo xv. Cf. Antolín, *Catálogo*, II, págs. 474 y 484.

(3) *Bibliotheca Hispana Vetus*. Madrid, 1788, I, pág. 82.

(4) *Historia crítica de la Literatura española*, III, pág. 648.

(5) En *Investigación y Progreso*, mayo 1930, pág. 61. No cita el manuscrito castellano, pero dice refiriéndose al tratado: «Es típicamente astrológico. Consultando a las estrellas pretende saber si un consejero es leal o traidor, si un negocio será bueno o malo, si una mujer está o no encinta y si tendrá hijo varón o hembra».

Loies e rras rendamos a di
os padre uaderio omipote
qui en este mdo aempe nos
dno air fñor en dñ. conae
or de archyura e de toa bi
en. amador de uican e fñori
nador de ciencias. requirido
or de aennas tor en fñanm
entos. qui ama e allega af
fños sabios e los qñ enre
meten de fñitres. e les fñre
algo e fñre. porqñ cada uno
dellos se trabaia espaladin
ar los fñitres enqñ es mñ
ducto. e romar los en lengü
a castellana. a laudat e a glo
ria del nombre de dios. e a on



dar en pñ
del antedi
cho fñor
el qui es
el noble e
rey de al
fonso por

la gñ de dios rey de Castilla e
de toledo. de leon. de galizia. de
sevilla. de cordova. de amuria e
de jahen. e del algarue. e de Saba
ior. qui sempre de qñ fue en este
mundo amo e allego a fñ las fa
cencias e los sabidores en ellas.
e alumbrio e cumplio la gran re
mengua qñ era en los ladinos e
por de fallimñe de los libros de los
vuenos philosophos e pñados.
porqñ yhuua fue qñ fñe alofñe fu
al fñuqñ e fu mñe fallas e noble
libro e can acabado e mñ compli
do en todas las cosas qñ pñacñ
en astronomia. como es el qñ fñe

aly fñe alien e a gel. por mñado
del antediho mñ fñor a qui di
os de uida. e mñi acolo de lengua
arabiga en Castellana. e este li
bro es dicho por su nombre el li
bro complido en los mñiznos de las
estrellas porqñ el qñ leyere en el e fa
uara e pñimñe de lo qñ pñeñeñe
en los mñiznos de las estrellas. e el
re libro es parado en. viii. libros

Esta es la temostacñ del re pñmñ
Genel entro de todo el libro. co
pñmo libro. e en el qñ. e en el fñero
fabla en las qñstñones e en las co
sas qñ a onie mñeñeñe en ellas.

En el qñto e en el quinto libro fa
bla en las nacencias.

En el sexto libro fabla en las
reuoluciones de las nacencias.

En el septimo libro fabla de las
eiecnones.

En el octimo libro fabla de las
reuoluciones de los años del mñ
do. e fñuqñe acabi el libro compli
do en los mñiznos de las estrellas.
Este pñmo libro es parado en
vi. partes.

En la pñma parte fabla en qñ
tas cosas son mñeñeñe a saber
en los mñiznos ante qñ legue omñ
ne ala qñstñon. e a en ella. onze ca
pñulos.

En la segunda parte fabla de
ascenñeñe qñ es la pñma casa de
las. vii. e de las qñstñones qñ eneñ
en casa acacñen. e a en ella. vii. ca
pñulos.

En la tñta parte de este libro pñ
mñeñe fabla de la segunda casa e
de las qñstñones. e a en ella tres

viij
o de
mñ
qñ
de
cali
la
e de
fñu

la fñuqñ e a la gñ e a la fñuqñ. 20.
la fñuqñ e a la gñ e a la fñuqñ. 20.

principio y uno al fin. La foliación, hecha en el siglo xv, va del 1 al 2351 pero faltan los folios 136, 137, 186, 187 y 188, que estaban en blanco. Mide e, folio 320 \times 210 milímetros y la caja de escritura 170 \times 115 milímetros. Texto a dos columnas, con 40 líneas. Letra gótica, con las características comunes a otros manuscritos alfonsíes, por ejemplo, el *Libro de las cruces*, fechado en 1259 (6). Lo mismo cabe decir de la ornamentación, completamente caligráfica, que se manifiesta en iniciales y capitales con dibujos en las márgenes, en los reclamos y en las cabeceras de los folios con el número del libro correspondiente; todo ello, así como los calderones, en tintas roja y azul; las rúbricas, en rojo. La inicial E del folio 133 tiene, por excepción, además de los colores dichos, el verde (7).

Empieza el manuscrito, sin título ni rúbrica, con el siguiente prólogo, en el que, después de alabar las actividades científicas del monarca, se indican el autor, traductor y nombre de la obra (8):

«Llores e *gracias* rendamos a dios padre uerdadero omipotent qui en este *nuestro* tiempo nos denno dar *señor* en *tierra* connoçedor de derechuria e de todo bien, amador de uerdad, escodrinador de sciencias, requiridor de doctrinas e de ensemnamientos, qui ama e allega assi los sabios e los *ques* entremeten de saberes, e les faze algo e *mercet*, porque cada uno dellos se trabaia espaladinar los saberes en *que* es introducto e tornarlos en lengua castellana, a laudor e a gloria del nombre de dios e a ondra e en *prez* del antedicho *señor*, el qui es el noble Rey don Alfonso por la *gracia* de dios Rey de Castiella, de Toledo, de León, de Gallizia, de Seuilla, de Cordoua, de Murcia e de Jahen e del Algarue e de Badaioz, qui sempre *desque* fue en este mundo amo e allego assi las sciencias e los sabidores en ellas e alumbro e cumplio la grant mengua *que* era en los ladinos por defallimiento de los libros de los buenos philosophos e *pruados*, porque Yhuda fi de Mosse Alcohen su alfaqui e su *mercet* fallando tan noble libro e tan acabado e tan cumplido en todas las cosas *que* pertenecen en astronomia como es el *que* fizo Aly fi de Aben Ragel por mandado del antedicho *nuestro* señor a qui dios de uida, traslatolo de lengua arauiga en castellana, e este libro es dicho por su nombre el libro conplido en los iudizios de las estrellas porque el *que* leyere en el y fallara *complimiento* de lo *que* pertenesce en los iudizios de las estrellas e este libro es partido en VIII libros.» Fol. 1.

Sigue a continuación y en el mismo folio 1:

(Rúbrica) «Esta es la demostracion del departimiento de todo el libro.

En el primero libro e en el II.º e en el tercero fabla en las quistiones e en las cosas que a omme menester en ellas.

(6) Cf. Sánchez Pérez, *El Libro de las Cruces*. (En *Isis*, mayo, 1930).

(7) En la hoja primera de guarda, en letra del siglo xviii: «costo quatro doblones que hazen 192 Rs. de vellón». Con letra del siglo xvi: «expurgandus ubique questionum». La segunda guarda lleva esta portada escrita en el xvii: «Messa Hala | Fijo de Aben Ragole | el Cano | De los juizios de las estrellas... | traducido en lengua castellana de la arábiga». A la vuelta: «Este libro es del Doctor Don Agustín Bernaldo de Villada presbítero en Sevilla, año de 1603. Hali de juditiis astrorum». En el último folio de guarda: «fray Johán», rubricado, en letra del siglo xvi. De igual época son las anotaciones astrológicas que hay en dicho folio y en las márgenes del primero de texto, así como algunas apostillas dentro del manuscrito. La encuadernación de éste, en pasta española del siglo xix, es típica de la Biblioteca Real.

(8) Para facilitar la composición tipográfica sustituyo por e el signo *ç* con el que está indicada en el manuscrito la copulativa.

En el quarto e en el quinto libro fabla en las nacencias.

En el sexto libro fabla en las reuoluciones de las nacencias.

En el septimo libro fabla de las electiones.

En el ochauo libro fabla de las reuoluciones de los annos del mundo.

E aqvis acaba el libro conplido en los iudizios de las estrellas.»

Sigue y llega hasta el folio 2 v. la tabla de las seis partes y 60 capítulos del libro primero. Va precedido éste del siguiente prólogo del autor, queda idea del contenido de la obra:

(Rúbrica) «Este es el prologo del libro.

Dixo Allyh fiio de Aven Ragel el cano e el notario. Gracias a Dios el vno el vencedor el ondrado el poderoso criador de la noche e del dia e descubridor de los encerramientos de las sciencias e de las poridades, el qui crio o [sic] e iudgo e egualo e guio e mato e uiuifico, seennor de franqueza e de mercet e de ondra e de Regnado, el qui es primero sin conpeçamiento sabudo e postremero sin fin terminada, crio los cielos circumferenciales e las estrellas mouientes e el cielo cobridor e la tierra sofridor. E el qui en todas las cosas *que alcançan* los uisos e *que* reciben los pensamientos e los sesos en todas las *seennales* e significationes *que demuestran* su seennorio e su vnidad e sus saluaciones sean sobre aquellos *quel* creen lealmiente. | Este es el libro en *que* ayunte muchos sesos de sciencia de las estrellas e de las marauillas de sus poridades e escogil de muchos libros de los sabios desta sciencia e ayunte a el lo *que annasque* por mio entendimiento e por mi asmamiento e lo *que* falle por mis prueuas. Empero *que* esta sciencia de las estrellas es muy grant e muy alta *que non* se puede abraçar ni el *que* es sabio della no la puede toda esplanar *nin* departir por sus diferencias porque es sciencia de partes dessemeiantes e iudicios diuersos e poridades cubiertas celadas. E el sabio entendudo e sotil e agudo sossacala de si por so entendimiento e por su sotileza e por la agudeza de su natura. E el nescio *que* passa por ella appressurado entropeça en ella e pierdela por su neciedat e por su appressuramiento. E este libro pus ayuntado e conplido *que* recibe todas las maneras desta sciencia del conpeçamiento de sus rayzes troa conplimiento de todas sus partidas. E conpeçe primeramente a fablar sobre los signos e sus naturas e sobre las planetas e sus qualidades e sobre cosas *que non* se pueden escusar de adelantarse antes *que* fablemos en los iudizios. E [sic] desi fable sobre las quistiones. E esto pus en tres partes. E despues fable en las nacencias e pusle en dos partes. E despues fable en las reuoluciones de los annos [sic] de las nacencias e pusle en vna parte. E despues fable en las reuoluciones de los annos del mundo e pusle en vna parte. E conplieronse las partes del libro ocho partes.

E a dios oro e del pido guiamiento e entendimiento por su fuerça e por su poder.»

Empieza el libro I: (Rúbrica) «El primero capitulo de la primera parte fabla en las diferencias de los signos. | *Los doze signos son en el cielo semeiantes a los miembros del cuerpo...*» Fol. 3.

Tabla de las dos partes y 48 capítulos del libro II. Fols. 47-47 v.

Empieza el libro II: (Rúbrica) «El primero capitulo fabla en la sexta casa e en sus demandas. | *Esta casa significa las enfermedades...*» Fol. 47 v.

Tabla de las cinco partes y 37 capítulos del libro III. Fols. 97 v.-98.

Empieza el libro III: (Rúbrica) «El primero capitulo fabla en la ochaua casa e en sus quistiones. | *Esta casa es significado de la muerte...*» Fol. 98 v.

Termina el libro III en el folio 135, línea 21 de la columna primera. Lo restante del folio, en blanco.

Empieza la introducción del libro IV: «En el nombre de dios. | *Aquí conpieçan los capitulos de la quarta parte... e fabla de las nacencias e de las cosas que a omme a parar mientes sobre las nacencias de los ommes...*» Fol. 138.

Sigue la tabla de las cinco partes y 18 capítulos en que se divide el libro IV. Fols. 138-138 v.

Empieza: (Rúbrica.) «En el nombre de dios. Aquí conpieça la quarta partida del libro conplido... e los iudizios de las cinco casas primeras que son de la primera a la quinta. | *Dixo Aly Aben Ragel. Gradecido sea a dios...*» Fol. 138 v.

Acaba: «*Aquí acaba la quinta parte.*» Fol. 184 v.

Quedan en blanco parte de este folio y el 185, y faltan, según se ha dicho, los 186, 187 y 188.

Empieza el libro V: «Liber quintus. (Rúbrica.) En el nombre de dios. Aquí conpieçan los capitulos de la quinta parte...» Sigue la tabla de las siete partes y 15 capítulos en que se divide. Fols. 189-189 v.

(Rúbrica.) «El capítulo primero fabla en la VI casa e en sus significaciones. | *Dixo Aly fijo de Aben Ragel. Queremos conpeçar primera-mente...*» Fol. 189 v.

Acaba: «*... iudga della diuerso de lo que deue iudgar. | Aquis cumple el tractado quinto del libro conplido en los iudizios de las estrellas e dios sea ende gradecido e loado.*» Fol. 235 v.

Como puede advertirse, faltan en la traducción castellana los tres últimos libros que se prometen en el prólogo y que figuran en las dos versiones latinas.

No es de mi competencia analizar el mérito científico de la obra, pero no me resisto a exponer algunas ligeras indicaciones sobre su contenido:

Los primeros capítulos describen minuciosamente los signos del zodiaco y los planetas, citándose en ellos aforismos y sentencias de muchos autores, entre los que figuran Tolomeo, Hermes, Vuelius, Dorotheus, «el que fizo el libro de los exemplos», Mese Allah, Abuefarha, Seryz, Atabary, Algeleb, Alquindi, Anticos, etc. Las otras partes del primer libro se ocupan de diversas cuestiones, tales como la voluntad que trae el hombre al nacer, su probable salud deducida de los sentidos de la vista y el oído, de la petición de dones, de los hermanos y consejeros. Son particularmente curiosas las predicciones sobre heredades, precio y tiempo en que deben adquirirse; labranza o alquiler de tierras, plantas, semillas y riegos que en ellas han de emplearse; tesoros ocultos, etc. Y no lo son menos las relativas a la preñez de la mujer y que proponen fórmulas para conocer si el parto será sencillo o doble, de varón o hembra y si se realizará de día o de noche.

Trata el libro segundo de cuestiones relacionadas con cautivos y siervos, de hechizos, de casamientos, hurtos, pleitos, demandas, caza y pesca, batallas, alzamientos contra el rey. En los largos capítulos consagrados

al matrimonio enseña a profetizar sobre la suerte de la pareja, sobre la hermosura y estado económico de la mujer y sobre la mutua fidelidad de los cónyuges.

Las relaciones de los vasallos con su rey son principal objeto del libro tercero, en el que se tocan, además, otros temas como el de las amistades y enemistades, venganzas, etc.

Finalmente, el libro cuarto trata del nacimiento de los hombres, y el quinto, de las enfermedades.

Los anteriores enunciados pueden inducir a la suposición de que se trata de una obra de cierta amenidad y fácil lectura. Nada más lejos de ello. Pero aunque la mayor parte de sus páginas estén ocupadas por abstrusas fórmulas cabalísticas y disquisiciones sobre el curso y posición de las estrellas en relación con los acontecimientos humanos, no faltan en el texto algunos trozos de verdadero interés literario: tales los dos prólogos copiados arriba y la descripción del planeta Mercurio que, como último ejemplo, transcribo:

«Mercurio es planeta de malfetrias e de forcamientos e de ensenamientos e de escriuanias e de cuentas e de sciencias. Es caliente e seco, conuertible de forma e de natura, masculino con masculino e femenino con femenino. *Fortuna con fortuna e infortuna con infortuna, bien razonado e bien fablante*, osado en fablar, de fermoso parecer e apuesta *persona*, mancebo, ama los libros e las cuentas, pagas de las maestrias e de las cosas *bien fechas e de las fermosas razones*, e de romances e de uersificar e de libros e de sciencias. Es ligero de mouer e de ardiente *propriedat*, e alegre, mouedizo en todas las cosas, arriedra la infortuna de las infortunadas por fablar e por razonar e por contrallar. A exaltación en su misma casa e decaimiento en Piscis, e enflaqueces en la casa de Venus, e es aparcerero con Jupiter en su saber, e en su ensennamiento e en su sciencia e en su entendimiento, e es aparcerero con Mars en su alegría e en su mouimiento a las cosas e en cumplir su uoluntat a todos fechos. Es flaco de coraçon e mintroso e mesturero, e sabidor de *mannas engannosas*. El su estado es escontra el Sol: estado de *escriuano* ligero e *mannoso* e sabidor de razonar e de escriuir las cosas de su regnado. Es de muchos entrepieços e es mucho reboluedor e de muchas retrogadaciones e por el e por su fuerça e por su afirmamiento en los angulos e por su fortuna e por su infortuna en las nacencias *sabran* si será *escorrecho* en su razón o non, e *sabran* su neciedat e su torpedat e su *saber*. E es uno de los tres planetas *que* significan pluma e por el e por su camiamiento de signo en signo e por sus estados e por sus retrogadaciones e por sus endereçamientos e por sus oppositiones e por sus conuiciones *sabran* el mouimiento de los uientos e sus fuerças si seran fuertes o flacos... E el es significador e gouernador del viº mes del caimiento de la esperma e en *aquel* tiempo *que* el es *señor* e gouernador de la creatura e trastornas en el uentre e estonz en *aquel* tiempo pone Dios la fuerça e el mouimiento en *sus* manos e en *sus* pies e en su lengua e en su oyr e en sos sentidos. E en las reuoluciones de los *annos* del mundo a el grant signification e uerdadera sobre los aportellados de los Reyes, e en las rendas e en las merchandias e en los ninnos. E *quando* el fuere en todas las partes de Aries es matador e uariador e contrallador e vozero...»

Continúa, hasta el final del capítulo, la enumeración de las cualidades que modifican la naturaleza del planeta a su paso por cada uno de los signos zodiacales.

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.

UNA REFORMA MILITAR EN EL SIGLO XVIII

BREVE NOTA Y COMENTARIO SOBRE ALGUNOS TROPIEZOS MAL CONOCIDOS
DE D. PEDRO P. ABARCA DE BOLEA, DÉCIMO CONDE DE ARANDA

I

La primera Dirección general de Artillería e Ingenieros española fué creada el 30 de mayo de 1756, por el rey Fernando VI, con el preconcebido propósito de unir ambos ramos del Ejército bajo el mando del conde de Aranda, D. Pedro Pablo Abarca de Bolea, quien ofrecía como garantía de acierto en el mando que se le confiaba, aparte los lauros que supo alcanzar en la campaña de Italia, allá por los años de 1743 a 1747 (1), la justa fama de observador y de estudioso que adquiriera con ocasión de varios dilatados viajes por Europa y de su larga residencia en la corte del rey de Prusia, Federico II, quien pasaba a la sazón por ser la máxima autoridad en asuntos de guerra.

El favorecido con el nombramiento, «Excelentísimo Señor Don Pedro Pablo Abarca de Bolea, Ximenes de Urrea, etc., décimo Conde de Aranda, Conde de Castel-Florido, Marqués de Torres de Villanant y Rupit, Vizconde de Rueda, Viota y Yoch, Barón de las Varonias de Gavin, Siétamo, Clamosa, Eripol, Trasmoz, la Mota de Castilviejo, Antillón de Almoda, Cortes, Jarva, San Genis, Ravovillet Oreau, Valle de Rodellar, Castillos y Villas de Maella, Mesones, Tinrana y Villaplana Taradell y Viladrau, etc.; Rico Home de naturaleza en Aragón, Grande de España de Primera Clase, Cavallero Insigne del Toisón de Oro, Gentil-Hombre de Cámara de S. Majestad con ejercicio, etc...», carece de una buena biografía. Algunos excelentes trabajos, como el publicado por D. Segismundo Moret en la *Revista de España* (2), o el de D. Antonio Fabié (3)

(1) Una noche en Pavia, siendo ya brigadier, sorprendió y derrotó a un enemigo que doblaba en número el de los soldados que componían las veintiuna compañías que lanzó al asalto; así quedó abierto el camino hacia Milán, donde D. Felipe pudo pasar el invierno de 1745. El rey Felipe V otorgó en premio al valiente caudillo la llave de gentilhombre de cámara, favor raro en aquellos tiempos. Recordaba siempre con orgullo el general esta generosa distinción.

(2) «Conferencia en la Institución Libre de Enseñanza (curso 1877-78)», publicada en la *Revista de España*, tomo LXI. También en la colección de las conferencias, etc. Madrid, J. C. Conde y Compañía, 1879.

(3) Este trabajo y el anteriormente citado de Moret son los más documentados, exactos y completos acerca del asunto. Proponíase D. Antonio María Fabié escribir una más extensa biografía del conde, para lo que dice había comenzado a reunir alguna documentación. Es lamentable que no cumpliera su propósito.

en el *Diccionario General de Política y Administración*, resultan demasiado breves, y en general faltos de una documentación directa y propia del asunto, limitándose a condensar los estudios sobre los reinados de Carlos III y Carlos IV, del conde de Fernán Núñez (4), Beccatini (5), Coxe (6), Ferrer del Río (7), Muriel (8) y Lafuente (9).

El estudio más interesante acerca del conde de Aranda es sin duda el recientemente publicado por el profesor Richard Konetzke, *Die Politik des Grafen Aranda. Ein Beitrag zur Geschichte des spanisch englischen Weltgegensatzes*, ein 18 Jarhundert. (Berlín, Verlag von Emil Ebering, 1929). Trátase de una obra que tiene el singular interés de ser hasta el momento presente la única en la que se ha intentado un estudio completo y de conjunto de la actuación pública del ilustre político en uno de sus aspectos más salientes, la política exterior. Para completar el estudio de tan enérgica personalidad precísase ahora un trabajo análogo que analice su política interior. No interesa a Konetzke la manoseada parte anecdótica de Aranda. Después de una breve biografía que ocupa las primeras páginas de su interesante trabajo, pasa al análisis de su labor diplomática, terminando con una ojeada retrospectiva, plena de justo y meditado comentario. En ella aprecia en su conjunto (pág. 201) «la grandiosa simplicidad» de la política del conde, presentándole como el verdadero continuador del esfuerzo de nuestros conquistadores de América, firme en su propósito de afianzar el poderío español en las Indias, al que se oponía la tenaz, hábil y astuta labor del imperio británico. Estudia separada y sucesivamente el incidente de las islas Malvinas, la política marroquí, la seguida en la guerra de la independencia de los Estados Unidos, la política del duque de Aiguillon en los asuntos ingleses, las relaciones hispanoportuguesas y la revolución francesa. En relación con el contenido apuntado la obra del profesor Konetzke no se refiere al tema por nosotros tratado, sino muy de pasada, en su preliminar biografía del conde (págs. 15 y 16).

Es sin duda por esta causa última por la que algunos períodos de la vida del conde, como éste de su Dirección general de los Cuerpos de Artillería e Ingenieros, ejercida en los años del reinado de Fernando VI, y un poco separados del interés general de la historia política contemporánea,

(4) *Vida del rey Carlos III*. Publicada con notas de A. Morel-Fatio y A. Paz Meliá, y con un prólogo de J. Valera. Madrid, 1898.

(5) Beccatini, historiador italiano contemporáneo de los hechos, publicó su *Storia del regno de Carlos III*, en Torino, 1790.

(6) *España bajo el dominio de la casa de Borbón: Desde 1700, en que subió al trono Felipe V, hasta la muerte de Carlos III, acaecida en 1788*. Obra escrita en inglés, fué traducida al español por D. Jacinto de Salas y Quiroga, que publicó su traducción en Madrid, 1846. Est. tip. de don F. Mellado. A esta edición se referirán siempre nuestras citas de esta obra.

(7) *Historia del reinado de Carlos III en España*. Madrid, 1856. Ed. Matute.

(8) Dos obras escribió Muriel sobre estos años: *Gobierno del señor Carlos III*, y la que reviste mucho mayor interés, *Historia de Carlos IV*, continuación de la *Historia de los Borbones*, de Coxe, antes citada, mucho tiempo inédita, y así conocida de muchos escritores como Lafuente, que la utilizaron. Se publicó en el *Memorial Histórico Español*, tomos XXIX a XXXIV.

(9) *Historia de España*. Madrid, 1850.

no hayan sido muy detenidamente estudiados y corran en poco veraces y escrupulosos relatos crasos y lamentables errores, que han podido contribuir no poco, utilizados por la pasión política, a oscurecer la reputación de un personaje que tan alta supo alcanzarla en los difíciles tiempos de su presidencia en el Consejo de Castilla, en los que granjeóse merecida fama de firmeza, inteligencia, rectitud y cordura; fama que traspasando las fronteras hizo del linajudo conde el político español más conocido y admirado de su tiempo.

Ninguno de los breves estudios publicados acerca de la vida del conde se ocupa, sino muy de pasada, de los sinsabores y tropiezos que le amargaron tan hondamente en los diez y ocho meses de su mando en los citados Cuerpos (10). No aparece tampoco que alguno de sus autores preocupárase lo más mínimo de ojear el interesante manifiesto que en 11 de enero de 1758 dirigió al rey Fernando VI haciendo renuncia de su mando y honores militares por los motivos que presenta (11).

Trátase, sin embargo, de un documento de apreciable valor para estudiar el deplorable estado de nuestra burocracia militar en la época. Nos descubre además su lectura el interesante episodio de la lucha entre

(10) A excepción de Jacobo de la Pezuela, en el capítulo que dedica al conde de Aranda en su colección de *Capitanes generales del Ejército español*, y que se publicó en el tomo XXV de la *Revista de España*, escrito tendencioso del que hablaremos más extensamente, son escasísimas y sumamente concisas las alusiones que pueden leerse entre sus biógrafos sobre este período de la vida del conde. Moret nada dice de él; Fabié dedícale las siguientes líneas: «... puso el rey a cargo de Aranda la Dirección de los Cuerpos de Artillería e Ingenieros, donde sus conocimientos podían ser tan útiles que difícilmente habría quien le reemplazase con ventaja en este cargo...» Nueve líneas le dedica Espinosa en su bello estudio publicado en *España Moderna* (1909, CCXLIX). Dice: «Sus grandes conocimientos de las ciencias militares le llevaron a la dirección de las armas facultativas de Artillería e Ingenieros; pero sus diferencias con el marqués de la Mina, la resistencia que a sus proyectos de reforma hacía el ministro de la Guerra, el marqués de Eslava, y sobre todo la advertencia de «que en lo sucesivo midiera más sus explicaciones con Mina», que recibió de orden del rey, hirió de tal modo su extremada susceptibilidad que en 1757 renunció a todos sus empleos y honores militares.» Vaamos a Morel-Fatio en sus *Etudes sur l'Espagne, 2me serie, Grands d'Espagne* & Paris, 1890: «... le roi le nomma directeur général de l'artillerie et de génie, place créés pour lui (30 de mai 1757) et découvrir, au sujet de la fourniture du matériel de l'artillerie, des marchés préjudiciables au Trésor, il en exigea la résiliation, faute de quoi il demandait d'être relevé de ses fonctions, même de celles de lieutenant général...» Tan corta referencia no impide a Morel-Fatio mostrar su desconocimiento de los móviles de la dimisión del conde. Inspirándose en Morel-Fatio dice Desdèvis du Dezert, *L'Espagne de l'ancien régime*, tomo II, pág. 37: «Directeur général de l'Artillerie (1757), il avait la bête noire des fournisseurs de son département.» Algo más relata Konetzke (o. c. p., 15): «Man nahm vielmehr seine Militärischen Kenntnisse in Anspruch, indem man ihn zum Leiter der Artillerie-und Ingenieurwensens crunante. Aber seine Reformpläne stietzen auf Widerstand und führten besonders zu Differenzen mit dem General de la Mina. Als er vergeblich auf die Abstellung von Misständen bei der Lieferung von Heeresmateriril gedrunngen hatte und als überdies der König ihm befahl, «künftig seine Auseinandersetzung mit Mina mehr zu mätzigens», war seine Empfindlichkeit derart verletzt, das ser 1757 auf seine militärischen Aemter una Würden verzichtete und sich auf seine aragonesischen Besitzungen zurückzog.» Con esto transcrito y las diatribas de Pezuela que aparte comentaremos, puede considerarse agotada la literatura sobre la obra del conde en el empleo para él creado, de la que pretendemos ocuparnos.

(11) Existen dos copias de este manifiesto en la Biblioteca Nacional de Madrid, procedentes de la biblioteca del duque de Osuna, Ms. 11.104 y 10.950, aquel completo, éste omitiendo las causas que expuso el conde a modo de segunda parte. En el Archivo de Simancas, en el leg. 3.801 de guerra (moderna), donde está cuanto se conserva de la Dirección general de Aranda, no figura. Ignoramos la suerte que haya podido correr, el documento original. Se conservan originales en Si-

la buena voluntad del conde, ansiosa de reformas, iniciativas y mejoras, y cierta encubierta, pero visible obstrucción, victoriosa por fin.

Ríndese nuestro asqueado prócer, penetrado de la imposibilidad de sostenerse con alguna dignidad entre tanta insidiosa pequeñez y de lo estéril de su contienda para obtener, tras largos esfuerzos, difíciles y limitadísimos triunfos, cuando no rotundos fracasos. Dimite, mas no sin plantear al rey, en claros y valientes términos, los fundamentos de su decisión. Seguramente no le hubiera sido muy difícil a éste disuadir a su fiel servidor del propósito de retirarse de su servicio. Es presumible pensara Aranda que el relato de los motivos de su renuncia convenciera al monarca de su justo fundamento, llevándole a intervenir, como otras veces hiciera, en su favor (12); mas no fué así: aceptóse la dimisión de Aranda, algo inhábil, sin duda, en plantear tan rudamente su demanda, por mucho que, como entonces se dijo, le sobrara razón (13).

II

El siglo XVIII señala una profunda renovación en las organizaciones militares. Colocado entre Luis XIV y Napoleón I, y llevando en su centro a la gran figura de Federico II, ostenta, entre sus muchos títulos de renovador, el de creador de los ejércitos modernos.

Cuatro armas combatientes componían el activo del nuestro: Infantería, Artillería, Caballería e Ingenieros. Reformó la organización de esta última, reinando Felipe V, el que fué algún tiempo su ingeniero general, marqués de Verboom. El mando superior de la Artillería había sido, a principios del siglo, ejercido por un general; centralizóse desde 1757 en

mancas dos escritos de Padilla defendiéndose de las afirmaciones de Aranda en su manifiesto, documentos que comprueban la fidelidad de las copias de la Biblioteca Nacional y que aclaran las causas por Aranda expuestas. Los citados documentos y varios originales de Aranda ilustran suficientemente el asunto, compensando el sospechoso extravío del manifiesto original. Es curiosa la minuta de la admonición que se hizo al marqués de la Mina, al propio tiempo que al conde, suavizada por el parcialísimo Eslava.

(12) La estimación del rey por Aranda le llevó alguna vez a intervenir, apaciguándola, en la contienda entre éste y el ministro de la Guerra, D. Sebastián de Eslava. Cierta vez en que la Secretaría del Real Despacho resolvió, contra el criterio del director general, un recurso sobre pruebas a realizar para reconocimiento y admisión de cañones, en que de sobra debía comprender el monarca la completa razón de Aranda, envióle al duque de Alba, al conde de Valparaíso y a D. Ricardo Wall con la singular comisión de que se aviniese a lo resuelto, prometiéndole que en lo sucesivo se haría lo propuesto por él. Aplacóse Aranda, y luego D. Sebastián de Eslava, desentendiéndose de la promesa del rey, continuó ordenando las discutidas pruebas del material a gusto del fabricante y contra los intereses del país, defendidos por el director técnico del arma y la palabra del rey. El prudentísimo Aranda hubo de callar.

El tono interrogante en que se produce el fin del manifiesto parece más bien inclinar al ánimo del rey a una intervención ordenadora que a una sencilla admisión de la renuncia. Véase el texto más adelante transcrito.

(13) Dice el duque de Luynes, *Mémoires*, tomo XIV: «On tomba d'accord en Madrid qu'il avoit très probablement raison pour le fond, mais certainement tort dans la forme.»

la Secretaría del Despacho de Guerra, habiéndose, únicamente con carácter interino, confiado el mando del arma al general D. Juan Cermeño. Ninguno de estos generales fué, pues, de derechos director general de Cuerpo, siendo Aranda el primero que ostentó dicha consideración, extendida además a la reunión de las dos armas en mando único.

El empleo así creado para el conde por iniciativa del rey Fernando VI no debió ser de especial agrado del secretario del Despacho de Guerra, D. Sebastián de Eslava, que veía así disminuida su libre disposición en los complicados y vastos asuntos concernientes a dos ramos que aparecían como los más importantes del Ejército. Había de mirar Eslava, humanamente pensando, con alguna envidia el favor otorgado al joven general, tanto más puesto que se esperaba mucho de sus conocimientos en la técnica de ambos ramos, teniéndosele por muy enterado de las últimas novedades observadas en Prusia, habiendo de resultar deslucido el papel del ministro, posiblemente eclipsado por los vaticinados éxitos del que de pronto y en tan buen puesto venía a colocarse. Algo hubo de sentir también por su parte D. Pedro de Padilla, oficial encargado de estos asuntos en la Secretaría, que a juzgar por sus controversias ulteriores se vió desposeído de una parte no pequeña de la omnimoda influencia —verdadero mando— que ejercía por natural confianza y dejación del atareado ministro.

Tan nimias menudencias van a ser las que maniatarán el esfuerzo renovador de un espíritu que, lleno de fecundo optimismo, llega pleno de ilusión a forjar en su patria las sólidas y magníficas organizaciones que había estudiado en sus años de viajero curioso y observador.

III.

El 30 de mayo —decíamos— fué por S. M. creada la Dirección general de Artillería e Ingenieros. Ahora bien; nuestro paciente conde hubo de esperar hasta el 5 de agosto, dos largos meses bien cumplidos, a que la Secretaría del Despacho de Guerra sacase a luz y le transmitiese el Real despacho con la preventiva inserta circunstancia de «*arreglarse en él a la Hordenanza e Instrucción que se le daría para el gobierno y desempeño de su mando*», «en cuyos vagos términos y futuras precauciones —dice el conde— desde el glorioso día de S. Fernádo, pudiera igualmente haverse publicado».

No consintió D. Sebastián de Eslava que la gracia de S. M. y creación de tan significado empleo se pusiese en la *Gaceta*, a pesar de haberlo por dos veces solicitado el gacetero, alegando que era comisión y no empleo el de la supradicha dirección, caso que hubo de contrariar a Aranda, que sólo por natural prudencia calló, no sin darse cuenta de cuán poco correspondiente a su graduación y circunstancias eran tales dilaciones y regateos...; y comienza la interminable serie de complicaciones y tropiezos con el de

no tener en rigor término la real y efectiva posesión del empleo, ya que dilatando la imaginaria ordenanza e instrucción prevenida en el título (que, como veremos, nunca llegó a darse, para más dificultar la acción del conde) no existían términos hábiles para manejarse el nuevo director general en su flamante mando.

Representó a la Real Inteligencia Aranda, pidiéndole que interin la instrucción era otorgada se le permitiera mandar los dos Cuerpos como separados, adaptando los reglamentos que sus particulares jefes habían observado, pidiendo al mismo tiempo se le pasasen por la Secretaría del Real despacho todos los papeles pertenecientes a su mando. Accede el rey, naturalmente, y ya tenemos al nuevo director general en funciones, derrochando raudales de energía para lograr, al cabo de un mes, obtener los papeles que habían de ser desglosados de la Secretaría de Guerra y arrancar de manos de Eslava el despacho del mando de Artillería, con otras menudencias no menos divertidas, aunque tristes al mismo tiempo (14).

IV

«... Nada está asistido a correspondencia..., pues donde hai cañones de varios calibres no tienen correspondientes cureñas a ellos; donde hai muchas cureñas no hai cañones; donde uno y otro está medianamente provisto faltan balas; donde éstas sobran no hai piezas; los útiles mal repartidos en muchos paraxes, y en otros, no se conoxen, de modo que la actual artillería casi está de ningún servicio...» En estos términos expone Aranda el lamentable estado y patente desorganización de los instrumentos de combate del arma de Artillería (15). No sabemos si tan gráfico relato hubo de ser muy grato a D. Sebastián de Eslava, que hasta la creación de la nueva Dirección llevaba la jefatura del Cuerpo. Es de pensar que a Eslava, ni a Padilla, agradase la cruda exposición del conde; pero nada podían objetar a éste, que con singular calma y ordenada parsimonia se juzgó en el caso de no anticipar proyectos, cambios ni aparatosas reformas —con que tantos vanos, en casos análogos, aspiran a deslumbrar al vulgo— hasta poseer fidedigna y precisa información de las pertenencias de los Cuerpos que debía mandar y visiblemente aspiraba a corregir y reformar.

(14) Como muestra, una sola: «Las cartas circulares, como Secretario del Despacho a los Comandantes Generales, para mandarme reconocer en el nuevo empleo fueron tan tardas y poco especificadas —nos dice Aranda, lamentándose del desvío del ministro de la Guerra—, que me ocasionaron mil sinsabores y sonrojos en las Provincias, hasta tener hatrevimiento algún Individuo de los más graduados de Artillería de remitir a D. Sebastián de Eslava la Carta mía en que pedía noticias y tomava providencias regulares del nuevo mando, obsequiando con dificultar si se me havia de obedecer.» Manifiesto citado.

(15) Proposición de la Dirección general de Artillería e Ingenieros a la Secretaría del Real Despacho de 8 de febrero de 1757. Según el manifiesto citado.

Procuremos resumir en términos sencillos la tan prudente como breve actuación del nuevo director general: se dirigieron sus primeros cuidados a la perfecta y ordenada información a que nos referimos, de la que ruega a la Secretaría le indique cuáles particulares desea conocer, fijándose por ésta con patente aprobación de tan ordenada iniciativa, que además establece la obligación de los comandantes provinciales de los Cuerpos de Artillería e Ingenieros de suministrar noticias fijas en intervalos previstos y determinados. Nunca en lo sucesivo careció la Real Secretaría de las noticias que el previsor Aranda le ofreciera enviar.

Lógicas e inmediatas providencias del conde hubieron de ser: en lo referente al arma de Artillería, poner en orden el material yacente y arrumbado (16), sin aprovechamiento alguno hasta entonces; en lo que a Ingenieros afectaba, reunir en un plan general de obras, redactado cada año, las individuales propuestas por cada ingeniero director de región, coordinando, en unidad superior y con arreglo a un criterio general y a una orientación meditada y justa, las dispersas iniciativas de cada uno (17). Veremos cómo tan sencilla y modesta aspiración constituye insuperable dificultad, que hará, en fin, desmayar al conde, venciendo su firme tenacidad.

V

Con inútil persistencia lucha Aranda, en los diez y ocho meses de su mando, por establecer algún orden y formalidad en la tramitación de los asuntos, pidiendo se especifiquen y limiten sus atribuciones (a falta de la prometida y nunca redactada *Hordenanza e Instrucción*, a la que según el Real despacho de su nombramiento debía ajustarse), y defendiendo las que imprescindiblemente, por razón natural y justa tradición, reglamentariamente se habían practicado en el mando respectivo de cada una de las dos armas. Culmina la querella precisamente con motivo de la tramitación de los referidos planes generales de obras.

Había de iniciarse este procedimiento con una propuesta de los ingenieros directores de cada región, como exactos conocedores de las necesidades perentorias de su correspondiente jurisdicción. Con objeto de dar la natural intervención a los capitanes generales correspondientes propuso Aranda, conformándose el Real despacho con explícita aproba-

(16) «Bien se manifiesta aquí cómo pensé desde luego en el objeto principal del R1 Servicio y no en el engañar al Público, para ruidoso concepto de mi persona.» Manifiesto citado.

(17) «Esta es obra indispensablemente privativa del Director General y prezisa de su conocimiento dice Aranda en su manifiesto al Rey, fundamentando el sentido y alcance de su iniciativa —, porque cada Capitán General, solo sabe lo que contiene su provincia, en ella quisiera poner todo a la mayor perfección, formaría Ideas, sin hatendencia a las otras Provincias, no conocimiento del caudal total, que se le librería y lo mismo haría el Ingeniero Comandante, deseando en su tiempo cada uno dexar memoria eterna de sus trabaxos.»

ción (18), que los ingenieros directores, previa conferencia con aquellos (19), elevasen propuesta duplicada: una a la Dirección general del arma para formación del plan general, y otra al capitán general para que informase sobre la propuesta y la dirigiese por vía reservada al ministro. De este modo podría el Real despacho cotejar el plan general unificado por la Dirección con las aspiraciones regionales, aceptándolo o modificándolo en atención a éstas, para ordenar lo que al real servicio pareciera más adecuado.

Interesado el conde en que la intervención de la Capitanías generales se restringiera a sus propios términos, y que «... el humor» (20) de cada informante no introdujese formas complicadas y discordantes que destruyesen la deseada unidad de trámite, ordenó a los ingenieros directores, como subordinados suyos que eran, que se sujetasen a un formulario que, al efecto dictó, para hacer el envío de sus propuestas de obras a informe de los citados capitanes generales, formulario en el que se contenía una sucinta alusión a la tramitación aceptada y ordenada por el Real despacho (21).

¡Nunca lo hubiese hecho! El marqués de la Mina, capitán general de Barcelona, a quien reiterados, aunque no bien manifestos resentimientos contra Aranda teníanle un poco soliviantado, reconviene, con mal comprendida indignación, al ingeniero director de la región, D. Pedro Cermeño (22), que en obediencia a las órdenes de su director general envió su propuesta de obras al informe de la Capitanía general, sujetándose al acordado formulario (23).

(18) «Quedo enterado de la prevención que V. C. haze a los Ingenieros Directores para el Plan General de obras del año, *que está muy bien.*» Comunicación de la Secretaría del Real despacho a la Dirección general de Artillería e Ingenieros de 26 de noviembre de 1757, en que le da cuenta de haberse expedido a los capitanes generales órdenes circulares sobre el particular en 25 del mismo mes y año.

(19) Dice sobre esto la orden circular de la Dirección general: «Para que los Capitanes y Comandantes Generales tengan también conocimiento de esta disposición, y se eviten Recursos y Representaciones en estos asuntos, los ingenieros Directores y Comandantes en cada Provincia, conferenciarán con ellos, y procurarán ponerse de acuerdo, haciéndole manifestas sus razones, antes de formar sus Relaciones y si se conformaren con la idea del Ingeniero será lo mejor, pero si Vd. considerase, que su proposición fuere la más conveniente se hatendrá a ella.» La circular de la Secretaría recoge y transmite a los capitanes generales la expresada proposición.

(20) Véase líneas más abajo el oficio de Aranda al ministro, en que consta la expresión aquí recogida.

(21) En la citada circular de 25 de noviembre de 1757.

(22) «Extraño el papel que me escribe V. S. con inclusión de su Proyecto... considero ociosas muchas de sus cláusulas que intentan instruirme el curso, que he de dar a su proyecto por la vía Reservada, que sea con mi dictamen, y prevenciones, que es un exemplar conforme en todo con el que dirige a su Director General, y acaba con la generalidad, y particularidad de travaxos de la Monarquía, que todo me parece muy bien; pero sin que adivine a que conduce p^a mi noticia, ni para que yo execute lo que el Rei me manda, y que V. S. se harregle, a lo mismo, como lo supongo de su hacreditada puntualidad...» Oficio del marqués de la Mina a D. Pedro Cermeño, según el manifiesto citado.

(23) Dice así el famoso formulario; «Excmo. Sr. Muy Señor mío. Paso a manos de V. E. un Exemplar de la proposición de los travaxos, que he considerado, se deven hacer en el próximo año de 1758, en esta Provinzia del mando de V. E. y mi Dirección de Ingenieros, conforme en

El incidente, iniciado por tan nimio motivo, se agrió rápidamente; cometió Aranda la disculpable torpeza de dar importancia al despacho del marqués, del que se vino a enterar por aviso de Cermeño; diríjese a Eslava, denunciándole de paso desobediencia del marqués a la circular del Real despacho en que se ordenaba previa conferencia con el ingeniero antes de verificarse la propuesta de obras y extrañándose de la indignación del marqués. «... En 23 del mes pasado —dice Aranda al ministro en 24 de diciembre de 1757— hize presente a V. E. había encargado a los Ingenieros Directores la formación de las relaciones de obras para el año próximo de 1758, remitiendo Copia de mi Circular... para uniformar en todas las Provincias el cumplimiento del artículo antezedente: remití un Formulario a fin de excusar por este medio el diferente humor de cada Comandante General y cada subalterno mío... La Circular de V. E. previene que en *Conferencia* prevengan los Directores a los Capitanes Generales sus proyectos, y esto se entiende con libertad de discurso de cada uno... No solo no obedezida la Conferencia por parte del Marqués de la Mina, pero aún comunicadas de oficio sus intenciones al Ingeniero Director... dice V. E. a los Capitanes Generales que los Ingenieros deven pasar sus proposiciones *a manos de V. E. por las del Comandante General de la Provincia*, pues porque se agravia el Capitán General de que el formulario de remisión lo exprese? Cuando este dize que es igualmente para que V. E. se instrua e informe con su dictamen? Resulta de lo expresado que aunque procuro comunicar con la maior formalidad y arreglo a las Hordenes del Rei no se me proporciona conseguirlo. Sirvalo V. E. hazerlo presente al Rei por si fuese de su Rl. Intención tomar alguna providencia tocante a este recurso.»

La resolución del risible incidente no se hizo esperar. «S. M. ha considerado —dice al director general el ministro Eslava en 30 de diciembre— pudo V. C. excusar el referido Formulario, cuando para pasar cualesquier ingeniero Director una Relación a el Capitán General de su Provincia no puede ignorar los términos en que lo debe executar por curso y costumbre, además de hazerse a los Ingenieros Directores una espezie de violencia en obligarles a produzir como propias cartas hagenas y con espresiones no correspondientes a ella; las que han dado motivo al Marqués de la Mina a prorrumpir contra Don Pedro Cermeño en los términos que esplica la Copia del Oficio que V. C. dirixe y sobre que funda su quexa. El Rei me manda prevenirlo assi a V. C., como también que, para evitar sus continuos recursos y los sentimientos del Marqués, se mida más en sus esplicaciones.»

todo con el que dirijo a mi director general, para la formación del Plano Unibersal de Obras, que debe proponer V. E. al Rey, a fin de que instruido V. E. de mi proyecto, no solo quede enterado sino que dirixa la adjunta Relación con su dictamen y prevenciones que juzgase dignas de tenerse presentes por S. M. quando se resuelva para la generalidad, y particularidad de trabajos de su Monarquía. Excmo. Sr. etc.»

La ofendida dignidad del conde exigía indispensable satisfacción, que tan sólo le fué posible hallar en la referida dejación de sus honores y empleos, que razona fundándola en concretas y variadas causas, que por brevemente que sea, creemos inexcusable examinar.

VI

Permítasenos un breve paréntesis. Cuando el grotesco e inesperado incidente con Mina viene a cortar la feliz actuación de Aranda en el mando de los Cuerpos que se le había confiado, había avanzado visiblemente el activo director en la reorganización de tales armas. Dejaremos al agraviado conde que por sí mismo resuma el fruto de sus sinsabores y desvelos, copiando de su manifiesto al rey lo que en su justo descargo creyó un deber hacer presente:

«... En cerca de un año y medio, y a mi cargo, han travaxado las Maestranzas como no hay memoria.

Se ha vigilado en las fundiciones como nunca.

Se han descubierto engaños en la Pólvora y haplicado algún remedio de vigilancia en sus admisiones, que es a lo que alcanzan mis pocas facultades.

Se harreglaron las Vaterías, que siempre havían sido defectuosas.

Se han recogido muchos y fundados Dictámenes p^a hazer lo mismo con las Bombas.

Se han formado los Quatro Departamentos de Artillería con tanta ventaja del Rl. Servicio y enseñanza de los Individuos de ella (24).

Se ha establecido un examen hacrisolado y dictamen de respetables Generales al Armamento de Infantería, a proposición mía, que en todo ha sido haprovada por la Rl. Autoridad.

Se han formado ya los proyectados Trenes de batir y de campaña, que jamás se han conozido (25).

Se ha puesto en estado respetable la mayor parte de la Península, que estaba sin guarnezer, o con Artillería desmontada, desprovista o inhútil, de modo que en el año de 1758 puede quedar total y soberbiamente defendida.

Se han hecho cortes de maderas, no sólo singulares por lo quantiosos, sino también por el réximen de evitar bexaciones a los Pueblos y dueños

(24) Real orden de 19 de octubre de 1756. Es una de las más interesantes reformas del conde de Aranda. Había de dotarse a cada uno de ellos de un tren de batir, que también se organiza como se expresa en seguida.

(25) El tren de batir constaba de 200 bocas de fuego, a saber: 100 piezas de 24, 30 de 16, 20 de 12 y 50 más entre pedreros y morteros. Se las agregó trenes volantes de 60 cañones (a un motivo de la instalación del tren en Barcelona, el capitán general, marqués de la Mina, hubo de manifestar resistencia a su alojamiento en la forma dispuesta por la Dirección del arma).

particulares, haprovechando a más todas las maderas havatidas para libertar a los Países de repetidos cortes; de modo que sean testigos la Cathaluña y Andalucía de esta realidad.

Se hazen esperimentos de nuevos fundiCores, sin dar crédito total ni desprecio a sus probables propuestas, en cuyos extremos siempre haviase incurrido, y sin que el Rl. Erario se grave estraordinariamente por ello.

Las Dotaciones de cada Provincia han cundido a costear, quanto se ha ofrecido, y por su cuidadosa y limpia inbersion han producido efectos no esperados.

Las fortificaciones continúan, las nuevas en su progreso, y las viexas en su conservación, con aumento de las obras proyectadas.

No se ha fomentado por capricho, ni haparencia de imbención, Idea nueva, que pudiera impedir los hadelantamientos haprovados; pues seguramente en todas ellas no ha faltado caudal, ni Vigilancia y assi se verificado su posible faena.

Se han arreglado escalas de Hordenanza con Rl. Aprobación, para la uniformidad, y acierto del Servicio en toda Operación imaginable.

Ya se corrigen o levantan de nuevo con el huso de ellos, los planos territoriales, y rezintos de las Plazas, manifestando la figura de la Población y haciendo tres exemplares de cada Diseño, para la Secretaría del Despacho, para la Dirección Gl. y la Provincial.

Se ha fundado en la Corte una soziedad Mathematica, que será en lo subcesivo la preziosa halaxa de esta Ciencia, para la nación Española, siendo su destino a la producción de un Curso general Mathematico, que con crítico examen de los Autores de todas Naciones, hasta el presente conocidos, se espera contribuya a la más segura y perfecta Instrucción de nuestra Nación, sin hechar menos las Obras célebres de las otras, y al mismo tiempo entiende en la formación de una Galería Maquinaria que por su generalidad, y manifestación en modelo sensible, fazilita la curiosidad de la vista, y la hutilidad del uso, a quantos la examinasen.

Se ha puesto notable cuidado en la enseñanza de las Academias Militares.

El Regimiento de Artillería está en su mayor auge.

La exactitud, y limpieza de manejos se ha corregido.

Los oficiales nuebamente introduzidos en Artillería e Ingenieros han sido escogidos por Exámen al mayor rigor, que me pone a cubierto del menor arbitrio sospechable.

Los que han ascendido dentro del mismo Cuerpo se han considerado por su mérito y havidad, sin que levemente se pueda arguir de parzial inclinación en perjuicio de otros, por favorecer a algunos; y devo considerar la única satisfacción, desfrutada en mi Mando, que es la provisión de Empleos, en quienes yo los he propuesto sin exemplo de uno variado.

Save D. Sebastián de Eslava por diferentes explicaciones mías, conferenziando algunas vezes, que no omito prévias Ideas, para el perfecto Pié, con el tiempo; de lo que corresponde, o ata en mi Ispección. Pues le

haseguré, llegaría a formar una puntual Relación de cada Plaza, con el concepto de su importancia por el más o menos País o habénidas, que cubriese explicación de su defensa; Dotación de Artillería correspondiente; Guarnición hadequada a su resistencia, y Municiones de Guerra y Boca vajo de dhas consideraciones; de modo que visto el tratado de cada Plaza, sirviese de norma en toda urgencia, para ponerla en estado, sin habentuar con arrebatadas disposiciones el olvido de especies, o cantidades, que hiziesen notable falta. Y más que desfrutando la Monarquía algunos años de Paz, se podía verificar el dho establecimiento de las plazas, completo de su necesaria provisión de Guerra, menos Boca, que siempre se reserva para el iminente cargo.

En este supuesto, tengo igualmente manifestado a Don Sebastián de Eslava, que disponía mis medidas para guarnecer el fuerte de la Concepción, Figueras; y la grande obra de Pamplona, de Artillería, y Municiones apenas cada una estubiese en estado de admitirla, acompañando entonces la explicación de todas las particularidades ofrezidas.

Sobre Academias Militares, igualmente con notable haorro del Rl. Herrario, respecto a lo que en ellas se expende.

Sobre los cuarteles de Trópa en las provincias, tanto para Infantería como Cavallería con espezífica narrativa en cada uno de las pátidas, que habunda de forrages los años, que en otros carexe.

La importancia de haquartelar la Cavallería por Regimientos enteros para su mexor cuidado, disciplina, halibio de los Pueblos, y minoración de prezios en Asientos de raciones de Pan, Paxa, y Cevada, como en hospitalidades.

Sobre el lebantamiento de Mapas generales, y particulares de España.

Y sobre varias otras disposiciones, siendo indispensable tiempo, para emprender las espresadas, constancia para continuarlas; Felicidad y zelo para su logro. Innecesario más que todo, el anticipado reflexionado pensamiento, para examinar las circunstancias de cada cosa, y preferir en el cúmulo de ellas la práctica de las más urgentes e interesantes para finalizadas unas, dedicarse a otras con sistema.»

VII

¿Fueron la soberbia y la altivez las que llevaron al autor de tanta ordenada y previsora medida para enmienda y organización de la defensa nacional a pedir el cese de su empleo y honores? Mejor que afirmarlo a título gratuito, como algún apasionado ejecutó, o, con igual precipitación, negarlo por sistemática adhesión al personaje estudiado, será examinar las causas que a su decisión llevaron al indignado general, habida cuenta de los personajes que intervinieron en el enredado suceso.

Mostramos de pasada los posibles motivos que D. Sebastián de Eslava,

en su ministerial poltrona, y D. Pedro Padilla, en su modesta mesa de oficial, pudieron tener para considerar como inoportuno intruso al nuevo director técnico y hacerle objeto de su encubierta resistencia, cuando no franca obstrucción. Es de suponer que la inesperada y oportunísima para ellos colaboración del resentido marqués les colmara de explicable satisfacción y aprovecharan la feliz oportunidad que se les presentaba de jugar una mala pasada al conde (cuya terca defensa de sus prerrogativas y derechos debía tenerles harto fatigados), poniéndole en trance de echarlo todo a rodar. Es lamentable que éste no lo comprendiera y previniera a tiempo, pudiendo evitar, con su acostumbrada prudencia y habilidad, el verse vapuleado por los que muy bien comprendía la mala voluntad que le profesaban.

«El antezedente oficio—dice al Rey en su manifiesto el ofendido Aranda, comentando el celeberrimo transcrito de 30 de Diciembre—, en los términos tan sensibles que me espresa de Real Horden, deviera confundirme, si no esperase hazer manifiesto todo lo contrario de lo que me condena.» No es aventurado afirmar que desde antiguo existía muy escaso afecto, si no franca antipatía entre Mina y Aranda, tal vez nacida en los lejanos días de la campaña de Italia, en que el conde sirvió a las órdenes de aquél (26). Conde y marqués coincidían en poseer sendos caracteres de singular e irreductible energía, gran amor propio y tesón y orgullo para mantener sus derechos, iniciativas y proyectos. No agradaría al marqués deber considerar y aun someterse a las órdenes de su antiguo subordinado.

Desde los primeros pasos de Aranda en su mando mostróle en cuanto pudo resistencia y disgusto, aprovechando las ocasiones que a ello le daba la pasiva resistencia de la Secretaría del Real despacho, en la que comprendió bien pronto encontraría seguro y fiel aliado; tres consecutivos recursos planteó el capitán general de Barcelona contra el nuevo director general, tan sin razón, que en todos tres hubo de perder su demanda. «El primero se ha manifestado—dice el conde en su manifiesto al rey—en la Declaración de 4 de Septiembre de 1755... sobre que pretendía el Marqués de la Mina, que la correspondencia del Comandante de Artillería había de pasar por su conducto al de la Secretaría de Despacho, sin que mi Comandante Subalterno se dirigiese a mí... El Segundo en 5 de Marzo de 1757, sobre una resolución que tomó el Marqués de la Mina con el Cadete de Artillería Don Manuel Saxtis, mandándole salir de Cataluña con horden de oficio formal por escrito... no se reprueba la providencia... sino el haberse tomado la facultad que me correspondía como Gefe de la Artillería, o a mi subalterno en Cataluña, a quien vastaba que el Marqués

(26) Parece desprenderse de cierta carta del marqués a Eslava, en que combatiendo ciertos juicios de Aranda sobre órdenes dadas por Mina a un Ingeniero, dice éste: «Contemple V. C. si era necesario todo lo que expresa ni antedata para que de palabra, y por escrito me obedeciese un Ingeniero, ni todo el Cuerpo junto con su Gefe a la testa, y se acordará el Conde de Aranda de Campaña, y en su propia persona, que yo me hago obedecer quando conviene.»

de la Mina hubiese mandado, que hiziese Justicia en virtud de su fuero... El tercer recurso fué en el mismo día 5 de Marzo, respecto que en 22 de Henero Don Sebastián de Eslava de Rl. Horden, me havia encargado una individual noticia del Estado de Quarteles. Haviendo yo comunicado a los Ingenieros Directores este Encargo, hacudió el de Cathaluña a el Capitán General por un Pasaporte, para el de los del Principado y se lo negó... Queda satisfecha la *continuación de mis recursos*, con la reducción de ser 3 en 17 meses de un nuevo mando, con no haver sido yo el primer fomentador de sus causas; con no haver tenido reglas, ni Instrucciones por donde governarme (bien que solo el considerarlas por prezisas, fué bastante para retardar 2 meses la publicación de mi Empleo), con haver obtenido en los tres casos tan absolutas, favorables Reales decisiones, y con el infundado principio por la verdad de cada uno, que pudiera haverse escusado, pues es manifesta la voluntariedad. En cuanto a los sentimientos del Marqués, ignoro quales puedan ser, pues ni de palabra, ni por escrito me los ha manifestado. D. Sebastián Eslava... no se habrá explicado con sentimientos, o se habrán Juzgado de poca entidad, para tratarlos de oficio...» Alúdense en estas últimas frases, con maliciosa habilidad, a ciertas cartas cruzadas entre Eslava y Mina, de las que, ignórase por qué, nada oficialmente supo Aranda, y que constituyen en cierto modo un cuarto recurso que no reconoce como tal el conde (27).

Pero abreviemos un relato que hasta por recargado de tanta insulsa pequeñez. El acorralado director hizo cuanto pudo por purificar el medio en que hubo de moverse en un año y medio de azarosa actuación. La comprensión de la total imposibilidad de realizar sus planes entre tantas dificultades e incidentes llévale a jugarse el todo por el todo, pues aunque su petición exprese tan sólo deseos de renuncia, bien se comprende que lleva una implícita petición de justicia al rey, exponiéndole el cuadro de los abusos que asedian su labor haciéndola imposible, sin duda por si se dignaba, suprimiéndoles con su alto poder, libertar la acción del que ante ellos pedía su retiro.

Desconsideraciones, usurpación de funciones, escandaloso favoritismo, etc., denuncia el conde como *causas* que, al no poder vencer, determinan su voluntad de renuncia; es un día que habiéndose de reconocer ciertos cañones y municiones que el marqués de Villacastel posee en Liérganes y la Cavada, se anulan las instrucciones dispuestas por Aranda para la admisión de materiales, ante la protesta del industrial que teme se le rechacen, no muy seguro, sin duda, de su buena calidad (28). Es

(27) Es el único a que alude el desdichado biógrafo del conde, D. Jacobo de la Pezuela; supone que la carta que transcribe de Mina a Eslava y otra de Aranda al mismo, tienen relación con el asunto del formulario, error que patentiza su ignorancia del caso. Es en este escrito del marqués en el que se pide al ministro de la Guerra recon venga al conde, expresándole *se mida más en sus explicaciones*, a lo que mucho después y con tal incongruencia se aviene Eslava en otro asunto tan distinto.

(28) Nos hemos referido a este asunto en la nota 12.

otro la concesión de licencias (29) o de castigos a sus subalternos, que se le sustrae sin causa ni fundamento (30); son varios en los que se intentan nombramientos para destinos arbitraria o innecesariamente (31), o en que se rectifican caprichosamente sus órdenes, o se le hacen innecesarias o vejatorias observaciones (32), etc.

Expone el conde en las últimas páginas de su interesante manifiesto el cambio de oficios en que insiste, y se le contesta con incomprensible vaguedad sobre la fijación de una formal tramitación de asuntos y deslinde de facultades, a fin de evitar el reiterado agobio de sus rozamientos con Padilla (33).

«Servir a la Magestad en tan vasto Mando—concluye el conde—continuamente complicado... y deviendo ofrecerse cada día mill accidentes, no es posible.

La formalidad sería el único medio de que todo caminase por Reglas tolerables y ciertas.

Nada más propio de una oficina, que es depósito de las intenciones del Soberano. Nada más conveniente para el desempeño de cada Ramo, y su

(29) Se concedió licencia *sin limitación de tiempo* y sin conocimiento del jefe del arma a cierto cuñado de Padilla. Tampoco el ministro se da por enterado.

(30) Uno de los recursos de Mina es por motivo de cierto castigo, como se indica. D. Martín de Larrañaga recurre de cierta pena impuesta por el jefe por inexactitudes en la redacción de los partes dispuestos por Aranda. Se sustrae el asunto de la Dirección general, a pesar de ello. En algún caso se ve precisado el ministro a rectificar sus propias órdenes, inspiradas por Padilla, en vista de la resistencia a su cumplimiento que se hace por los que habían de obedecerlas, y protestan de que no les sean cursadas por su legítimo jefe, el director general. No obstante y con toda nobleza manifiéstoles Aranda que «horden particular de S. M. por cualquier conducto que se dirixa debe obedecerse».

(31) Se citan por Aranda los casos. En ambos se ve precisado el ministro a rectificar por fin, vista la razón que asiste al director general. De continuo insinúa el conde que estos desórdenes provienen principalmente del oficial de Secretaría, D. Pedro Padilla.

(32) Todas y cada una de las causas alegadas por Aranda convienen a este punto, y son nada menos que veintisiete, no sin advertir que sólo expone una de cada género como muestra; como más interesantes podemos destacar: la orden de reconocimiento de bombas, del marqués de Villacastel, sin atender a Aranda; el designar al propio marqués para examinar fundiciones de otros, a pesar de ser parte interesada y dificultarse el examen de sus productos; la concesión de beneficios al asentista de las obras del puerto de Málaga sin atender al conde, y con patente perjuicio del interés del Estado, pues no se admitió una proposición de trabajos más barata que la del favorecido asentista; el haber sustraído fondos de la Junta de obras del puerto de Cádiz para el de Málaga, consecuencia de la anterior, con perjuicio de aquel puerto y sin intervenir el director general igual transmisión de fondos de unas a otras obras de fortificación, alterando el plan general y sin conocimiento de la propia Dirección técnica; cierta orden de embarque de 20.000 fusiles, también sin conocimiento del jefe de Artillería, lo que dió lugar a que se embarcasen en mal estado y sin municiones para poder ser utilizados; rectificación de las órdenes sobre instalación del tren de batir de Barcelona, que hace prorrumpir a Aranda «... será tolerable que un Jefe de Artillería no sea aditivo dentro de los Edificios de su cargo e instituto de colocar sus efectos como mejor le parezca?...»

(33) Pidió Aranda, en resumen, «que cualesquiera horden que se hubiere de dar sobre los dos Cuerpos se le dirixa en derechura... — y sea por su conducto por el que también se dirijan a la Superioridad los individuos de los Cuerpos de su mando, doctrina hoy ya establecida en la moderna burocracia —. Dicese en la contestación del ministro: «... las reflexiones que V. C. infiere son muy propias del deseo que a V. C. hasiste, para el maior haxierto del Servicio del Rey, por mi parte no se faltará a cosa alguna que pueda pertenecer al empleo, que V. C. exerce, o que pueda redundar en sus satisfacciones, mientras no ocurra insuperable inconveniente contra las regulares reglas, que S. M. tiene establecidas, cuya alteración no pende de mi, sino de Rl. Soberanía».

mando peculiar Governativo. Nada más hapropiado, para conocer los Gefes de cada Cuerpo, sugetándolos a la claridad, que lleva consigo la formalidad, y distinguiendo la sustancial Capacidad de cada uno sin Regiros, apariencias, ni escriturarias Pinturas.

Nada más autorizado, para la misma Via reservada por ser el primer Móvil, y final recurso de todas las dependencias de su Despacho dexando el curso intermedio a quienes toca; y nada, por fin, más seguro para la Rl. Confianza, precaución de sospechosos influxos, y remedio de otros desórdenes, que la formalidad. Pues porqué está, y la buena fé no han de ser los polos del Orbe Militar, en que vibimos?»

VIII

Nos asalta la inquietud de que el paciente lector nos tache de pesados y prolijos en la exposición de las nimias frivolidades en torno a las que se desarrolló el infeliz suceso del fracaso de Aranda en sus pretensiones de reformador de la burocracia militar. Hemos querido detenernos con alguna atención en ciertos detalles, para atenuar, en honor a la justicia, cierta exagerada fama de puntilloso y soberbio, esquinado e imprudente, con que se ha querido desvirtuar la memoria del prestigioso general y discutido político, fama que creemos poder afirmar es notoriamente injusta e infundada y muy verosímilmente cultivada al calor del apasionado sectarismo político, fuertemente irritado por la obligada intervención del conde, años después de los narrados episodios, en el extrañamiento de los jesuitas de los dominios del rey de España.

Hemos aludido más de una vez a la biografía de Jacobo de la Pezuela (34), verdadero libelo contra Aranda, plagado de confusiones y errores, que por cierto le restan toda autoridad (35); la total confusión del origen de la dimisión del conde; la ignorancia de la fecha en que dispuso el famoso formulario; la inexcusable omisión de la justificación del dimisionario que Pezuela no podía desconocer, pues cita los manuscritos de la biblioteca del

(34) Véase principalmente nuestra nota número 10 y la número 27. También el primer párrafo de este capítulo.

(35) Hemos citado alguno de los referentes al período que estudiamos. Es importante observar que dice Pezuela (pág. 38 de la *Revista de España*, tomo XXV) «preludió en la Dirección infelizmente, remitiendo a los ingenieros directores... un formulario... al que debían sujetarse los capitanes generales para dar cuenta del material del ramo en sus jurisdicciones... Ese formulario descubría el designio de subordinarlos así a su autoridad». Enoja tan osada ignorancia o mala fe. El cuestionario es de 19 de noviembre de 1757, es decir, al fin de su mando de diez y ocho meses; no era para sujetar a los capitanes generales a él sino a subordinados suyos, los ingenieros directores; imposible, en consecuencia, el designio que se le atribuye al director general. Una de las confusiones más risibles de Pezuela es la de afirmar que Aranda no tuvo descendencia de ninguno de sus dos matrimonios, que hace en uno de sus últimos párrafos, en que olvida que tuvo una hija que casó con el marqués de Mora.

duque de Osuna, entre los que se encuentra; la sospechosa incompreensión del motivo de las querellas entre Eslava, Padilla, Mina y el conde de Aranda, todo ello denota una significada parcialidad, que agiganta su escaso estudio del asunto. Esto en cuanto al tema por nosotros tratado.

Todo el lenguaje de su espíritu, saturado de apasionados comentarios contra el conde, a quien moteja de inquieto, ambicioso (36), inexperto (37), ignorante (38) y fingido (39), entre otras lindezas, restaría toda confianza al relato si no bastara para ello la observación de sus continuados errores.

Pero lo doloroso es que un escritor de la ecuanimidad y exquisita discreción de Morel-Fatio caiga en la inexplicable ofuscación de afirmar que tan desdichado escrito es «la más estimable biografía del personaje» (40), y que en torno a tan extraviado juicio autores no directamente informados emitan juicios cada vez más desviados de la estricta verdad y justicia acerca de uno de los más legítimos prestigios de nuestra historia (41).

Contrasta el apasionado lenguaje de Pezuela y el frívolo comentario de Morel-Fatio con los unánimes elogios con que, sin más excepción que la harto comprensible del príncipe de la Paz, le juzgan los contemporáneos que nos legaron narraciones de los hechos de su vida pública.

Ninguna autoridad como la del conde de Fernán Núñez, nada sospechoso por ser acérrimo partidario de sus educadores, los jesuitas (42); a través de su relato, que sólo encomios contiene del calumniado conde, encontramos juicios como el siguiente, en que precisamente se refiere a los días de su presidencia del Consejo de Castilla, en los azarosos del motín de Madrid y de la decretada expulsión: «*La firmeza, la dulzura y la maña* que empleó el conde para calmar los espíritus y atraer los ánimos, le hizo amar y respetar igualmente de todos» (43).

Coxe, contemporáneo también, y que hace su *Historia de los Borbones en España* basándose en relatos de testigos presenciales de los sucesos (comunicaciones de lord Rochefort, embajador del rey de Inglaterra en Madrid, y relato del viaje de Swinburne, principalmente, para lo que nos ocupa), se expresa en los más elogiosos términos, que reflejan, como puede observarse, un sentir general en la corte: «Llamóse —nos dice— a la corte al conde de Aranda, gobernador de Valencia, grande de España, *que*

(36) Obra cit., págs. 32, 35 y 42.

(37) Obra cit., págs. 42 y 46.

(38) Obra cit., pág. 33.

(39) Obra cit., págs. 34, 36 y 43.

(40) Obra cit. pág. 142, nota 1.

(41) Desdévise du Dezert, en *L'Espagne du l'ancien régime*, dice de Aranda, refiriéndose a Morel-Fatio (tomo III, pág. 169): «Le comte d'Aranda, poussait l'activité jusqu'à la turbulence, la franchise, jusqu'à la brutalité. Assez bon militaire et mediocre diplomate, ministre inhabile et excellent surintendant de la police, Aranda nous apparait comme une individualité incomplète...»

(42) El conde de Fernán Núñez, educado por los jesuitas en el Seminario de Nobles, les defiende. Hace ver como le enseñaron el respeto a la religión y al trono; «a verter en su defensa, dice (obra cit., tomo I, pág. 209), la última gota de sangre, si quiero vivir y morir con honor y gozar la gloria de este mundo y en el otro».

(43) Obra cit., pág. 204, tomo I.

gozaba de mucha popularidad, cuyo carácter firme y enérgico era notable.» Y agrega: «La firmeza y el vigor de este eminente personaje bastó para que pronto se restableciese la subordinación y renaciese la tranquilidad» (44).

En la Academia de la Historia se custodía un interesante manuscrito, en que se narra el famoso motín de Madrid, que le cupo a Aranda la gloria de reprimir con tan indiscutida cordura; leamos el juicio que hace del conde su autor, partidario del motín: «El pueblo halla abiertas las puertas de la audiencia (en casa de Aranda), lo mismo a las doce de la noche que a las cinco de la mañana, lo mismo al más infeliz mendigo que al más elevado personaje, supremo juez que es para todos. *Perseguidor para lo malo, protector para lo bueno, piedra angular en que descansa todo el arco de la justicia*: éste es el conde de Aranda.» «El conde de Aranda —leemos en cierta carta del P. Rosas— *es gran cabeza*; hace justicia sin aceptación de personas.»

Es interesante observar que nadie pensara por entonces hacer responsable de la expulsión de los jesuitas al conde de Aranda. Tal vez los apasionados juicios de Voltaire (45), que le otorga la, en su criterio, gloriosa distinción de atribuírsela, han ofuscado y despistado a ciertos superficiales lectores de la historia, que se han considerado en el caso de arremeter contra Aranda, culpándole de una medida en la que sólo fué, por deber de servicio y obediencia al rey, escrupuloso y fiel instrumento. Leamos a Fernán Núñez: «La orden—dice refiriéndose a los jesuitas—, aunque hacía mucho bien tenía muchos enemigos, y entre ellos el duque de Alba, que hacía años la tenía declarada la guerra, y sobre todo el ministro de Gracia y Justicia, D. Manuel de Roda, que le tenía una aversión grandísima; y poco después agrega: «He oído que el conde no tuvo parte ni aprobó el desembarco en Córcega ni en los Estados del Papa, y que había propuesto otro modo para que el dinero de subsistencia no saliese de España; comoquiera no se oyó, y el odio pudo más que la razón y la justicia» (46). Obsérvese que alaba la razón del conde atribuyendo a otros la sinrazón y el odio que opina hubo.

Coxe, en su *Historia de los Borbones*, atribuye la medida a Roda y a los manejos de Choiseul, estimulando al ya receloso rey Carlos III; «el odio universal a que se hallaban expuestos los jesuitas favoreció los designios del Duque de Choiseul... (47). Choiseul no escaseó con este intento (la expulsión de la Orden de los Estados del rey de España) ningún medio y ninguna intriga para inspirar recelos acerca de sus principios y de su carácter (48). *Confíose la ejecución de esta medida* al conde de Aranda,

(44) Obra cit., pág. 168, tomo IV.

(45) *Diccionario filosófico*. Artículos *Aranda e Inquisición*.

(46) Obra cit., pág. 254, tomo I.

(47) Obra cit., pág. 170, tomo IV.

(48) Obra cit., pág. 171, tomo IV.

que había aquietado tan débilmente el levantamiento de Madrid, en quien la reserva era impenetrable, la vigilancia extraordinaria, grande la popularidad y, sobre todo, extremado el influjo con los principales habitantes de la capital, haciendo esto que fuese *el instrumento* más propio para la ejecución de un designio tan delicado (49).

Igual opinión sustenta Beccatini (50).

El clamor popular, que lloró la caída de Aranda en 1773 y su traslado a Francia, donde la voluntad absoluta del rey Carlos III le designó su representante diplomático, inspiró la siguiente cuarteta, glosada ulteriormente:

«Don Jorge Juan ya murió,
el conde Aranda se fué,
España está por el pie,
este edificio cayó (51).»

Por no alargar exageradamente estas notas hemos de remitirnos, por lo que a Godoy y al abate Muriel se refiere, a las «Noticias sobre la vida del conde de Aranda», insertas en la *Historia de Carlos IV* de este último (52), que constituyen un desapasionado y discreto ensayo biográfico sobre el discutido personaje.

Creemos, pues, poder afirmar que no existió de Aranda, en sus felices días, la torcida opinión que tan infundadamente ha querido atribuírsele luego.

Reúne Morel-Fatio, en las breves páginas en que comenta la vida del conde en los años que sirviera la Embajada del rey de España en París, algunos frívolos juicios sobre el mismo, que juzgamos de valor hartó nimio y relativo, porque ¿qué puede significar el que, sobre todo en sus primeros días de residencia en Francia, no fuese grande su dominio del idioma, o que alguna dama de la corte le encontrase menos ingenioso de lo que la mucha fama del conde le hacía esperar?... ¿Qué valor tiene el que fuera más o menos larga su nariz o sugestiva su figura para el amor fácil, con alguna que otra menudencia, que sin dejar de ofrecer pintoresco interés defraudan al que hubiera deseado encontrar comentarios más serios y profundos en crítico de la talla y finura espiritual de un Morel-Fatio?

Como si él mismo se arrepintiese de la fácil sátira de sus discreteos termina el estudio de Aranda con unas bellas palabras, con que también queremos cerrar nuestras modestas líneas (53): «En somme, Aranda est

(49) Obra cit., pág. 173, tomo IV.

(50) Obra cit., págs. 238 y 239.

(51) Biblioteca Nacional, Ms. 10.912. Esta cuarteta aparece glosada por unas décimas en que habla el mismo paseo del Prado (obra de Aranda), diciendo los elogios del mismo. Su título es *Est.ito de Madrid en 1773*. Otra cuarteta glosada existe en el mismo manuscrito también elogian-do al conde, y un *Romance histórico* sobre su caída. En la misma Biblioteca, en el Ms. 10.398, *Poesí is al seráfico P. S. Francisco, en elogio del conde de Aranda*.

(52) Obra cit., págs. 235 a 248, tomo II.

(53) Obra cit., pág. 182.

bien le type le plus intéressant et le plus original de la grandesse *éclairée* du XVIII^e siècle. Nous l'avons indiqué déjà: cet homme, à divers égards semble un tissu de contradictions; l'on ne voit pas nettement cet aristocrate imbu de tous les préjugés de sa caste, comment cet Aragonais intraitable et bilieux ont pu vivre côte à côte si longtemps avec ce réformateur, cet épicurien et cet librepenseur. Et de même, dans sa manière d'être et ses allures il étonnait et déconcertait: «La vivacité était grave sa gravité ironique et presque satirique», dit le Comte de Ségur. Au demeurant, bonhomme, nous assure Vergennes, qui avait certes quelque mérite à le reconnaître; ajoutons: serviable, compatissant aux faibles, généreux. Tout cela forme un ensemble qu'il serait instructif et curieux de démêler et d'analyser par le menu; souhaitons qu'on le fasse».

JOSÉ CHACÓN Y DE LA ALDEA

VARIEDADES

La estancia del archiduque en Madrid en 1710

El archivero del Ayuntamiento, Sr. Varela Hervias, publicó en esta misma sección, en el número correspondiente a abril de 1928, un artículo con el título: *Lo actuado por el Concejo de Madrid bajo la dominación austriaca de 1710*. Resulta de este trabajo que el Ayuntamiento tomó la providencia de que para el tiempo que la Villa estuviese ocupada por los enemigos —las tropas del archiduque— se formase un libro nuevo de acuerdos, y cuando meses después, a requerimiento del conde de Gramedo, presidente-gobernador del Consejo de Castilla, se hizo entrega al escribano del mismo Consejo, Alfonso Jacinto Vezino, de todos los libros y demás cosas que se hubiesen actuado, así por el Ayuntamiento como por sus individuos y comisiones, u otras cualesquier personas dependientes de esta Villa, y sus rentas, en los días de la ocupación extranjera, se pudo entregar aquel libro de acuerdos, y otros varios cuadernos y papeles, cuya enumeración detallada consta en el documento que se copia en el referido artículo.

La lectura de estos papeles, si se conservaran, permitiría conocer algunos detalles más que los que apunta la relación de contenido, a que acabamos de hacer alusión. Pero la posibilidad de que hayan sufrido la suerte de los de 1706, quemados en la Plaza Mayor, en la forma que tuvimos ocasión de dar a conocer a los lectores de esta REVISTA (julio, 1930), nos anima a publicar otra relación impresa en cuatro folios en cuarto, anónima, y sin pie de imprenta, salvo la indicación de que lo fué en Madrid; pero redactada y publicada seguramente a fines de 1710, con los detalles de aquella ocupación, que duró tres meses escasos, y en los que no fueron pocos los excesos que la población tuvo que soportar.

La relación en cuestión es la siguiente:

«Relación diaria, de todo lo sucedido en Madrid, desde el día 20 de Agosto, hasta el día 5 de Diciembre de este Año de 1710 en que su Magestad entró en su Corte.

Después que se supo la desgracia que tuvieron las Armas del Rey nuestro señor en la Batalla de Zaragoza el día 20 de Agosto, se empezó a discurrir con melancolía de la salida de sus Magestades a Valladolid, y con las noticias de que los Enemigos se asomaban por las vezindades de Cuenca, se puso en execucion la Jornada el día nueve de Setiembre por la mañana, que fue espetaculo del mayor dolor para todos sus buenos

Vasallos, y fuga muy parecida a otra que nos cuentan las sagradas plumas: siguieron a sus Magestades los Consejos todos, y todos los Grandes, con el resto de la Nobleza, sin que a nadie sirviese de embarazo la falta de medios, ni sobra de accidentes y años. Las señoras salieron vnas con la Reyna nuestra Señora, otras con sus maridos, y otras se encerraron en los Conventos, solo quedaron en Madrid, o en su circunferencia algunos Ministros privados de Consejo desde la otra vez, y por eso no le tuvieron, ni buscaron en esta, y fue su mayor ruina; murio en este dia el señor Duque de Veraguas, Presidente de Ordenes, y Consejero de Estado, y sin esperar el entierro su hijo, el nuevo Duque, siguió a sus Magestades.

Quedo Madrid con la confusion, y soledad que se dexa considerar hasta el dia 21 que llegó al Ayuntamiento el Teniente General y Embiado Extraordinario de Inglaterra don Diego Estanope a pedir la obediencia, que quatro Regidores fueron a darla al señor Archiduque en la Ciudad de Alcalá de Henares (1); por la tarde de este dia se publico el mismo edicto que en 21 de Agosto se habia publicado en Zaragoza, y dezia: Que sus tiernos llamamientos prometian a la Nacion española no solo la conservacion de sus honras, privilegios y prerrogativas que dignamente avia obstenido de los Reyes Austriacos la possession y goze de sus Estados, Vienes, y Aciendas; pero aun esparcir entre los que cumpliendo con su obligacion executassen lo que la razon y prudencia dictava, gracias, honras y mercedes correspondientes; declarando que a los que desatendiendo sus avisos, se mantuviessen en su error, y por todo el mes de Octubre faltassen a prestar el debido Vasallaje no serian admitidos en adelante. El mismo dia se publicaron otros tres Vandos; vno, sobre que nadie pudiesse inquietar a otro, ni ofenderle; el segundo, para que qualquiera de los soldados del señor Felipe V que estuviessen en Madrid, o en sus hospitales, se presentassen dentro de 24 horas, por si o por segunda persona, pena de la vida, y la misma al que incurriese en el primero. Fue el tercer Vando que saliesen de las Carceles todos los presos de estado.

Estanope se hospedo en la Florida (2), y su Destacamento en las cercanias de este sitio sobre el Rio Mançanares; hubo tres noches luminarias, con pocas luzes y campanas con poco ruido, porque los Sacristanes, con el arribo de los Ingleses Hereges, estuvieron suspendidos del susto, y con el ojo a las vinageras, escarmentados en lo amargo de el de San Babiles.

El dia 22 paso vn Cabo con sesenta Cavallos al Convento de Nuestra Señora de Atocha, y sacaron las Vanderas y Estandartes que nuestro Rey tenia ofrecidos a esta Gran Reyna, y hecha entrega a cada Nacion de

(1) En la *Gaceta de Madrid* de 24 de septiembre de 1710 se dice que el Ayuntamiento dispuso que pasasen a ponerse a los pies de su majestad —el archiduque— en nombre de Madrid, cuatro caballeros, que fueron los señores D. Jerónimo de Miranda, D. José Domingo de Goz, D. Juan Cristóbal de Barcos y D. Manuel Manrique.

(2) Del heredamiento de la Florida se han ocupado en esta REVISTA D. Joaquín Ezquerria del Bayo, en *Casa de Campo y heredamiento de la Florida y Montaña del Príncipe Pío* (abril, 1926), y mi querido amigo Joaquín de Entrambasaguas, en *Un breve de Pío VI referente a «La Florida»*. Aunque en la espléndida mansión el marqués de Castel Rodrigo se alojó el gran Stanhope, ninguno de los dos cronistas de la señorial mansión hace mención de la visita del intruso huésped.

las suyas, las passearon con vna Tropa de Granaderos por las calles de Madrid, y conduxeron hasta el Campo de Canillejas, accion digna de reparo, quitar este trofeo los Hereges de los pies de Maria Santissima, y empezar con esta a darnos horror de lo que podiamos esperar. Desde este dia no cesaron los robos en las calles, ni en las plazas, tanto de dia como de noche, sin reservar aun los trapos mas despreciables. Los amagos de saqueo general, tambien fueron continuos, y por consecuencia los sustos. Este mismo dia Don Antonio Sanguinero y Zayas, a quien el Rey nuestro señor avia dado el encargo de Corregidor en el interin, mando de orden de Estanope, que pena de la vida todas las monedas, de qualquier calidad que fuessen, assi de estos Reynos, como de los extraños, corriessen y fuessen admitidas assi en esta Villa, como fuera de ella, trocandose vnas monedas por otras, con el premio que hasta aqui avian corrido; y explico lo que a cada especie de las de Portugal correspondia.

Dia 26 se acampo el Exercito en las cercanias de Canillejas (y el señor Archiduque se aposento en la Quinta del señor Conde Aguilar a vna legua de esta Villa; publicaronse luminarias este dia para el 28 en que por la mañana passo el señor Archiduque a oir Missa a la Virgen Santissima de Atocha, por cuya calle, Plaza Mayor, y Puerta de Guadalaxara, hizo su entrada, y tomando la Calle Mayor, se salio por la Puerta de Alcalá, y se restituyo a la Quinta, mal satisfecho de las pocas y tivas aclamaciones con que fue admitido (1).

A primero de Octubre, dia en que el señor Archiduque cumplia 27 años huvo besamanos de pocos y no conocidos. Y tambien huvo Sala de Alcaldes, en que presidio Don Francisco Alvarez Guerrero, siendo Alcaldes Don Joseph Sotelo, Don Andres Pinto de Lara, Don Joseph Palacios, Don Agustin de Cardenas, Don Luis de la Rebilla y don Pedro Infante, por Fiscal assistio Don Pedro Ramirez. Tambien se nombraron de vna vez hasta 40 Alguaziles, todos muy habiles y venemeritos de las plazas, y se hizo entender a las señoras refugiadas en los Conventos, que se restituyesen a sus casas, que de no executarlas assi se alojarian en ellas los Militares.

El dia 4 de octubre se movio el Campo de Canillejas y se puso en el Pardo; empezaronse estos dias los destierros y acusaciones de los leales a su Magestad y de los franceses, y fueron tantas y de tantos, que finalmente las huvieron de despreciar, por no dejar el lugar yermo de gente honrada, aunque de miedo se metieron en sagrado muchos.

A 6 tomo possession el nuevo Corregidor Marques de Palomares (2). A 7 se publico fiesta de toros para quando hiziesse la entrada el Archiduque, y se echo vando para todos manifestaran los cavallos, pena de la vida,

(1) La *Gaceta de Madrid* de 10 de octubre de 1710, servil al archiduque, refiere que deseando su majestad mostrar su mucha devoción a la Virgen de Atocha, Patrona de Madrid, visitó la capilla en la mañana del día 28 de septiembre, y aunque fué sin dar noticias, no estuvo tan oculta que no acudiesen muchos a esta religiosa demostración. Después de haber oído misa y rezado sus devociones determinó pasar por la Villa antes de volverse al campo; el paseo se hizo con lucimiento, en la comitiva iban muchas y buenas tropas, y en lugar oportuno los capitulares de Madrid, vestidos al uso antiguo de su Corte. Siguió el itinerario que la relación señala, y termina diciendo que «el concurso fué muy grande y las aclamaciones correspondientes».

(2) Caballero de la Orden de Calatrava, y del Consejo de Su Magestad en el Tribunal y Contaduría Mayor de Hacienda.

que se obedecio, y no se pagaron para formar el Regimiento con nombre de Madrid, y por Coronel fue nombrado Don Bonifacio Manrique de Lara; y assi mismo mandaron se formassen otros dos de Infanteria, con nombre de Toledo y de Guadalaxara; Coroneles, del primero el Conde de la Puebla de Portugal; del segundo Don Antonio de Villarroel, Tenientes Generales ambos.

Dia 12 se embiaron papeles circulares a las Señoras Grandes, para que en el termino de quatro dias passassen a Toledo, lo que executaron las que quisieron, y las que no quedaron en sus possadas; empezose a montar la Guardia en Palacio a 14, y a 15 se echo pregon pena de la vida para que dentro de veinte y quatro horas saliessen todos los franceses de Madrid por convenir destroncar y distinguir para siempre aquella nacion de España. A 17 huvo pregon, pena de la vida, para que se entregassen todas las bocas de fuego en poder de Quincozes, Teniente de Comisario general. A 18 se explico que solo se entendia con las de municion.

Huvo papel en 19 de Don Ramon Vilana Perlas, circular a todos los Prelados de los Conventos, para que manifestassen a los Alcaldes todos los bienes que tenian escondidos, pertenecientes a seglares que siguieron a su Magestad. A 22 huvo Junta de Theologos y Juristas para deliberar sobre apoderarse de quanto se hallasse depositado en sagrado; la resulta fue registrar hasta las sepulturas; y aqui se me ocurre que a Don Francisco Parga (que Dios aya) Teniente de Cura de la Parroquial de San Ginés, era afectiissimo al Rey nuestro señor, le embiaron papel con sentencia de destierro vn dia despues de enterrado. Tan ciega es la passion, y con otros creo se executo lo mismo; este mismo dia Don Bonifacio Manrique de Lara, nuevo Gobernador de Madrid y su Partido, renovando pena de la vida la prohibición de correspondencia con los leales vasallos de su Magestad. Desde fines de Octubre mando que los que se hallassen en las puertas, calles, casas publicas o particulares, que huviessen venido de Valladolid, o de otra parte, sin legitimo permiso, con pliegos, o sin ellos, fuessen condenados en pena de muerte afrentosa, sin otras provanças que sola la aprehension o declaracion de la parte; aqui tuvo Farruco el gran trabajo que pondera en su lamentosa historia. A los que haziendo juntas hablassen de las cosas del Gobierno de los Aliados, o sus Armas, fuessen condenados a Presidio de diez años; si fuesen Nobles pena moderada; y si Plebeyos, en duzientos azotes, y destierro, como tambien a quantos saliesen de las Puertas a registrar tropas o a los Hospitales a escrudiñar el número de los heridos, o a vesitar los enfermos la misma pena y la de reclusion a las mugeres; con apercibimiento que qualquiera de los expulsos que bolviessen a Madrid, seria castigado con pena de horca, y los Nobles de ambos sexos con garrote; y vltimamente, que qualquiera que de dia o de noche en voz sumissa o inteligible, dixere viva Felipe V se executasse pena de muerte sin dilacion alguna y sin esperar, ni oirles descargo alguno ni sustanciar causa.

A veinte Don Francisco de Quincozes mando pregonar, que todos los militares, assi prisioneros, como otros que huviessen servido a Su Magestad se presentassen dentro de 24 horas, pena de castigo adbitrario y confiscacion de bienes a los que los ocultassen, dando la tercera parte al acusador; intimose y mando executar el destierro a gran numero de eclesias-

ticos, Seculares y Regulares; y desde los primeros días, sacaron a los Padres Maestros dominicos Blanco y Atiença con el Guardian de San Bernardino y el Padre Maestro Cardona.

En 28 mudaron el Campo a Villa-Berde. Y en 29 se junto el Consejo de Castilla, que le componian el Marques de Castrillo, Governador en interin, Don Fernando Garcia Bazan, Don Joseph Gurrupéy, Don Francisco Alvarez Guerrero, Don Manuel de Gamboa, nuevo Presidente de la Sala (1), don Joseph de la Serna, Fiscal, y don Miguel de Esparça Secretario de Camara de Justicia, con su Regencia del Patronato, y Gracia en interin.

En el de Hazienda fueron nombrados por Presidentes Don Atanasio de Esteripa, Obispo de Licopoli, y por Consejeros (2), el Marques de Fuente-hermosa, Don Manuel de San Martin y Benavente, don Joseph de Palacios, los Condes de Velmonte y Clavijo, Don Sebastian Valero Montero por Fiscal, Don Manuel Salcedo y Morquecho, y por Secretario Don Juan Manuel de Burgos.

En Sala de Justicia (3) Don Simon Ibañez, Don Joseph de Omaña, Don Miguel de Mata, Don Juan de Soto Mayor y por Fiscal Don Francisco de Melgar. En la Contaduria mayor el Marques de Canillejas, Don Andres de Avila, Don Diego de Burgos, Don Francisco Silveyra, y por Fiscal a Don Prudencio Gregorio de la Fuente. Formose finalmente el Consejo de Indias, como si fuera necesario, que se componia de Don Pedro Gamarra y Artiaga, que presidia como mas antiguo, El Conde de Paredes, Don Ramon Portocarrero, Don Jose de Hugarte, Don Sancho de Castro, por Fiscal don Joseph Escals, y por Secretario de ambas Secretarias Don Domingo Lopez Calo, aplicados todos al mas breve y desseado arribo de Galeones y Flota. El de Ordenes, como avia tantas, no se acabo de formar (4).

En estos días se vieron vender por las calles de Madrid Calizes, Pateñas, Copones y de todo genero de Vasos sagrados y Ornamentos que en las iglesias de los lugares circunvecinos avian saqueado los Herejes, y se cuentan más de setenta los templos que sacrilegamente han saqueado arrojandose en algunas partes entre los pies y en otras vendiendo lo que sin lagrimas no se puede referir (el Cuerpo de Christo sacramentado) tambien saquearon en esta Corte muchas casas de Ministros ausentes y de particulares, especialmente de franceses, y fue cosa de gran compasion el ver tantas tropas de labradores desnudos y cargados de chiquillos, que venian a refugiarse a este lugar, en donde encontravan igual miseria a la que dexavan en los suyos.

A dos de Noviembre se echo Vando para que nadie fuesse al campo, pena de ducientos azotes. A cinco, por averse acavado la harina del Posito, y la que avian sacado de los Conventos, Taonas y casas de Particulares, empenzo a faltar el pan, y tambien la carne, el vino y todo género de pesca-

(1) De la Sala de Alcaldes de Casa y Corte.

(2) De la Sala de Gobierno.

(3) Del Consejo de Hacienda.

(4) En la *Gaceta de Madrid* de 3 de noviembre se publicaron todos estos nombramientos. Como no se publicó ninguna otra durante la ocupación, en la primera que apareció después, la del 16 de diciembre, ya encontramos la relación de los triunfos de Brihuega y Villaviciosa.

dos, y legumbres, de calidad, que todos los dias sucedian repetidas desgracias para poderse conseguir: y sin embargo de estas, el Lugar en este conflicto, se echaron Vandos el dia, seis, y el ocho, para que pena de traydores baxassen al campo los cerdos, gallinas y legumbres.

El dia 8 mando publicar tres bandos Don Francisco de Quincoces: el primero, para que los Militares que no se hubiessen aun presentado, lo executassen dentro de 24 horas, pena de la vida, en la cual incurrian los que les ocultassen: el segundo, para la entrega de vestidos militares; polvora, y valas, y todo lo perteneciente a pertrechos de guerra, o tren de Artillería; el tercero, repitiendo el de la entrega de armas de fuego, fusiles y caravinas, y se dió licencia a la Justicia ordinaria para prender en aviendo anochecido a todos los Militares que fuessen hallados en las calles.

Dia del Patrocinio de María Santissima, a 9 de Noviembre, se dio orden a los Consejos nuevos para que pasassen a mejorarse a Toledo, respecto de no quedar Tropas en Madrid, y quedar su autoridad expuesta a los insultos de los muchachos; y el dia once tomaron su marcha incorporándose con el Exército, que al mismo tiempo iba marchando azia Ciempozuelos, y fue compasion el ver la indecencia, y mal avio, con que salieron los mas, por aver faltado, o no aver para todos mulas de la limpieza, ni borricos de yeseros.

El dia 12 asomo al Angel una corta partida de las Tropas del Rey nuestro Señor, y fue tan grande la aclamacion, y regocijo de toda la Villa, que temiendo Don Antonio Sanguineto y Zayas, que avia buuelto a tomar Vara algun gran desorden, hubo de dar todas aquellas providencias de buen gobierno, que tan justamente le han dado el credito en ambas conductas de buen Ministro.

El dia 11 de Noviembre firmo en Ciempozuelos el Señor Archiduque vn Decreto, refrendado de Don Ramon Vilana Perlas, y dirigido al Corregidor de Toledo, en que dezia: Que aviendo entendido que el detestable artificio de los enemigos pudo atribuir a rigor el Decreto de 11 de Octubre en que se ordena a las madres, viudas, mugeres y hyjas de Grandes, que siguen el partido contrario, passasen a Toledo, quando fue efecto de mi connatural clemencia el apartarlas de la contingencia que al principio pudo recelarse del numeroso y ocioso pueblo de Madrid, y assegurar por este medio la decencia correspondiente a sus personas: He resuelto para evidenciar al Mundo la estimación que me deben las de igual gerarquia, ordenar y mandar que todas las viudas, madres, mugeres, y hyjas de Grandes que huvieren dado cumplimiento al citado Decreto; no obstante su contenido, quede la libertad de restituirse a Madrid, u de encaminarse al lugar que les pareciesse mas conveniente.

En el dia 23 entraron en el Retiro los dos Regimientos de Caballería de Piñateli, y el de Santiago, mandados por el Mariscal de Campo Don Feliciano de Bracamonte. Y a 24 dia en que se cumplan los deseados años de la Aclamacion del Rey nuestro Señor Don Felipe V, por Monarca de España en la Villa de Madrid, estas Tropas, con superior regocijo deshielieron la marcha, que en 28 de Setiembre avia hecho el señor Archiduque, pues entraron por la Calle de Alcalá, Calle Mayor, Puerta de Guadalupe y Calle de Atocha, salieron por su puerta a Vallecas: Y este mismo dia

quedo confirmado por su Mag. en el Oficio de Corregidor D. Antonio Sanguineto y Zayas.

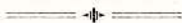
Y Finalmente, día de San Francisco Xavier, a las tres de la tarde llegó el Rey nuestro señor al Santuario de Atocha: y despues de aver dado gracias a esta Gran Señora, y cantado el Te, deum laudamus, monto a cavallo acompañado de Su Alteza el señor Duque de Vendoma, y los Gefes de su Casa: y Exercitos de los Grandes, y Titulos, y de sus Reales Guardias de Corps; Hizo su entrada publica; el concurso, y adorno de la Carrera; el regocijo, y demas circunstancias, saldrá por mejor pluma: Yo solo pregunto a los que los vieron, si han visto dia mayor? Y cierto lo desabrido de esta relacion con rogar a Dios, que nuestro Catolico Phelipe V nos guarde para azote de la Heregia, y terror del Inlierno.

Con licencia en Madrid: Hallarase en casa de Juan Martín Merinero, Mercader de Libros en la Puerta del Sol.»

* * *

Sin hacer caso de afirmaciones cuya autoridad es dudosa, como la de que los aliados vinieron a Madrid contra el parecer de Staremborg, es indudable que la venida del archiduque, lejos de haber favorecido su causa en España, la debilitó en lo moral y militar, pues apenas hay relación que no diga algo a propósito de los herejes, y con los movimientos de los ejércitos se dió ocasión a los triunfos de Brihuega y Villaviciosa.

AMALIO HUARTE.



Notas de Archivo

Publicamos a continuación una serie de notas tomadas en el Archivo de Palacio—San Lorenzo, legajo 3, año 1622—donde a más de algunas partidas que publicó Ceán, hay otras que no constan en su *Diccionario de los más ilustres profesores de las Bellas Artes de España*, Madrid, 1800. Sin embargo Ceán conoció no las copias de estos documentos, sino sus originales, probablemente. Mas como no todos los documentos los juzgó interesantes y además nunca publicó el documento, sino su contenido, de aquí que estas notas vengan a completar en parte lo que Ceán publicó, y muchas veces, las más, sobre todo en lo que toca a arquitectos, a añadir datos desconocidos por el mismo Llaguno: *Noticia de los Arquitectos y Arquitectura de España*, Madrid, 1829, y por Ceán, que se encargó de la publicación y anotación del libro de Llaguno. Hemos prescindido de aquellos documentos que están suficientemente extractados en dichos libros, y

sólo los que no lo están son publicados íntegros. No hemos creído necesario hacer una investigación a fondo para ver si el resto de las notas fueron ya conocidas por otros autores. Las publicamos únicamente con el fin de ayudar a los investigadores, sin más compromiso y empeño por nuestra parte.

Relación de las mercedes hechas por el Rey desde el año 1573 en adelante, que están asentadas en los libros de San Lorenzo (Patrimonio. Legajo 3, año 1622)

«25.000 marv. de ayuda de costas de tres años a *Juan de Minjares* aparejador de cantería de las obras de Aranjuez. Febrero de 1577» (1).

«Assiento de mro. de hacer órganos a *Mre. Giles Brenoz* con 100.000 m. de sal^o ordinario. 1 de marzo de 1578.»

«15.000 m. de salario al año a *Juan de París* librero residiendo en el Monasterio. 10 de octubre de 1579.»

«A *Diego Sedeño* bordador los 7 r. cada día y 100 ducados al año que tenía *Diego rutiner* difunto su antecesor. 13 agosto de 1581.»

«Merced a *Juan de Minjares* de 200 ducados de juro en cada un año durante su vida, acatando lo bien que ha servido de aparejador de las obras de la cantería de la fabrica del Monasterio de S. Lorenzo. 19 de septiembre 1583» (2).

«Título de pintor a mro. *Lucas cambraco* con 500 ducados al mes en el pagador de la fabrica de San Lorenzo de más de la obra que hiciere. 19 noviembre 1583.»

«Asiento de Architecto y entallador a mro. *Gasparo* con 50 ducados al mes y a *Andrea de Iuca* su hijo para que le ayude con 100 ducados al año en el pagador de la fabrica. 19 noviembre de 1583.»

«Tambien a *Juan Murguia* laborador mayor de la obra del monasterio por muerte de *Diego de Siderio* con 7 rs. de jornal cada día y 25.000 mrv. de salario. 30 agosto de 1584.»

«Merced a *Blas de Urbino* pintor de 50 ducados por dos años mientras va a ytalia a estudiar en lo que es de su profesion. 11 diciembre 1588» (3).

(1) Sucedió a Pedro de Tolosa y Lucas Escalante, que fueron trasladados a otras obras, y nombrado aparejador único Minjares, que servía en Aranjuez, en abril de 1576. (Llaguno.)

(2) Véase la nota anterior.

(3) Dice Ceán Bermúdez en su *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*, tomo V, que es escultor, como en efecto lo era. Aquí, en esta cédula, cuyo texto debió conocer Ceán Bermúdez también, puesto que cita su contenido, y con la misma fecha, se dice de Urbino que era pintor. Ceán dice además, simplemente, que fué pensionado con 100 ducados, y la cédula que transcribimos dice que fué con 50 por dos años.

«Merced de 100 ducados al año a *Elisabetta Bonacina* acatando a lo que sirviendo a *Jacome de Trezo* escultor de Su Majestad miro por el buenrecado de la hacienda Real en las obras del Real servicio. 22 noviembre 1589.»

«Merced a *Pompeo Leoni* escultor de 500 ducados de Juro al quitar a razon de 14.000 el millar acatando a lo bien que ha servido de 34 años a esta parte por cedula de 7 Septiembre de 1592» (1).

«Merced de 50 ducados de entretenimiento al mes a *Pompeo Leoni* escultor por toda su vida y porque se le ha encargado hacer todas las figuras de bronce para el entierro del Monasterio por cedula 1 abril de 1593» (2).

«Acrescentamiento de 25.000 mrv. al año a *García de Quesada* aparejador de carpintería de la fábrica del Monasterio. item 25.000 que goce de más del jornal consignado en la fábrica del Monasterio. 27 septiembre de 1586» (3).

«Acrescentamiento de otros 25.000 mrv. a *Antón Ruiz* aparejador de la albañilería. item otros 25.000 que tiene de salario demas del jornal. 27 septiembre 1586» (4).

«Merced a *Jacome Trezo* escultor de 500 ducados de juro de a 14.000 el millar cada año demás de 50 ducados al mes de que se le hizo merced por su vida acatando lo bien que sirvió 32 años y particularmente en hacer la obra de la custodia y retablo entierros y otras cosas en el monasterio de S. Lorenzo el Real. 31 diciembre 1587» (5).

«Merced a los hijos de *Justo de la Peña* de 50.000 mrv. por dos años atendiendo a lo que su padre sirvió de aparejador de las obras que se hicieron para el retablo y custodia de San Lorenzo por ced.^a 14 abril 1595» (6).

«A *Jusepe Rodríguez* escriptor de los libros del coro de San Lorenzo 30 ducados al año el tiempo que estuviese enfermo y no pudiese trabaxar p. ced.^a de 4 de mayo de 1579» (7).

A Fr. *Martín de Palencia* de la orden de S. Benito 150 ducados al año para su entretenimiento por lo que se ocupa en escribir algunos libros de mano oras y otras cosas para el monasterio y con que aya de residir en el de Madrid p. ced.^a 1 de marzo de 1575» (8).

(1) Aunque Ceán Bermúdez conoció la cédula esta, no la transcribió íntegra, habiendo el detalle del servicio de Pompeo Leoni, durante treinta y cuatro años, prestado al rey.

(2) Lo mismo que de la anterior decimos de esta cédula.

(3) Tiene artículo en el Llaguno (III), pero no conoce el documento.

(4) Tiene artículo en el Llaguno (III). No consta en dicho artículo este documento.

(5) Consta en el Ceán, pero incompleto, faltando la noticia de sus treinta y dos años de servicio.

(6) Justo de la Peña no tiene artículo en Ceán ni Llaguno.

(7) Tiene artículo en el Ceán. No consta este documento.

(8) Ceán dice se le concedieron 50 ducados, cuando en el documento por nosotros copiado son 150; tampoco da la fecha completa.

«Acrecentamiento de 10.000 mrv. al año a *Nicolás de la Torre* escritor en lengua griega de la librería del monasterio a cumplimiento de 40.000 p. ced.^a 17 septiembre 1586» (1).

«Su Magestad recibe a *Pedro del Bosque* librero con 15.000 mrv. de salario para que se ocupe en lo que se le ordenare de su oficio con que se le ayan de pagar todas las obras que hiciere según se tasaren o concertaren p. ced.^a 7 mayo 1588» (2).

A. GARCÍA BELLIDO.

(1) Nicolás de la Torre, dice Ceán, partió para su tierra, Creta, en busca y recobro de su hacienda; y habiendo enfermado en el camino, volvió a El Escorial, y se le abonó su sueldo. En 1612 estaba en Nápoles. De este lapso, entre su partida frustrada a Candía y su presencia en Nápoles, es el documento transcrito, que no consta en el Ceán. Era también iluminador.

(2) No consta en el Ceán.

RESEÑAS

Gesamtkatalog der Wiegendrucke. Herausgegeben von der Kommission für den Gesamtkatalog der Wiegendrucke. Brand III (Ascher Bernardus Claravallensis) núm. IV (Bernardus Cracovia-Brentius). Leipzig, Verlag von Karl W. Hiersemann, 1928 y 1930, XXX-754 y VIII-694 págs., fol.

Con estos dos volúmenes del Catálogo general de incunables llega ya la cifra de los reseñados a 5.100. Sobre el plan general de desarrollo de esta obra ingente, de su utilidad por resumir todo lo hecho hasta hoy por todos los especialistas, del esfuerzo sobrehumano que su realización va requiriendo, nada hay que decir. Todo queda ya debidamente ponderado al reseñar la aparición del volumen I (1).

Del mismo modo que queda hecho con los volúmenes anteriores, me parece lo más útil para el lector español destacar de la serie de incunables reseñados los españoles, e ir indicando las particularidades dignas de mención que ocurran en la nueva descripción.

El volumen III comienza por la serie de los comentarios de Q. Asconius Pedianus. El primer incunable español que aparece es los «Oliveros de Castilla», de David Teubert (núm. 2.772), impreso en Burgos por Fadrique de Basilea, 1499, y del que sólo se conoce un ejemplar en la Hispanic Society de Nueva York, hoy. Raro y curioso impreso que conoció Haebler en poder de D. Mariano Murillo, de quien obtuvo las fotografías que utilizó para describirlo en su *Bibliografía Ibérica* (núm. 494), rectificando la primitiva atribución a Juan de Burgos. Se cita en G. W., la edición facsimilar *De Vienne Press*, 1902, pero no los facsímiles de *Tipografía Ibérica*, números 52-54. Del incunable cita G. W. dos ediciones francesas y la española a que me vengo refiriendo, pero en ésta la ficha está redactada también en francés en lugar de estarlo en castellano, como requiere la naturaleza del libro. Por consiguiente, donde se lee «Olivier de Castille et Artus d'Algarve, el lector español debe poner su verdadero título: «Historia de los nobles caalleros Oliue[ros] de Cæstilla y Artus dalgarbe», como se lee en el título xilográfico del incunable.

Desde el número 2.776 al 2.805 se describen sendas ediciones de la colección escolar que circuló en la Edad Media bajo la denominación de *Auctores octo* o *Libros menores* entre nosotros. La correspondiente al nú-

(1) Vid. REVISTA, IV, 1927, págs. 223-227..

mero 2.801 es un incunable veneciano (Bernardinus Benalius, 1491), pero en castellano, con los *Sudores* de Andrés Gutiérrez «in laudem nostrae dominae filii dei genitricis». Cita, además, la edición de Valladolid, Giral-di y Planes, 1497; Pamplona, Arnao Guillén de Brocar, 1499; Toledo, Hagenbach, 1499 (también con *Sudores* de Gutiérrez), y Valencia, Cristóbal Cofmann, 1.500, los tres rarísimos y de cada uno de los cuales no se conoce hoy más que un solo ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid, en la Nacional de París, en el Colegio Mayor de Salamanca y en la Biblioteca Universitaria de Barcelona, respectivamente. El ejemplar de la edición de Valladolid, en la Biblioteca Nacional, sumamente incompleto. Por ello Haebler, en *Bibliografía Ibérica*, no pudo hacer una descripción completa de él, y aquí, en G. W., también falta. El ejemplar de los *Libros menores* que registra Haebler al número 362 de su *Bibliografía*, exponiendo la duda de si es o no incunable, aquí está registrado como tal.

Por el contrario, el número 361 de Haebler, que ya él en la segunda parte de *Bibliografía Ibérica* negaba fuera del siglo xv, está aquí definitivamente rechazado e inexistente, pues el ejemplar incompleto, encuadrado con el *Sedulius* de Zaragoza, Pablo Hurus, 1500, que Borao, y de él Sánchez, tomaron por un *Libri minoris* de 1500, de Hurus, es el mismo, registrado ya al número 2.802 del G. W. y al 358 de Haebler.

Los números 3.374 y 3.375 corresponden a dos ediciones del curioso libro de Andreas Barbatia *Super titulis*, las dos de Barcelona, y por Pere Miquel, 1452 y 1493, no registradas hasta ahora en ninguna bibliografía. De uno y otro hay ejemplares en la Biblioteca Universitaria de Barcelona y en la Episcopal de Palma.

Bajo el número 3.384 se registra aquí la *Chronica virorum illustrium* de Philippus de Barberiis. Hay una particularidad notable: Haebler, en *Bibliografía Ibérica*, número 40, toma la nota que dió el P. Méndez en su *Tipografía* en que se fija el lugar, Sevilla, y año de 1480 como los de impresión de esta *Crónica*, pero apunta la sospecha de que no sea incunable español: «A primera vista me convencí—dice—de que la impresión no es española, sino italiana». Ahora, en G. W., la atribución es segura y de imprenta desconocida, aunque sevillana: «imprenta de la *Crónica* de Barberiis». Esta *Crónica* está dedicada por su autor a Juan Alfonso, «canonicum et bachalaurium locroniensem in cuius sane hospitio huñc librum plurimis vigiliis edidi, et manu propria scripsi, anno domini M.CCCC. l XXV», añade el autor.

La traducción española del tratado *De proprietatibus rerum*, de Bartolomé de Glanvila, se reseña en el número 3.425, edición de Zaragoza, Pablo Hurus, 1495. Esta edición es rarísima, hasta el punto de que no se conoce más ejemplar que el de la Biblioteca Nacional de Madrid. En cambio abundan los de otra edición en castellano, aunque impresa en Toulouse. (Heinrich Mayer, 1494). Aunque el incunable aquí reseñado ostenta el título en su portada de *Tratado de los metales y piedras preciosas y de sus virtudes*, en G. W. figura con el título latino: *De proprietatibus rerum*. La *Suma de casibus conscientiae*, de Bartolomé Pisano (Bartholomeus de Sancto Concordio), que Haebler dió como de impresor anónimo (*Bibl.* número 41) primero, y más tarde atribuye certeramente a Centenera (Zamora, 1482), figura aquí con el número 3.457 y sin expresión alguna de duda

en cuarto a tal atribución. En efecto, está impresa la *Suma* con los mismos tipos empleados por Centenera en su edición firmada de los *Proverbios*, de Séneca, circunstancia que hizo posible la identificación.

Las seis ediciones incunables españolas de *Institutiones de moribus* de San Basilio aparecen aquí con un título común a todas las ediciones extranjeras y españolas: *De legendis libris gentilium*, título un poco forzado, pues el más repetido a través de las numerosas impresiones es el de *De legendis poetis* o *De studio poetarum et oratorum* deducido del prólogo de Aretino que acompaña a la traducción latina y que aparece claramente expresado en la edición de Leipzig, 1489-96. El incunable de Juan de Burgos (Burgos, 1490) es rarísimo; el único ejemplar conocido figura en la Biblioteca Provincial de Évora y fué descubierto por Haebler encuadrado en un tomo de varios. El atribuido a Centenera (1492) sigue figurando en G. W. de manera dudosa por estar impreso con tipos que, aunque no fueron empleados en ninguno de los libros conocidos de este impresor, tienen gran parecido con uno de sus alfabetos. El creído por Hidalgo incunable salmantino de estas *Institutiones* y que atribuye Haebler dudosamente a Fadrique de Basilea y del año 1500 (*Bibl.* núm. 43, vol. II, a pesar de suponer en el volumen I que es anterior al de 1496 y por eso allí aparece con fecha de 1495 y como de Salamanca, segundo grupo romano), en G. W. tiene carácter de seguridad, pero con una nueva rectificación de fecha: 1498. La otra impresión de Fadrique (Haebler, núm. 43 (5), muy parecida a la anterior, de la que apenas difiere en más que en el número de hojas, no cambia en su descripción al pasar a G. W., así como tampoco la de Pamplona, de 1500, sin indicaciones tipográficas, pero por Arnao Guillén de Brocar. Tampoco hay cambio alguno respecto a lo sabido y publicado sobre la edición mont-serratina de la *Regla* de San Benedicto (núm. 3.828); pero encontramos en cambio al número 3.901 un incunable español no descrito hasta ahora por nuestros bibliógrafos: un *Tratado de infancia Saluatoris* impreso en Burgos por Juan de Burgos, en 1495, y cuya nota está tomada del *Archiginnasio* de Sorbelli, pág. 17.

Acaba el volumen III de G. W. con las reseñas de las ediciones del Seudo-Bernardus, entre las que hay varias españolas, conocidas, y reseñadas ya: la Epístola, impresión de Spindefer (Valencia), sin fecha en Haebler, número 47 (2) figura con la fecha 1490 (núm. 3.975), y la del mismo impresor registrada sin fecha también por Haebler (núm. 47) tiene ahora la de 1495 (núm. 3.978); el número 47 bis de Haebler, Burgos, Fadrique de Basilea, sin fecha, tiene en G. W. la de 1498-99. El *Floretus*, de Lope de la Roca (Valencia, 1496) figura con las mismas indicaciones, pero registrado no como en Haebler número 273 en el orden correspondiente al título, si no en Bernardus, lo mismo que el de Sevilla, Ungut y Polono, 1494 (Haebler, número 272, G. W., núms. 4.001 y 4.002). Finalmente, en este mismo apartado aparece descrito un incunable desconocido hasta ahora, que se incluye aquí tomándolo del *Census* americano (pág. 97): *Floretus* atribuido a Pedro Brun y Juan Gentil en Sevilla, 1492. Es un cuaderno de 20 hojas y 33 líneas en cada una, que figura hoy en la colección de la Hispanic Society de Nueva York.

Vol. IV.—El primer incunable español lo encontramos con el número 4.086 de orden, y es el curioso y raro, por lo menos completo, *Lilio de Medicina* de Bernardo Gordonio, que aquí está registrado en la B., siguiendo el criterio general de G. W. en lugar de en la G., Gordonio. Aunque raro, apareció en el mercado no hace mucho ofrecido por el librero Sr. Vin-del, quien da una buena reproducción de la portada en su catálogo número 29.

Desde el núm. 4.198 al 4.327 están descritas las Biblias. Ocioso es decir que en este capítulo la máxima importancia es indiscutible para las alemanas, y aun, limitando más el campo, para las de Gutenberg (la de 42 líneas, 1.455 y la de 36, 1.461) y para la de Fust y Schöffer de 1.452. En España contamos con una sola Biblia incunable seguro, pero de un gran valor no sólo por su rareza, sino por ser una de las primeras que aparecieron en lenguas vulgares: la famosa *Biblia valenciana*, en catalán, de 1478, cuatro años después de impreso el primer libro en España, la Biblia por Alfonso Fernández y Lamberto Palmart también. La discutida *Biblia de Sevilla* (Haebler, núm. 50), de existencia más que dudosa por lo confuso de las vagas noticias que se nos han transmitido de ella, figura también en el G. W., pero a título de información y sin que se admita su existencia. En realidad se puede desechar definitivamente la hipótesis de que ha venido rodando de mano en mano entre los bibliógrafos desde que la admitió en su *Arma-mentarium catholicum*, Weislinger (1749) por referencia del P. Isidoro Keppler, suponiendo que existía en la abadía de Petershausen. Otro tanto sucede con la supuesta edición de Salamanca (1499) de *Bocados de Oro*, registrada ya como muy dudosa por Haebler en *Biblioteca Ibérica*, número 57, y que aquí está rechazada y sólo incluída sin número en la columna 249. Se trata, y así se indica aquí, de una confusión de los bibliógrafos, interpretando mal lo dicho erróneamente por el P. Méndez al hablar del *Tratado de la vida y estado de la perfección* (Salamanca, 1499) sobre que este libro lleva también el título de *Bocados de Oro*. Aunque más tarde fué corregido este error, ya era tarde para recoger la especie lanzada a la circulación, y así ha rodado indebidamente como una impresión más española del que tres años antes imprimieron en Sevilla Mugut y Polono, libro «el qual fizo Bonium, rey de Persia». Siguen las cuatro ediciones españolas de Boccaccio (4.436, 4.454, 4.461 y 4.491) consignados con ligeras variantes puramente externas respecto a las descripciones ya conocidas, entre ellas el redactar los títulos en latín, siguiendo el criterio general de este repertorio, y no en castellano. Así, por ejemplo, las *Cien novelas* de Sevilla, 1495, en G. W. habrá que ir a buscarlas entre las ediciones del *Decameron* y la *Caída de príncipes* es *De casibus viroorum illustrium*.

De Boecio hay un incunable en español, impreso en Toulouse, por Mayer, 1488: *De Consolación*, traducido por Ginebreda, incunable que no figura en las bibliografías incunables de España (G. W., núm. 4.583), y como dudosa otra edición, también de Toulouse, de 1493 (G. W. colección 349, Hain, 3.365, Pauser, IV, 58.498, Denis, 2.812, y Caballero, 118). Las otras tres obras de Boecio impresas en España en el siglo xv figuran en la forma conocida, a no ser el *De Consolación* de Sevilla, Mugut y Polono, que figura en *Biblioteca Ibérica*, I, registrada al núm. 59, y con el 659 un *Vergel de Consolación*, de la misma imprenta e igual fecha. Como se sabe, Salvá, nú-

mero 3.854, da como existente un *Vergel*, diferente del *De Consolación*. Ya sospecha Haebler que se trate del mismo incunable, uno solo con dos tratados, como en realidad es, y así figura en G. W. Es conveniente destacar esta circunstancia, porque Haebler, al redactar la segunda parte de *Biblioteca Ibérica* (véase núm. 669), no pudo examinar el libro, que existía ya entonces en la Biblioteca Nacional de París, a causa de la guerra europea.

Hay cuatro incunables españoles de San Buenaventura, con los números 4.704, 4.729, 4.751 y 4.832, este último impreso en Toulouse, por Mayer, también en 1488. El que aparece en Haebler, registrado con el núm. 68, *Meditationes vitae Christi*, Barcelona, por Pere Miquel, 1499, figura como dudoso y sin número (colección 453). Parece se trata de una confusión con la edición indudable de 1493 del mismo impresor, confusión de Hain, de quien la tomó hidalgo en las adiciones al P. Méndez.

De los tres incunables más españoles que aparecen registrados aquí (núm. 4.846, Bonetus, *Metaphisica*, Barcelona, 1493; 4.962, Boteler, *Escala de pardis*, Barcelona, 1495, y 5.082, Breidenbach, *Viaje a Tierra Santa*, Zaragoza, 1498), el segundo solamente merece un comentario aquí por raro y porque el ejemplar único de que se tenía noticias y que estaba en la biblioteca de Salvá (vid. núm. 3.857) y cuyo paradero se ignoraba, está, según vemos en G. W., actualmente en el British Museum. Los demás extremos relativos a estos tres incunables son copia de los conocidos y ya publicados anteriormente.

Con el volumen IV del *Gesamtkatalog* se publican, en hojas sueltas, adiciones a los tomos publicados, los cuales, desde el punto de vista español, ofrecen las siguientes notas interesantes:

Tres bulas de indulgencia, desconocidas hasta ahora de los bibliógrafos, o por lo menos no descritas hasta hoy. Una de 1484 (Toledo, Juan Vázquez), en castellano; otra de 1488 (Huete, Alvaro de Castro), en catalán, y la tercera también de Alvaro de Castro y fecha 1490. Y otra concedida por Rodrigo de Borgia, más tarde Papa con el nombre de Alejandro VI, y que, de ser cierta la fecha que se le atribuye, 1473, es de capital importancia para la historia de nuestra imprenta. Está impresa, según se supone, en Segovia (?). No conociendo de vista el impreso, no me atrevo a aventurar juicio alguno sobre él, limitándome a consignar el hecho y a prometer volver sobre el asunto en cuanto me sea dado estudiarlo con los materiales necesarios a la vista. Para darse cuenta de la importancia del hallazgo obsérvense sólo dos datos: de Segovia no se conocía ningún incunable; el primer impreso español es de Valencia, año 1474. (Conf. Haebler: *Die Wiegendrucksammlung v. Klemperer insbesondere deren Ablossbriefe*, en *Frühdrucke aus der Bücherer Victor v. Klemperer*. Dresden, 1927).

JENARO ARIILES RODRÍGUEZ.



VALBUENA PRAT, ANGEL.—*Literatura dramática española*. [Barcelona, 1930.] *Labor*, núms. 258-259. Un vol. en 8.º, de 336 págs. + 20 láminas.

Pocos libros aparecerán con la oportunidad que este de Angel Valbuena Prat. Se publica cuando precisamente era indispensable ya que se produjese, cuando casi era una vergüenza que no figurase una obra así en las bibliografías.

La literatura dramática española, como el romancero y la novela picaresca, constituye individualmente género tan definido que requiere ser estudiada aparte de su inclusión a lo largo de las historias literarias.

Los tres géneros dichos, en vez de ser integrantes de estas obras, deben estudiarse como centros ideológicos, haciendo notar sus relaciones con los demás y las influencias que han ejercido sobre ellos.

Así, con este criterio nuevo y justo ha sistematizado, tan erudita como bellamente, Angel Valbuena la evolución del teatro español. Cronológicamente, pero sin someter a la clasificación temporal —casi siempre falacísima— el perviviente e indiscutible desarrollo estético.

En tres épocas de distinta extensión y diferente valor divide Valbuena nuestro teatro: A, *Iniciación. Desde los comienzos a Lope de Vega*; B, *Apogeo del drama nacional. Siglo XVII*, y C, *Descomposición, hasta finales del siglo XIX*.

Realmente esta última división es algo más superficial que las anteriores, y podría haberse constituido en otras sin gran esfuerzo; pero la falta de espacio en el volumen ha hecho reducir su doctrina —y así se advierte al lector— en lo que corresponde al siglo XVIII en adelante, que «debe considerarse a manera de apéndice compendioso», sin que por ello amengüe, como es natural, el mérito de la obra, ya que se dejan en esta síntesis echados muy sólidos cimientos para que cada cual se extienda como prefiera.

El período de *Iniciación* está visto con una claridad, y trazado tan exactamente, que no hay más que pedir. Los comienzos, tan discutidos, se fijan y definen considerando todo lo hecho hasta el día en este sentido; y a continuación se trata de los más antiguos valores dramáticos, agrupados por el autor muy acertadamente con el título de *Primitivos*: el *Auto de los Reyes Magos*, delicadamente percibido y estudiado; Gómez Manrique, a quien se da toda la importancia que merece; Juan del Encina y Lucas Fernández, tan profunda como sobriamente comentados; *La Celestina*, más considerada, con razón, como foco de influencia sobre el teatro posterior que como obra dramática propiamente dicha; Torres Naharro, renacentista y aún erasmiano, y Gil Vicente, cuya clasificación de sus obras es digna de todo elogio.

Sigue a este grupo de *Primitivos* otro interesantísimo, integrado por autores a quienes Valbuena Prat juzga atinadamente como *prelopis-*

tas (1) por encontrar en ellos innumerables y definidas características en que se presiente al *Fénix de los Ingenios*. Deben señalarse en él los trozos dedicados al *Código de autos viejos*, Carvajal, Horozco, Pérez de Oliva y Virués, entre los más antiguos; y Timoneda, Lope de Rueda, Juan de la Cueva, y aun el propio Cervantes, entre los inmediatos al autor de *La Dorotea*.

El *Apogeo del drama nacional*, que se extiende a lo largo del siglo xvii, lo divide Valbuena Prat en dos grandes ciclos o épocas: la de Lope de Vega y la de Calderón, ambas perfectamente estudiadas.

Respecto a la vida de Lope de Vega, ha sabido Valbuena comprender, y apunta observaciones muy sugerentes. Revisando una vez más los episodios de aquella existencia sin igual, vuelvo a confirmarme también en que la obra dramática mejor, la *chef d'œuvre*, que los espíritus rutinarios demandan a Lope, insensibles ante la unidad de su teatro, es su propia vida, la vida por antonomasia del español de su tiempo, inspiradora de la psicología literaria de Don Juan. Ya hace observar Valbuena, con razón, frente al prodigio vital de Lope y junto a la inmensidad de su obra, «su espíritu popular archiespañol», en que se condensan todas las virtudes y todos los defectos de nuestra patria.

Siguen al *Fénix* los que debieran titularse *poslopidistas*, seguidores de su escuela: «Tirso de Molina —estudiado por D. Emilio Cotarelo y secuestrado por doña Blanca de los Ríos—; Pérez de Montalbán, el más *aprovechado* de los discípulos de Lope de Vega; Vélez de Guevara —víctima de ediciones callejeras en que se suplen el comentario y las notas con abundantes erratas de mala lectura paleográfica— Ruiz de Alarcón, y Mira de Amescua, cuya importancia crece de día en día.

El interés que presentan las páginas dedicadas a Calderón —lo mejor de conjunto hecho hasta ahora acerca de él— no hemos de encomiarlo, ya que Valbuena es muy conocido justamente por sus admirables trabajos acerca del autor de *La vida es sueño*. Y este mismo dominio del teatro calderoniano lo manifiesta en el estudio de su escuela, especialmente Rojas Zorrilla y Maroto, que aparecen interpretados desde puntos de vista tan nuevos como penetrantes.

Los capítulos dedicados al teatro del siglo xviii, a pesar de su condensada brevedad, tienen críticas de gran interés, como, por ejemplo: los comentarios a la tragedia neoclásica (Huerta), el sainete de costumbres (Cruz) y la comedia de tesis moral (Moratin).

El teatro del siglo xix también aparece comprimido; pero no impide esto su acertada apreciación.

(1) Quiero fijar la atención especialmente sobre la palabra acertadísima e insustituible que Valbuena aporta al tecnicismo del estudio de Lope de Vega y alabar como se merece su valentía innovadora introduciéndola por primera vez en una historia de nuestra dramática. Ello indica mejor que nada cómo va descubriéndose de día en día la figura ingente del genio del teatro español y la necesidad de formar —como ya se hizo para Cervantes— denominaciones con el nombre de Lope que permitan designar a los grupos y temas relacionados con él. Así, ya se emplean corrientemente, y gracias a la difusión que les han dado los comentaristas y biógrafos del *Fénix*, las palabras *lopidista* y *lopismo*, a las cuales se agregarán con el tiempo *lopiano* —equivalente a *cervantino*—, *lopefilia*, etc.; lo mismo que *poslopidistas* deben designarse los discípulos del *monstruo de la naturaleza*, que no son sino secuela suya e individualización de sus desintegraciones. (Véase mi prólogo a *El villano en su rincón*, de Lope. Madrid, C. I. A. P., 1929, pág. 7.)

Entre los autores románticos estudiados destacan el duque de Rivas y Zorrilla, muy bien situados en la valoración del teatro de entonces, y de los dramaturgos realistas merecen especial mención las críticas de Lope de Ayala y Tamayo y Baus, de atrayente paralelismo, y el resumen de la obra de Pérez Galdós, que es el último de los autores estudiados.

Finalmente, enriquecen esta obra del docto catedrático de la Universidad de Barcelona el gran número de notas bibliográficas y eruditas, que no fatigan ni entorpecen la lectura y facilitan la ampliación en los trabajos más modernos.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.



DÍAZ FERNÁNDEZ, JOSÉ.—*El nuevo romanticismo. Polémica de arte, política y literatura*. Madrid, Editorial Zeus, 1930, 219 págs.

Ilustres escritores —por la Orden de la Casualidad, unos; otros, según la Orden del Mérito— han concedido calurosos y apretados elogios a la obra enunciada. Debemos, sin embargo, asegurar que nada pesaban en nuestro ánimo al comenzar la lectura de *El nuevo romanticismo*. Sabemos, por supuesto, que el elogio entre hombres de letras es como pelota de *tennis*, que se lanza con ánimo de que sea devuelta con gran rapidez. Si el que ha de emitir el elogio supiera que, seguramente, al que se le lanza había de fallar —esto es: no corresponder por imposibilidad o por querencia—, con certeza podemos asegurar que no arrojaría la pelota. El Sr. Díaz Fernández es periodista. Es decir: hombre que por lo menos ya tiene raqueta. El Sr. Díaz Fernández tiene además amplio campo de juego. En un importante diario matutino dedica semanalmente un folletón bibliográfico exclusivamente a devolver esas pelotas o pelotillas elogiosas, con gran complacencia, al parecer, de muchos.

Mientras el Sr. Díaz Fernández disponga de tan decisivos resortes, apenas dará a basto para seguir el juego del «Yo a ti, tú a mí». Y todas sus obras serán admirables y geniales. Y pongo estos adjetivos porque son precisamente los que debe devolver sin tasa ni tino.

Nosotros, que no pertenecemos por ninguna Orden a la comandita *del bombo mutuo*, ni —¡ay!— somos corifeos de menor importancia, ¿qué diremos de *El nuevo romanticismo*? Por de pronto admirarnos una vez más de lo que es capaz «la audaz juventud». Con cuatro ideas sobadas —cazadas en días de nieve y de fortuna—, cuatro citas a contrapelo, un estilo demasiado suelto y cierta incoherencia, componer un libro de cinco pesetas de coste.

¿Qué pretende probar el Sr. Díaz Fernández? Que el romanticismo actual difiere en mucho del nacido en el siglo estúpido de Daudet. Este levantaba «barricadas con el corazón» y propendía con anhelo propio hacia la muerte. Aquél, sietemesino venido a la vida en el siglo de la mecánica

y de la revalorización vital, tiende al efectismo y al amor exagerado de las cosas. Como se comprende, la idea básica no es demasiado nueva. Las otras, las no básicas, tampoco pecan por su atrevimiento, por su prurito de originalidad. Que el Greco fué un artista «no académico» y místico; que Goya forjó «la gran libertad de la pintura»; «que España ha vivido políticamente con un siglo de retraso»; que los cuadros de historia o de tesis «son de un academicismo aborrecible»; que «la auténtica vanguardia debe organizar en producción artística el drama contemporáneo de la conciencia universal»; que la juventud debe preocuparse por la gran consecución actual que es la política... Todas estas ideas y otras muchas «nos sueñan» a algo oído otras veces aquí, o allá, en el café, en el vestibulo del teatro, dichas por sesudos varones y por varones imberbes.

No recordamos quién dijo que las citas eran como mariposas. Bastaba un tul —al alcance de cualquier mano— para apresarlas. En *El nuevo romanticismo* las mariposas no pueden ser de más reciente primavera. Aparte de D. José Ortega Gasset, gran venero donde se desbrazan todos los actuales sedientos de filosofía y política: Krische, *El enigma del matriarcado*; Trostki, *Literatura y revolución*; Waldo Frauk, *España virgen*; Franz Roh, *El realismo mágico*; Marx, *La revolución española*. Como puede entenderse, de los últimos libros traducidos al español. Después de leer *El nuevo romanticismo* nos asalta una idea obsesionante: ¿Qué es el romanticismo nuevo?

Y es que si con imaginación, decoro literario y paciencia pueden urdirse unos cuentos traducidos al francés, al alemán y al inglés, sin originalidad, sin instinto crítico, sin rápida asimilación de lecturas y ponderada visión espiritual no se puede conseguir que diez artículos periodísticos formen un volumen de ensayos. Una cultura no se improvisa. El señor Díaz Fernández, meritorio periodista, es muy joven aún —treinta años, según confesión propia—, y está en el mejor momento para conseguirla. Que no se deje engañar por las voces de taimadas sirenas.

S. DE R.

ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA, JOAQUÍN.—*Varios datos referentes al inquisidor Juan Adam de la Parra*. Madrid, 1930. Un vol. en 4.º; 86 págs. (Edición de *Bibliófilos*.)

A la ya numerosa y selecta serie de investigaciones del Sr. Entrambasaguas viene a sumarse la que lleva el título de *Varios datos referentes al inquisidor Juan Adam de la Parra*, modesto título, ya que tiene todos los honores de monografía perfecta.

Escasísimas y muy imperfectas eran las noticias conocidas de Adam de la Parra. La mención de Valladares en el *Semanario erudito*, tratando de la amistad del inquisidor con Quevedo, y la interpretación de este dato

por Fernández Guerra, era casi lo único que se conocía sobre Adam de la Parra.

Tales datos no eran ni verídicos ni concretos, puesto que dejaban en una nebulosa circunstancias interesantes de la vida del famoso inquisidor.

Lugar de nacimiento, vicisitudes de su vida, proceso y prisión, son estudiados concienzudamente por el joven erudito, que da una visión muy exacta de la España del siglo XVII, en que se mueve y actúa Adam de la Parra, sosteniendo con toda entereza los derechos de la institución a que pertenecía.

Reseña el Sr. Entrambasaguas las obras de Adam de la Parra, separando y delimitando escrupulosamente las obras originales de las obras atribuidas a él erróneamente. Hace un estudio detenido de las obras originales, y principalmente de la titulada *Conspiratio Haeretico-Christiannissima*, obra interesantísima de política internacional y la más famosa del autor.

Muy documentada y finamente analizada la parte correspondiente al proceso sufrido por el inquisidor y las causas que lo determinaron, situando debidamente a los protagonistas de este suceso, que alcanzó más resonancia de la que pudiera imaginarse.

Acompañan tan interesante estudio numerosas notas, muy importantes por referirse la mayoría de ellas a personajes políticos y literarios de la época, como Olivares, Quevedo y Villamediana.

Viene a cerrarse el volumen con un extenso apéndice de treinta y seis documentos inéditos referentes a Adam de la Parra, y entre ellos varias cartas autógrafas del perseguido inquisidor.

ENRIQUETA HORS.

ALONSO CORTÉS, NARCISO.—*Quevedo en el teatro y otras cosas*. Valladolid. Imprenta del Colegio de Santiago, 1930; 214 págs. y una hoja, en 8.º

No es necesario presentar al docto catedrático de Literatura en Valladolid ante los lectores de esta REVISTA: su colaboración en ella ha sido y es la mejor presentación, y a través de tal colaboración el público que sigue la marcha de nuestra REVISTA ha podido, poniéndose en contacto con el Sr. Alonso Cortés, apreciar las calidades de su espíritu crítico y de su capacidad productora. Casi tampoco necesitan los lectores que despleguemos ante ellos el panorama de las «cosas» que forman el volumen actual, puesto que algunas de ellas han aparecido aquí mismo —primicias ofrecidas deferentemente— y otras en revistas que circulan entre las mismas manos que hojean ésta. Acéptese, pues, el comentario siguiente como homenaje a lectores y a autor más que como crítica.

Además del estudio que da nombre y principio al volumen figuran en él otros cuatro: «López Silva, Precursores de Galdós, Narciso Serra y Enrique González Martínez». Descartemos el último de los ensayos por tratarse de un discurso de ocasión, la de presentar en el Ateneo de Valladolid al ilustre poeta mejicano y representante diplomático de su país en España. Pero, entiéndase bien, lo de «discurso de ocasión» no ha de tomarse en el sentido peyorativo que suele darse a la frase; más que «de ocasión» es «con ocasión», porque el Sr. Cortés despliega aquí todo su amplio conocimiento de la literatura mejicana contemporánea para situar y encuadrar la musa de González Martínez como buscador de formas nuevas —que encuentra y acierta a concretar de manera propia y distinta—, después de haber cultivado a través de sus primeros libros —*Preludios* y *Lirismos*—, donde «González Martínez sigue la tradición, la buena tradición, por supuesto, y así tiene que ser tratándose de un buen poeta».

Quevedo en el teatro apareció aquí mismo (1), y, como recordarán los lectores, el trabajo está dedicado a reseñar, extractar y discutir las obras dramáticas del siglo XIX en que Quevedo aparece entre los personajes de la ficción. «El primero que sacó a colación a Quevedo, si no me equivoco, fué Patricio de la Escosura, en *La Corte del Buen Retiro*», que se hizo pública en 1837, y en *También los muertos se vengán*, segunda parte de la anterior, estrenada en 1844. Aquí el personaje es figura de segunda fila, y el Sr. Alonso Cortés pasa por las comedias de Escosura sin detenerse apenas. Pero en la de Eulogio Florentino Sanz, *Don Francisco de Quevedo*, estrenada por Julián Romea el 1 de febrero de 1848 en el Teatro del Príncipe, Quevedo es el centro de toda la trama, como lo indica su mismo título. El Sr. Alonso Cortés da a la obra la importancia que tiene.

En otra parte (2), comentando este libro, he llamado la atención sobre el *Quevedo* de Larra, muerto antes de nacer y por el mismo pistoletazo que cortó la vida de «Figaro», obra a la cual no se refiere para nada el señor Alonso Cortés. Realmente no llegó a existir, no pasó de proyecto, y nada se puede objetar a la decisión eliminatoria. Pero sí se puede advertir que en ningún sitio hubiera estado mejor tratada la cuestión en torno a la comedia de Larra y, tal vez, nunca seguramente con mayor autoridad. Aunque hay que repetir que está bien eliminado, es preciso insistir en que tratándose del primer intento conocido de llevar a Quevedo a la escena, tratándose de un escritor como Larra, tampoco hubiera parecido a nadie mal traído. Pero es que el *Quevedo* de Larra, inédito, nonnato, si se quiere, ni es desconocido ni carece de estado literario e histórico. Ya me referí a la confesión de Mesonero Romanos en *Memorias de un setentón*, donde dice que cuando el 13 de febrero de 1837 le visitó Larra, le habló «de un drama que tenía ya en bosquejo en que quería presentar a la escena al inmortal Quevedo, y hasta me invitó a su colaboración, que yo rehusé» (*Memorias*, Madrid, 1880, pág. 434). Esto de la colaboración con Larra debió ser una preocupación de sus amigos, y la existencia del *Quevedo* cosa

(1) REVISTA, tomo VI (1929), págs. 1-22. En el tomo VII (1930), págs. 225-258, apareció el estudio sobre *Narciso Serra*.

(2) *El Sol*, 10 de enero de 1931.

sabida, puesto que la misma pretensión colaboradora la encontramos en el marqués de Molins, entonces sólo Mariano Roca de Togores, joven literato, secretario de la sección de Literatura del Ateneo, que también se quiere apuntar el honor.

Claro está que no hay que hacer mucho caso de estas afirmaciones, pues el bueno del marqués, por los días en que escribía esto, no andaba muy bien de memoria y fresco de recuerdos. Carmen de Burgos (*Figaro* 1919, págs. 89-93) aborda ampliamente el tema. Lo trata con el apasionamiento que informa todo su libro, pero con tal amplitud, que con su intervención el asunto «causa estado», y mucho más publicando, como publica en facsímil, el plan autógrafo del drama y el desarrollo esbozado por su mismo autor. Y tan interesante como esto son las sugerencias de «Colombine» sobre el posible robo del trabajo de Larra por Florentino Sanz, y colocada en postura de acusar no iba a perdonar a Bretón de los Herreros, a quien odia por haber reñido en vida con Larra; también lanza la sospecha de que en *¿Quién es ella?* haya aprovechado Bretón el asunto y las cuartillas de Larra, y de que fuera el mismo Molins quien hiciera llegar a manos de Bretón tales papeles. Puede que sea todo ello pura leyenda; puede que sean asuntos de menor cuantía; puede que al Sr. Alonso Cortés no le parecieran oportunos el lugar y la ocasión para presentar este cuadro de historia literaria y discutir sus extremos; pero tampoco hubiera estado de más, y sobre todo, insisto en ello, los lectores del Sr. Alonso Cortés teníamos derecho a esperar de su gran conocimiento de nuestro siglo XIX la exposición de la cuestión acerca del *Quevedo* de Larra, y más después de la acusación de «Colombine» respecto al *Don Francisco de Quevedo* de Florentino Sanz, extractado y comentado con toda amplitud por el Sr. Alonso Cortés.

En el ensayo «Precursores de Galdós» discurre el autor sobre el tema debatido de las fuentes utilizadas por el novelista canario y madrileñista, mejor dicho, sobre las obras que imitó al escribir los *Episodios nacionales*. El Sr. Alonso Cortés, conocedor minucioso de toda nuestra literatura ochocentista, recorre gran cantidad de escritos anteriores a Galdós, escritos españoles, buscando entre los nuestros algún autor a quien imitaría sin tener que recurrir, como alguien ha afirmado, a la literatura extranjera: concretamente a Erckman-Chatrian. Y rebuscando en ese saco sin fondo de la producción literaria de segunda o inferior categoría, encuentra que bien pudo Galdós seguir el ejemplo dado por López Montenegro y D. Víctor Balaguer con sus *Memorias de un liberal: Fernando el Deseado* (Barcelona, 1850). Bien pudiera ser; puede bien no ser; es una conjetura más con mayor o menor probabilidad, mas que no pasa de mera conjetura, avalada, eso sí, por una primera autoridad, más que, si es cierta, empequeñece no poco la obra de Galdós, a quien nadie ha logrado empequeñecer por otros caminos. Frente a la conjetura queda en pie la realidad de que Pérez Galdós *coincide* —tratándose puntos históricos por diversas personas, si todas son veraces, coincidirán siempre— no sólo con Balaguer y López Montenegro, sino con Morayta, con Pi y Margall, con Mesonero, con Alcalá Galiano..., con todos los historiadores profesionales, autores de memorias o simples fantaseadores a propósito de la historia. Y la coincidencia no será nunca consecuencia. Dejémosle al novelista, mientras no se

demuestre otra cosa, toda la gloria de su originalidad literaria —porque el fondo histórico nadie va a pretender que sea suyo—, y sigamos pensando que los *Episodios* son totalmente de Galdós.

JENARO ARTILES.



SALAVERRÍA, JOSÉ MARÍA. — *Bolívar el Libertador. Colección de Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*. Madrid, 1930. Editorial Espasa-Calpe, 237 págs. Cinco pesetas.

En *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*, la conocida colección de Espasa-Calpe, ha publicado D. José María Salaverría su *Bolívar el Libertador*, aportación española —según comentarista digno de todo respeto— al monumento literario que se eleva a Bolívar en su primer centenario. Y realmente lo es.

En los numerosísimos libros que ahora se dedican a Simón Bolívar este de Salaverría es, si no el único de autor español, el de más alta jerarquía. Justo es, pues, que al enfrentarnos con el ilustre biógrafo, no ocultemos el juicio que su obra nos merece. Se trata de la aportación española al monumento, etc...

¿Es que el libro de Salaverría representa el criterio español sobre Simón Bolívar?

Apresurémonos a declarar que no. Esto nos libra de una preocupación profunda. El Sr. Salaverría consigna y desarrolla —no nos atrevemos a decir que razona— su propio criterio, y el criterio del Sr. Salaverría es singular, personalísimo, no participa ni en esencia ni en estructura del de ninguno de los más preclaros comentaristas anteriores. También difiere del formado por la mayoría de las personas medianamente familiarizadas con los héroes de la liberación americana. Queda, pues, reducida la famosa aportación a la aportación de un escritor español que ve y enjuicia los hechos a través de sus personales convicciones, que tampoco son las de la mayoría de los españoles, afortunadamente para esta mayoría.

Aclarada esta circunstancia esencial, volvamos al libro.

* * *

En primer término, el criterio seguido en esta colección de *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX* no nos inspira grandes simpatías. La obra biográfica es demasiado trascendental para que se pueda prescindir en ella de aquellos procedimientos que pudiéramos llamar téc-

nícos y que son, en definitiva, la garantía que el autor ofrece al lector de que sus apreciaciones no son puramente caprichosas. Habían de formar la colección libros modelos, impecables, maestros, y el curioso de mañana —si no el de hoy— siempre encontraría en ellos rendijas por donde infiltrar suspicaces interrogaciones, lagunas en que hundir la sonda inquieta de sus dudas.

Indudablemente la biografía casi novelada, preferentemente literaria, es una estimable producción que contribuye de modo poderoso a vulgarizar hechos y hombres del pasado; pero esta producción ha de ser sometida a reglas tan rigurosas, que no quede ninguna sospecha de error, de prejuicio o de superficialidad.

Las fuentes, las notas, las citas, todo ese ejército molesto y modesto que el historiador moviliza constantemente y que ha merecido los más despectivos juicios, es en verdad bastante árido y hasta cierto punto antipático. Pero ¡qué confianza inspira, qué facilidades da cuando al disentir del autor buscamos en los orígenes hechos que nos den o le den la razón!

Claro es que el tipo de biografía de que nos ocupamos descarta el procedimiento que se ha dado en llamar indistintamente crudito o pedantesco. En este tipo de biografía el autor narra, enjuicia y define por su cuenta con arreglo a su particular criterio, siguiendo las normas que le son más agradables, con una probidad que, como el valor de los militares que no han entrado en fuego, «se le supone».

Y con límites tan amplios se incurre en demasías francamente inadmisibles.

Busquemos una prueba para no caer en el pecado que estamos censurando.

La colección *Vidas españolas del siglo XIX* —lo de hispanoamericanas es aditamento más reciente— publicó un tomo titulado *Méndez Núñez, el héroe del Callao*.

Su autor, D. Manuel de Mendivil, encabeza el librito con un «Capítulo primero, que puede servir de prefacio», del que son los párrafos alegres y confiados que a seguido copiamos:

«Los amabilísimos lectores que se dispongan a interesarse por las páginas del presente libro habrán dignamente observado al hojear otros, que los grandes historiadores ingleses acostumbran a encabezar los diversos capítulos de sus obras con la palabra *authorities*, en cuyo seguimiento estampan interminable lista de nombres y de títulos de volúmenes, de su particular inspiración; en nuestra prosaica tierra de garbanzos suelen igualmente escritores, tanto el encopetado como el chirle, adornar los frutos de su ingenio con un aditamento o estrambote rotulado *Bibliografía*, parejo al leterito *authorities* de marras, y, como él, relación detallada de inacabable serie de obras de toda laya y condición, las más apuestas en ocasiones al tema principal que de ilustrar se trata; se logra con ello admirar de buenas a primeras al lector sencillo, y se adquiere, además, a poca costa, fama de escritor documentado y erudito; no es mucho en puridad, aunque «menos da una piedra», según el proverbio.»

Cuenta seguidamente el Sr. Mendivil cómo un *erudito* amigo suyo le preguntó en cierta ocasión el significado de la palabra italiana *olio* y después de este rasgo que no debe ser olvidado en la biografía del Sr. Mendí-

vil, ya que tanto afirma su sapiencia sobre la de los eruditos que él conoce, añade con su inimitable optimismo:

«Desde aquel punto y hora —el punto y hora en que descubrió el significado de la palabra italiana *olio*— no he leído bibliografía alguna sin reirme para mi capote, con tanta mayor fuerza cuanto más copiosa era la lista bibliográfica. Y ya saben ustedes la razón de que mi libro, bueno o malo, aparezca sin los consuetudinarios adornos, y la causa de que yo renuncie a sentar plaza de erudito. En este país del camelo me ha dado el naípe por no cultivar el camelo. Pero, eso sí, con la mano sobre el corazón juro solemnemente que no invento ni una sola línea de las que amablemente van a leer ustedes.»

Estas desenfadadas declaraciones sirven de prefacio a la biografía de D. Casto Méndez Núñez. No puede sorprender a nadie que a continuación se pinte a un Méndez Núñez que es un celoso funcionario del Ministerio de Marina, con un concepto que honraría a un portero mayor.

¿Que Méndez Núñez no fué eso?

Naturalmente. Pero el Sr. Mendivil, que tiene tan curiosa opinión de España —país del camelo—, y de los eruditos españoles e ingleses, ¿qué opinión va a formar de Méndez Núñez ni de nadie?

Con ponerse la mano sobre el corazón y jurarnos que no inventa nada, cosa que ya habíamos supuesto al leer las primeras páginas de su libro, se cree con derecho a bailar un zapateado sobre los pobres eruditos y luego otro sobre el no menos infeliz Méndez Núñez, y se queda tan tranquilo.

El caso del Sr. Mendivil no es corriente, reconozcámoslo, pero es la proyección dislocada y caricaturesca del mal de origen que nos ocupa.

No; no nos inspira grandes simpatías el criterio que impera en la colección *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*.

* * *

Y apresurémonos a proclamar que el Sr. Salaverría no tiene nada de común con el Sr. Mendivil. Es declaración innecesaria; pero nos mordisqueaba la conciencia mientras íbamos dedicando al otro señor una atención que pudiéramos llamar de caso clínico; es decir, puramente dirigida a la enfermedad y no al enfermo.

El Sr. Salaverría comete, a nuestro juicio, otro error: el de no haber sabido apartar sus gafas reaccionarias, de la más pura cepa española, para ver más claramente a Simón Bolívar.

«El ojo humano armado del microscopio o del telescopio ve más, pero no ve de otra manera», apunta Anatole France en una sutil estimación de la limitación humana. Es verdad; pero el ojo inteligente y sagaz de Salaverría hubiera visto más sin los turbios cristales de sus antecedentes. Hubiera visto y con ellos no ve.

Situémonos en lectores del libro de José María Salaverría. No sabemos nada de Simón Bolívar. Apenas guarda nuestra memoria un vago recuerdo de confusas lecciones de historia de España mal entendidas en el Insti-

tuto. El centenario coloca ante nosotros la figura del héroe; nos la descubre. Surgen libros franceses, portugueses, en diversos idiomas; pero naturalmente, preferimos un libro español: el de D. José María Salaverría. Firma acreditada, edición pulcra y económica. Además, breve. Es el que nos conviene.

Los primeros capítulos satisfacen el gusto más exigente. La gentil Caracas, la Sociedad criolla, depurada y magnífica destacando sobre la gente de color, descendientes de conquistadores, virreyes, obispos, presidentes de audiencias, capitanes generales. Deslumbrante conjunto. El niño prócer aumenta la sugestión. Es simpático el «chico de familia linajuda que campa y triunfa en su ciudad natal». La infancia sonriente. Oro, nobleza —es marqués— cuidados, complacencia de todos. Estudia y no estudia. En su clase es ingrato estudiar seriamente e indigno no saber lo necesario para aparentar que se sabe todo. Le enseñan el «ilustre jurisconsulto de Caracas D. Miguel José Sanz» y «el hombre más extravagante de Caracas: Simón Rodríguez, que a veces no quiere llamarse Rodríguez, sino Robinson» «Simón Rodríguez ha leído todos los libros y es republicano fanático».

Con Guillermo Pelgrón aprende «un poco de latín», humanidades con los padres Negrete y Andújar, y ciencias físicas con Andrés Bello. Pero es a Rodríguez a quien prefiere, «porque en la Sociedad distinguida de Venezuela ha prendido la moda enciclopédica y las gentes nobles de Caracas, fieles al sino dieciochesco, alternan el aristocrático culto de la elegancia con una sentimental inclinación hacia nuevas formas políticas que prometen hacer felices, benignos, libres y amigos de las luces a los pueblos».

Rodríguez «empuja a Bolívar por el camino del desamor a España». Es, sin duda, un capricho del estafalario Rodríguez, como el de llamarse Robinson.

Como la familia de Bolívar es noble y conserva el culto español de viejo estilo decide que se traslade a Madrid a educarse en las buenas normas españolas. *Robinson* ha desaparecido, le interesan otras cosas más que el discípulo en quien veía germen de odio a lo hispano. Bolívar, subteniente del batallón de blancos de los Valles de Aragua, se pavonea dentro del brillante uniforme marcial. «Es un gozo legítimo y juvenil.»

Se embarca para España. Repleta la bolsa, satisfecha la vanidad, el subteniente se adentra por el mundo. Pero en Veracruz comete la primera *pifia*, lanzando delante del virrey Azauza «toda la doctrina republicana que le ha insuflado el maestro Rodríguez».

En Madrid se une imprudentemente al guardia de Corps Manuel Mallo. Mallo es el amante de la reina María Luisa, y Bolívar conoce a ciencia cierta las debilidades de la realeza. Las insuflaciones de Rodríguez fermentan. Se afirma el entusiasmo por la libertad y aparece en el cerebro de Bolívar, aún difuso, el anhelo de hacer independientes a los pueblos americanos.

Se enamora de María Teresa Rodríguez del Toro. Presume de rico y de rumboso; pero Mallo cae en desgracia y lo encarcelan, y por temor a sospechas Bolívar salta a París, cuando, firmada la paz de Amiéns, triunfa gloriosamente Bonaparte. Otra vez la visión deslumbradora de la República y de un pueblo que se siente libre.

La muerte de María Teresa bambolea al flamante currutaco, que para

olvidar corre de nuevo a Europa, donde ha de ser «el caballerito elegante y curioso»; pero este «caballerito» siente ante Bonaparte emperador una reacción insospechada: odio hacia el tirano. Impone modas, gasta sin tino, arruina la bolsa y la salud. Gracias a que providencialmente surge el estafalario Rodríguez (que ahora ya se llama definitivamente Robinsón) y le lleva a través de los Alpes y las risueñas llanuras de Lombardía a presenciar cómo Napoleón se corona ante su ejército.

Rodríguez cree que el emperador los mira con su anteojo de campaña, y los dos se escurren prudentemente para no ser tomados por espías. Una escena final en la cumbre del Aventino, donde Bolívar jura consagrarse a conquistar la independencia de su patria...

Napoleón introduce sus tropas en España. Se desmorona el trono. La nación «suprimida mantiene su estructura integral». «Las muchedumbres que gimen bajo el despotismo español» podían aprovechar el momento para rebelarse. Pero no ocurre así. Sin el general Miranda, que «después de una vida de pintorescas y gloriosas aventuras por Europa» y con el virus de las logias masónicas de Londres organizó una expedición de «200 voluntarios de todas clases y nacionalidades», no se hubiera quebrantado la adhesión del pueblo al rey ni fructificarían las ideas de emancipación de «hacendados, nobles, ricos, doctores, frailes y eclesiásticos».

Miranda desembarca en Ocumare, y nadie le hace caso. Tiene que huir. En agosto de 1806 repite la intentona y se repite el fracaso. Entre los exaltados de Venezuela está Bolívar, y el capitán general es un «afrancesado» que se deja cándidamente engañar por el pérfido canónigo D. José Cortés de Madariaga. Y estalla la revolución. Bolívar fracasa como diplomático en Londres. En las logias tropieza con Miranda. En 1811 comienza la guerra. Bolívar, relegado por los celos de Miranda a la comandancia de Puerto Cabello, tiene que huir ante la sublevación de los prisioneros españoles, «vencido sin gloria, fracasado». Cuando en Guaira Miranda intenta escapar le tienden una celada, y es Bolívar el que cautelosamente le desarma para entregarle a los conjurados. Luego quiere fusilarle. Con pasaporte generosamente concedido —«¿le dan la libertad a cambio de una traición según eso?»— embarca para Curaçao. Piensa en ser oficial en un regimiento inglés, y le contiene la consideración de su pobreza. En 1812 vuelve a Cartagena de Indias, bajo el estigma de traidor. Le dan el mando de un cuerpo de ejército. Sorprende con una Memoria en la que estudia graves problemas políticos. ¿Dónde aprendió esto? Genialidad. Es contrario al régimen federal. Justifica la guerra a muerte. En su proclama de Mérida lo declara terminantemente. Entra el primero en Caracas. Pero aparece Boves, de turbios antecedentes, de invencible acometividad, con sus feroces llaneros. Bolívar da orden de fusilar a los españoles prisioneros en Guaira. En La Puerta tiene que huir a uña de caballo ante las terribles lanzas de Boves. Y Bolívar sale bochornosamente de Cumaná expoliado y con nuevo estigma de traición. En Cartagena de Indias soporta las acusaciones del general Castillo. En las proximidades de Cartagena, sin lograr reconciliarse con Castillo, y bajo la amenaza del general Morillo, «procede como un *condottiero* del cuatrocientos». Abandona su ejército y marcha a Jamaica. Lanza una proclama de «literato fracasado». Bolívar se refugia en Kingston. El general Morillo, «guerrero que sabe su oficio», pone en práctica las

instrucciones, «prudentes y benignas», del «rey que pretende reconciliarse con sus pueblos descarriados». El país entero queda sometido.

En Kington y sin dinero Bolívar ha de recurrir a humildes peticiones de numerario; se ve arrojado de la casa en que se aloja, lo que no le viene mal, porque le libra del puñal del negro que asesinó a Amestoy. El crimen es atribuido por los patriotas a Morillo, pero Morillo «es incapaz de recurrir a semejantes ardides». Bolívar piensa en las instituciones políticas y en el modo eficaz de mejorarlas, «echa a volar su fantasía y sueña con la posibilidad de fundar en el istmo de Panamá la futura capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del mundo antiguo». También concibe la Gran Columbia. Busca «un término medio entre los métodos aristocráticos y democráticos, dibujando un tipo de hombre ideal». Un presidente negro le presta ayuda. La flota republicana se presenta en Juan Griego. Bolívar lanza un manifiesto grandilocuente. Quiere hacer cesar la guerra a muerte, pero éste como otros buenos propósitos fracasan. A los pocos meses se encuentra en Ocumare en triste situación. Una ligereza, un aviso falso, le sobresalta de tal modo, que le hace huir vergonzosamente, abandonando partidarios, armas y bagajes. Desembarca en Güiría y se ve desobedecido. Bermudía casi le maltrata, salta para evitarlo a un bote y vuelve a la «frondosa república de los negros». Ahora no retrocederá ya más.

Son 149 las páginas dedicadas a Bolívar durante el período que comprende las tres huidas «en forma humillante, como un verdadero insurrecto, como un filibustero sin fortuna o un capitán fracasado».

Las dedicadas al período glorioso son 54. En ellas cabe toda la liberación. Bolívar ya no acaudilla patriotas, sino voluntarios europeos en unidades orgánicas. Junto a ellos, los americanos ostentan su chabacanería. En La Puerta vuelve a huir a una de caballo ante la bizarra impetuosidad de Morillo. Todavía tiene que huir otra vez de noche, sorprendido por un pelotón realista. Pero ya se considera el libertador de toda América. Necesita convocar un Congreso, que se reúne el 15 de febrero. Pronuncia un discurso en el que se revela su verdadero carácter, «una mezcla de fugas ideales y de una visión objetiva de los fenómenos circundantes». El Congreso le nombra presidente provisional, con facultades que equivalen a la dictadura. Bolívar anuncia que con la guerra acabará su mando. «¿Acaso ha creído alguna vez sincera y profundamente en la democracia pura? Los que le conocen saben que no.»

Bolívar cruza los Andes. Lanza a los granadinos una proclama en la que hay algunas falsedades. En Pantano de Vargas vence por un albur. Junto al río Boyacá obtiene una victoria brillante. Entra triunfador en Bogotá, trata bien a los prisioneros, pero cuando Santander permite que los fusilen, se hace el desentendido. En Angosturas se le recibe con entusiasmo delirante. Allí encarna el sueño de la Gran Columbia.

Morillo espera refuerzos, pero a Riego se le ocurre sublevarse, y el caudillo español no sólo tiene que proclamar la Constitución «sin excesivo entusiasmo», sino que trata con Bolívar. En Santa Ana se encuentran y se abrazan —«un millón de veces», dice Morillo—. Morillo entrega el mando. Bolívar escribe a Fernando VII. «Todas las negociaciones que se propongan serán estériles, porque la independencia de América está demasiado

adelantada, y sobre todo, porque España se ha entregado de lleno a la discordia». Se reanudan las hostilidades. En Cenaboto la legión británica decide la victoria. Bolívar entra triunfante en Caracas.

Un solo capítulo para el resto de la campaña, para la resolución de los pleitos políticos, para la obra fundamental. Otro, que titula «La fatal atracción del despotismo», para la decadencia, el agotamiento y la muerte.

* * *

Suspense el lector, contempla distraídamente el libro, meditando sobre los falsos conceptos que se adquieren en la juventud.

¡Cuánta pequeñez, cuánta miseria, cuánta ridícula adversidad, qué raras reacciones morales, qué turba de desalmados y de bárbaros! ¡Crímenes, perfidias, insensateces por todas partes!

Y en medio de todo, un obstinado dando ridículos tumbos que sin los voluntarios extranjeros, sin la dimisión de Morillo, sin el levantamiento de Riego, sin los estragos del liberalismo español, hubieran acabado en una sumisión forzosa a las normas «prudentes y benignas» de Don Fernando VII.

Pero el nombre del rey funesto obra el milagro de despertar al lector. Sonríe al imaginar las gafas reaccionarias, de la más pura cepa española, de D. José María Salaverría.

Y feliz, al verse libre de la tremenda pesadilla, aparta el tomito sin enojo y piensa en otra cosa.

RAFAEL ALVAREZ.



BENÍTEZ, JOSÉ R.—*Historia gráfica de la Nueva España*. Cámara Oficial Española de Comercio en los Estados Unidos de México. México, 1929. [Barcelona, Instituto Gráfico de Oliva de Vilanova.] 307 págs. y 21 láms., 4.º mlla.

La presente obra da a conocer, de un modo elocuente y preciso a la vez, el esfuerzo español en Méjico durante el período colonial. Los gráficos originales figuraron en la Exposición Iberoamericana de Sevilla, y se reproducen ahora en espléndida publicación que hace honor a su autor, Sr. Benítez, a la Cámara Española de Comercio de los Estados Unidos de Méjico, editora del libro, y a la oficina barcelonesa de Oliva de Vilanova.

Los aspectos de la colonización estudiados son:

Descubrimientos y conquistas en la Nueva España durante el siglo XVI. Evolución de la ciudad de Méjico. Fundaciones de franciscanos, domini-

cos y agustinos durante el siglo xvi. Expansión del idioma castellano y distribución geográfica de las lenguas indígenas. Estudio cronológico del virreinato. Numismática. Poblaciones fundadas durante el virreinato. Vías terrestres y rutas marítimas. Construcciones religiosas. Imprenta. Labor educativa. Beneficencia. Artes e industrias. Bellas Artes. Energía mecánica desarrollada durante la emancipación de Nueva España.

Todas las láminas van acompañadas de su correspondiente descripción y de un estudio histórico referente al tema, consignándose en cada caso las fuentes documentales y bibliográficas justificativas de los datos expuestos.

J. D. B.

JARNÉS, BENJAMÍN.—*Zumalacárregui: El caudillo romántico*. Madrid, Espasa-Calpe, 1931; 277 págs., con láms.

No ha sido Zumalacárregui de los personajes españoles del siglo xix que más han hecho «gemir las prensas». Pudiera decirse que más que héroe de la historia fué fantasma de la mitología. En las provincias del país vasconavarro su nombre, legendario ya, atraviesa una y otra vez la inventiva laudatoria de la tradición.

Ahora D. Benjamín Jarnés, admirable escritor, estilista inimitable, ha escrito una biografía del caudillo famoso de la Causa.

Indudablemente, esta obra de Jarnés sería digna de tenerse en cuenta si antes el general Antonio Zaratiegui, compañero de Zumalacárregui, no hubiera compuesto la biografía de éste. [Vid. D. S. Antonio Zaratiegui, *Vida y hechos de Don Tomás Zumalacárregui*. Madrid, Imp. Rebolledo año 1845.]

Jarnés se limita a poner en «su libro» un poco de literatura y a copiar luego al general biógrafo. ¿Pruebas? ¡A dos columnas!

JARNÉS

Diez compañías carlistas habían penetrado sigilosamente en las calles, arrollando, al pasar, las guardias y retenes. Se trataba de llegar hasta el alojamiento de Quesada, y hasta la puerta de él se llegó... Zumalacárregui ordenó un ataque a la bayoneta.

... la sorpresa fué mayor, aunque no dió todo el fruto que buscó Zumalacárregui.

Nació el 29 de diciembre de 1788.

El 29 de marzo del mismo año había nacido en Aranjuez Carlos María Isidro de Borbón...

ZARATIEGUI

... destacó Zumalacárregui diez compañías, las cuales penetraron con el mayor silencio, y comenzaron un ataque brusco contra los guardias y retenes, a los que arrollaron a la bayoneta, consiguiendo llegar a la puerta principal de la casa donde se alojaba Quesada.

... aunque los resultados... no fueron cual se prometió el general carlista.

El mismo día que cumplían nueve meses del nacimiento de don Carlos María Isidro de Borbón; es decir, el 29 de diciembre de 1788, nació...

... permaneció allí de guarnición hasta que Areizaga, capitán general del territorio, llamó junto a sí a Tomás, le nombró capitán archivero; otra vez secretario; no le abandonaron nunca la pluma y la espada...

Se presentaron ante Quesada tres oficiales... Hacían falta a Quesada gentes expertas en el mando...; por eso fué ascendido y puesto al frente del segundo batallón de voluntarios de Navarra.

... Se trasladó a Madrid para tomar parte en las fiestas de recepción de la nueva soberana, doña María Cristina de Borbón. Pudo aquel día ascender a general, como otros jefes, pero todas aquellas pompas no le dieron otro fruto que una caída del caballo, de la cual se resintió durante el resto de su vida.

... el capitán general de las Provincias Vascongadas, D. Juan Carlos de Areizaga, nombró a Zumalacárregui su ayudante particular, y le confió diferentes comisiones.

Y de contado logró [Zumalacárregui] le siguieran dos compañeros suyos, con quienes se presentó nuevamente a Quesada. Entonces este general le confió el mando del segundo batallón de voluntarios de Navarra...

... de Valencia a Madrid, a fin de contribuir con su presencia a la mayor pompa de la primera entrada de la reina doña María Cristina en la corte. Esta función le valió a Zumalacárregui, en vez del entorchado de brigadier, que se dió a otros jefes concurrentes, una caída del caballo, de la cual se resintió en lo sucesivo...

¿Más pruebas? Necesitaríamos muchas páginas. La armazón, el *esqueleto*, son idénticos en las biografías de Zaratigui y Jarnés. Jarnés no ha puesto, donde nosotros, en su biografía, ponemos los puntos suspensivos..., sino literatura, que en esta ocasión viene a ser como una selva espesa donde se pierde el interés de la gran figura biografiada.

Al reseñar la anterior obra histórica de Jarnés, *Sor Patrocinio*, indicamos cómo no basta ser un escritor notabilísimo para conseguir un éxito en los campos de la erudición. Cuantas obras en este aspecto se encomienden a literatos —poetas o novelistas— sin la preparación necesaria, resultarán novelas o poemas o una rara mixtión de entrambos géneros, pero nunca biografías verdaderamente serias. Sin que queramos decir que la verdad y la amenidad se den de palos.

S. DE R.



LOZOYA (MARQUÉS DE).—*El concepto romántico de la Historia*. Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1930 a 1931 en la Universidad de Valencia.—Valencia, 1930.

El marqués de Lozoya es seguramente bien conocido de los lectores, para no necesitar presentación. Poeta laureado con el premio Fastenrath, novelista, historiador, arqueólogo, crítico de arte, profesor, erudito, publicista... son muchas las facetas de su espíritu merecedoras de simpatía y admiración.

El marqués es todo lo más opuesto a un aristócrata de salón y de corte; pero en él se da el mejor de los aristocratismos, el único merecedor de general pleitesía: el aristocratismo espiritual. Carece de elegancias externas; pero posee un alma prócer, toda delicadeza, comprensión y exquisitez, fina en matices, aunque enteramente ajena a decadentismos, afectaciones y toda suerte de *pose*.

Lozoya es un noble de rancio abolengo, sencillez, campechano y modesto, como el más humilde burgués. Castellano castizo, lleva en la retina y en el alma a Segovia —su ciudad nativa y el hogar de sus antepasados—. Sus paisajes, sus rincones, sus monumentos, sus recuerdos, sus glorias pretéritas, han sido perenne manantial de inspiración para su musa y acicate para sus investigaciones. Pero, viajero infatigable además, ha renovado sus impresiones de cultura en varios países, decantando y refinando, sin mixtificarle ni quitarle aroma, el vino de la vieja solera.

Es un enamorado de la tradición española por natural influjo de estirpe, fe sincera de creyente y añoranzas de artista, que tendrán a veces repercusión en el campo político, aunque no sea éste natural ni propicio escenario para sus actividades. Pero su tradicionalismo no es hermético, unilateral ni combativo; está hecho de remembranzas estéticas, de efemérides ilustres, de grandezas desvanecidas, y henchido de indulgencia, de vibración cordial y humana. Así es el escritor y así es el hombre, que, por rara coincidencia, se adunan en una nota común.

Pero hablemos ya del trabajo que motiva estas líneas. 1830 es la obligada fecha representativa del Romanticismo, zaherido por nuestra vanguardia y eterno en su fondo. 1930 es el recuerdo obligado de aquella corriente intelectual y sentimental, la más intensa que desde el Renacimiento ha conocido el mundo. Para un historiador, y un historiador artista, quizás no existiese tema alguno más apropiado que el del Romanticismo en la Historia, cuando con carácter profesional había de dirigirse a una corporación en solemnidad valedera para un año entero.

Empieza el discurso señalando el carácter historicista del siglo XIX y la influencia romántica en esa dirección, el peso de la Historia para alentar o desalentar a los pueblos en su vida colectiva, la índole necesariamente artística de la Historia, que suele formar artificiosas y personalistas concepciones, con las que arrastra a los políticos y a la colectividad, a veces, por torcidos derroteros. El autor, frente al fetichismo documental y a la consigna del severo e impasible objetivismo, dominantes e indiscutidos hoy en el campo histórico, tiene la franqueza de reconocer y proclamar que el objetivismo absoluto es una ilusión; pues el hombre, como el personaje de Terencio, *no puede ser insensible a nada humano*, y sólo en teoría, pero no en la práctica, podrá permanecer tan frío ante los hechos de sus semejantes como ante una reacción química o ante el examen de un insecto.

Enteramente conformes. No precisa que el historiador enjuicie ni adjuice. Con sólo seleccionar y construir —y selección y construcción es toda historia que no se limite a la mera reproducción de documentos— realiza ya, aun a pesar suyo, una obra personal. Claro está que en ese personalismo no ha de confundirse al historiador honrado, buscador de la verdad sobre todo, con el histrión encaramado a un escenario.

No es desdeñable la Historia —dice bien el marqués— porque el historiador proyecte su yo noblemente sobre ella; pero sí precisa conocer la persona del historiógrafo para juzgar su posición ante los hechos que relata, y el consiguiente valor de sus asertos. «La deformación subjetiva de la Historia aparece con la Historia misma.» Es la adulación al príncipe en el remoto Oriente y en la Edad Media, el amor al pueblo en Grecia y Roma (aunque ésta sintiera y proclamara por primera vez el austero y desinteresado culto a la verdad histórica); el ansia novelesca de los pueblos musulmanes y del Romanticismo novecentista; el nacionalismo y el patriotismo exaltados; la piedad medieval, ingenuamente fantaseadora y milagrera; el prejuicio anacrónico, que hasta nuestros días hace juzgar a personajes e instituciones del pasado según las ideas del presente; el que a los hombres de la Revolución francesa les inducía a encantarse con las repúblicas de Grecia y Roma, sin comprender su carácter oligárquico y privilegiado, y a los demócratas españoles suspirar por las libertades de la Edad Media, especialmente las de Aragón, que no fueron sino despotismo feudal y abyecta servidumbre en la masa del pueblo.

Insiste el marqués en detallar el fomento y divulgación del pasado, aun entre el vulgo, que el Romanticismo produce, y traza el cuadro del mundo bellísimo (retórico y frecuentemente imaginario) que sobre las antiguas civilizaciones forman los hombres de la generación romántica.

Señala sus grandes historiadores, que son a la vez grandes poetas: Thierry, Lamartine, Macaulay, Castelar; el influjo de aquel subjetivismo colorista, aun en historiadores tan probos como Renan y Dozy, y la repercusión histórica en libros de pura imaginación, desde Walter Scott y Víctor Hugo a nuestros Fernández y González y Ortega y Frías.

Con verdadera imparcialidad analiza lo que el apasionamiento político —eje de todo el siglo xix— contribuyó a deformar la Historia con *clichés* hechos, tanto en el campo liberal como en el absolutista. Su inclinación personal a la derecha, no le impide reconocer el mayor relieve, el carácter menos partidista y tendencioso, más general, artístico y de superior valor histórico, que posee, dentro del Romanticismo, la Historia progresista sobre la reaccionaria. Afirma, con Salcedo Ruiz, que las musas no fueron nunca absolutistas, y proclama que la Historia de España por el liberal D. Modesto Lafuente no tuvo en el opuesto campo otra alguna que se acercara a su mérito.

«La tesis de la historiografía liberal —dice— consiste en concebir todo el desenvolvimiento de la actividad humana como una lucha, a lo largo de los siglos, entre la democracia y la libertad y la tiranía política o religiosa, que vienen a ser el Ormuz y el Arimán de los viejos mitos mágicos...» «La tesis tradicionalista es... un intento de explicación de la Historia de España, a la cual Dios castiga o premia según su fidelidad a la Iglesia y al rey. Intento un poco atrevido.»

Ambas tesis toman por palenque ciertas épocas históricas con preferencia a las demás. Desechan por oscura la Edad Antigua, y por demasiado próximo el siglo xviii. Empiezan su propaganda a partir de la España goda, que ofrece campo partidista con los Concilios, las luchas religiosas y la discutida teocracia. Más aún se aferran a la Reconquista, con sus contrastes pintorescos, sus *moros y cristianos*, la ruda y sencilla fe de los

hombres del Norte, frente a la cultura musulmana del Sur, voluptuosa y refinada; sus libertades forales y sus héroes románticos: el Cid, San Fernando, Jaime I, Pedro III de Aragón, Isabel la Católica. Explotan la epopeya de nuestra colonización americana, descubriendo un filón poético en el Nuevo Mundo, con sus paisajes tropicales, sus aventuras, sus misiones y el padecimiento de los indios. Tienen brillante escenario en la Casa de Austria, con su imperialismo universal del siglo xvi, trocado, como por mutación escénica, en la decadencia moribunda de las postrimerías del siglo xvii. Un hombre y una institución, hechos bandera y símbolo para las dos tendencias opuestas, representan la cumbre de su esfuerzo combativo: Felipe II y la Inquisición. El siglo xix, con las vergüenzas de la corte de Carlos IV, la exaltación patriótica de la guerra de la Independencia, la revolucionaria de las logias, la reformadora de las Cortes, la realista del despotismo fernandino, la legitimista de las guerras civiles, ofrece también a la sugestión romántica temas brillantes.

Respecto a estos y otros hechos, personajes, ideas e instituciones, estudia bien el autor los dos *clichés* en pugna.

Pero, luego de terminada su obra de análisis, olvidando el marqués de Lozoya la gravedad didáctica de su papel profesional, de la ocasión y del auditorio a quien se dirige, en espontáneo, irresistible y simpático movimiento de fuga hacia su íntimo y verdadero yo, confiesa hallarse en la situación angustiosa del médico, que notara en sí los síntomas de la enfermedad que estaba diagnosticando; y suelta con cierto rubor el escalpelo, para declarar que, aunque la historia-arte implique amaño y personalismo, él no sabe hacerla de otro modo. No se avergüence de ello el blasonado historiador. Desde Herodoto a Mommsen, Renán, Taine y Menéndez y Pelayo, toda gran obra de Historia ha sido una obra de arte. Un frío centón erudito será plausible labor de paciente acarreo; pero sólo es digno de narrar cosas humanas quien, además de saber representarlas en su mente, sabe sentir las en su corazón y acercarse a ellas con un emocionado temblor de humanidad.

J. DELEITO Y PIÑUELA.



VILLA-URRUTIA, MARQUÉS DE.—*Eugenia de Guzmán, emperatriz de los franceses*. (Colección *Vidas españolas del siglo XIX*). Madrid, Espasa-Calpe, 1930.

Nuestra compatriota que tuvo la suerte o la fortuna de traspasar la frontera para ser, en París, figura de primer orden por su belleza y por su inteligencia primero, y más tarde por el rango a que la elevó Napoleón III, eligiéndola por esposa, Eugenia de Montijo, no ha tenido buenos biógrafos. Casi nadie ha escrito sobre ella elevando el espíritu por encima de sus pasiones, a pesar de ser tantos los libros que se ocupan de ella.

Realmente, el caso de Eugenia de Montijo es de los que se prestan al elogio ditirámico o al ataque desmedido; es caso de aquellos en que no hay términos medios de ponderación en el juicio y de exactitud en la referencia de hechos y sucedidos. La condición de extranjero, en todas partes, es motivo de desvío de las gentes; la de hermosa, de envidia; la de despejada o desenvuelta, de murmuraciones; la de emperatriz, y en tiempos tan agitados como los de su actuación pública, de ataques despiadados y de calumnias infundadas, pero admitidas y propagadas con toda la pasión que se pone por todos en las contiendas políticas. Añadid a esto que Eugenia de Montijo vió deshacerse el imperio y rodar la corona y el prestigio de las instituciones cuando estas estaban en sus manos, aunque no precisamente por culpas propias, sino por ese algo fatal que late en el fondo de toda la lógica de los acontecimientos históricos. Añadid que durante todo el tiempo, largo período de más de cincuenta años, que paseó por el mundo su categoría de emperatriz, agasajada por todos, por nadie denigrada teniendo tal vez en cuenta el respeto que merece la feminidad y el superior que no se niega a la desgracia, Eugenia de Montijo fué obstinadamente enemiga de la exhibición, a nadie permitió escribir sobre ella autorizadamente ni una palabra de disculpa para sus errores políticos, si los hubo, ni una línea contestando a las calumniosas especies lanzadas sobre lo honrado de su origen o la sinceridad de sus amores; nada. Esto, tal vez, unido al medio siglo de silencio en torno a su persona, hizo olvidar sucesos de enorme trascendencia histórica en que ella intervino como protagonista o como comparsa de primer plano.

Hoy, a los diez años de muerte, la historia se va desperezando con respecto a la emperatriz. Las cartas de Merimée, editadas bajo el «mecenaje» del duque de Alba, son un signo; las cartas cruzadas entre el emperador y la emperatriz durante los días trágicos para ellos de la guerra franco-prusiana (*Revue de Deux Mondes*, 1930) también lo son; y este libro del obstinado historiador —meritísima obstinación que ojalá no se rinda jamás— marqués de Villa-Urrutia es una realidad.

Villa-Urrutia ocupa una posición intermedia entre detractores y lisonjadores de la emperatriz. Está tan distante de *Les amours de Napoleon III* (Londres, segunda edición, 1864), indecoroso libelo difamador, exagerado, sucio, como del canto de elogio apasionado que entonó Daudet en honor de su amiga y protectora (*L'Impératrice Eugénie*, París, Arthème Fayeux, 1910; segunda edición con el título de *L'Inconnue*, París, Flammarion, 1922).

Hay dos libros que no han podido menos de ser tenidos en cuenta por el marqués de Villa-Urrutia para la confección del suyo: el de Irene Mauget (*L'Impératrice Eugénie*, París, Soc. des Publications Littéraires, 1909) y el de Frédéric Loliée (*Eugénie de Montijo*, París, Jules Tallandier, 1918); y puestos a buscar un probable antecedente directo a la obra objeto del presente comentario, más fácil es encontrar puntos de coincidencia con el segundo de los libros citados que con el primero. Mauget, sin llegar a las procacidades del anónimo citado más arriba, siente placer en adentrarse en la vida privada de la emperatriz, describe sus reuniones, sus fiestas, y no siempre con la serenidad propia del historiador. El segundo prescindir de minucias y da un sentido puramente narrativo a su trabajo.

Villa-Urrutia no puede despojarse de su carácter de historiador, ameno, correcto, divertido, pero historiador, ni de otro aspecto de su carácter como escritor: de un distinguido porte de diplomático, una finura y un tacto exquisitos en el modo de tratar cosas y de describir. Como historiador está próximo a Loliée. Como narrador está más cerca de sí mismo que de nadie otro por esta delicada suavidad con que, sin injuriar, lo dice todo o lo deja adivinar todo.

Y como observador directo, el marqués sabe recoger gestos, palabras dichas y tomadas al vuelo hace muchos años, cuando personalmente asistió a algún episodio aislado de la vida que reconstruye, le da forma y ser literarios y los incorpora a la historia en su libro.

Se puede repetir, tratándose del nuevo libro de Villa-Urrutia, el juicio formulado por mí aquí mismo, hablando de otra biografía de que es autor, la del general Serrano. Se puede añadir hoy, al cabo de las publicadas ya en la misma colección, que es el único colaborador de ella que se ha situado en el punto exactamente apropiado al objeto propuesto por los editores o, por lo menos, el que van logrando: uno situado en la línea que va de la historia a la novela, pero muchísimo más próximo al primer extremo que al segundo; no tienen sus biografías la aridez característica de lo que es puro fruto de rebuscas, de recopilación de datos, de depuración de noticias; tampoco son todo lo amenas, o alegremente amenas, que suele ser la novela; pero sin apartarse del camino de la narración, contiene otros elementos, como consideraciones personales, juicios propios sobre hechos y personas, su testimonio vivo, etc., que lo colocan en el lugar indicado más arriba.

JENARO ARTILES.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA

Generalidades

- 2.104. *Bibliografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VIII, 1931, págs. 114-116. V. núm. 2.068.
- 2.105. Pérez-Minguez, Fidel. — *La condesa de Castellar, fundadora del convento de las «Carboneras»*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VIII, 1931, págs. 41-52.
- 2.106. San José, Diego. — *Estampas del Madrid viejo: Semblanza de la villa y corte*, en *El Liberal*. Madrid, 20 diciembre, 1930.

Escritores madrileños

- 2.107. Ardila, Luis. — *Enrique de Mesa y la sierra del Guadarrama*, en *La Época*. Madrid, 14 febrero, 1931.
- 2.108. Carayón, M. — *Lope de Vega*. París, Rieder [1929], 88 págs. + 60 láms., 12.º
- 2.109. Cervantes Saavedra, Miguel de. — *Don Quijote de la Mancha*. Edición comentada por Clemencín. Ilustración de Gustavo Doré. Barcelona, B. Bauzá, 1930, 533 págs. + 115 láms., 4.º
- 2.110. Cervantes. — *Novelas ejemplares*. Prólogo de R. Seco. Madrid, C. I. A. P., 1930, 128 págs., 8.º
- 2.111. Cervantes di Saavedra, Michele. — *Don Chisciotte della Mancia*. Traduzione integrale di B. Gamba, riveduta dal prof. E. Fabietti. Vol. I: Milano, S. S. Giovanni, 1929, 461 págs., 16.º
- 2.112. Cervantes di Saavedra, Michele. — *Don Chisciotte della Mancia*. Firenzi, H. Salani, 1930, 396 págs., 16.º
- 2.113. Gippini, José Enrique. — *Mujeres del teatro de Benavente: Gunna*, de «*La honra de los hombres*»; *Isabel de Inglaterra*, de «*La vestal de occidente*»; *Elisa*, de «*Una señora*», en *La Época*. Madrid, 27 diciembre, 1930, 31 enero y 23 febrero, 1931. V. núm. 2.073.
- 2.114. Moratin, Leandro F. de. — *El sí de las niñas*. Edic. de C. Pitollet. París, A. Hatier, 1929, XI + 96 págs., 16.º
- 2.115. Répide, Pedro de. — *El centenario de Don Ramón de la Cruz*, en *La Libertad*. Madrid, 8 febrero, 1931.
- 2.116. San José, Diego. — *Del Madrid viejo: La parroquia en donde fué bautizado Quevedo*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 7 enero, 1931.
- 2.117. Schwering, J. — *Cervantes: «Don Quijote» und der Kampf gegen den Roman in Deutschland*, en *Euphorion-Zeitschrift für Literaturgeschichte*. Leipzig-Wien, XXIX, págs. 497-503.

2.118. Valbuena y Prat, Angel.—*Un personaje prefreudiano de Lope de Vega*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VIII, 1931, págs. 25-35.

2.119. Vega, Lope de.—*Obras*. Publicadas por la Real Academia Española. Obras dramáticas, tomo XII. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1930, XXX + 690 págs., 4.º

2.120. Vega, Lope de.—*El Brasil restituído*. Together with a study of patriotism in his theater, by G. de Solenni. New York, Instituto de las Españas, 1929, CXLI + 159 págs., 8.º

2.121. Vega, Lope de.—*El desdén vengado*. Edited, with introduction and notes by Mabel Margaret Harlan. New York, Instituto de las Españas, 1930, XLIX + 196 págs., 8.º

Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

2.122. Baig Baños, Aurelio.—*Descripción del catálogo bibliográfico de la sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional*, en REV. DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VIII, 1931, págs. 53-75.

2.123. López Cansinos, Abelardo.—*La prensa madrileña de los siglos XVII y XVIII*, en *Estampa*. Madrid, 27 diciembre, 1930.

2.124. Ras, Matilde.—*Los manuscritos de la Biblioteca Nacional*, en *Heraldo de Madrid*, 23 diciembre, 1930.

2.125. Zarco Cuevas, J.—*Catálogo de los manuscritos castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial*. Tomo III. Indices y apéndices. El Escorial, 1929, XI + 564 págs., 4.º

Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

2.126. Beroqui, Pedro.—*Apuntes para la historia del Museo del Prado*, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Madrid, XXXVIII, septiembre y diciembre, 1930.

2.127. Estevez-Ortega, E.—*El Jardín Botánico*, en *La Esfera*. Madrid, 13 diciembre, 1930.

2.128. Ezquerria del Bayo, Joaquín.—*La casa de la Real Academia de San Fernando*, en REV. DE LA BIBL. ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VIII, 1931, págs. 36-40.

2.129. García Bellido, A.—*Sobre la estatua ecuestre de Felipe III: Una carta de Gómez de Mora al duque de Lerma*, en REV. DE LA BIBLIOTECA, ARCH. Y MUSEO, VIII, 1931, págs. 95 y 96.

2.130. García Rey.—*Artistas madrileños al servicio del arzobispado de Toledo*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VIII, 1931, págs. 76-78.

2.131. Moret, Julián.—*Una visita a Alcalá de Henares*, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Madrid, XXXVIII, diciembre, 1930.

2.132. San José, Diego.—*Estampas del Madrid antiguo: El viejo palacio de Alcañices*, en *El Liberal*. Madrid, 14 diciembre, 1930.

2.133. Soler, Luis.—*La plaza de Neptuno*, en *Revista Diplomática*. Madrid, octubre, 1930.

2.134. Soler Puchol, Luis.—*Hoy hace años..., 193, que se inauguró el teatro de la Opera en Madrid*, en *A B C*. Madrid, 17 enero, 1931.

2.135. Soler Puchol, Luis.—*El Museo Municipal en el viejo Hospicio madrileño*, en *A B C*. Madrid, 4 enero, 1930.

2.136. Soler Puchol, Luis.—*El Museo Romántico*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 4 enero, 1931.

2.137. Soler, Luis.—*El Museo Romántico*, en *Revista Diplomática*. Madrid, agosto-septiembre, 1930.

2.138. Sorribes, Pedro C.—*Visita al Castillo de Viñuelas*, en *Bol. de la Soc. Española de Excursiones*. Madrid, XXXVIII, diciembre 1930.

2.139. Subirá, José.—*Dos tonadillas cortesanas*, en *REV. DE LA BIBLIOTECA, ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, VIII, 1931, págs. 91-95.

2.140. Subirá, José.—*La zarzuela española en la segunda mitad del siglo XVIII*, en *Boletín Musical*, agosto, 1930.

2.141. Tamayo, Victorino.—*Los teatros de Madrid en la época de José Bonaparte*, en *La Libertad*. Madrid, 3 enero, 1931.

Tradiciones, Costumbres, Folk-lore

2.142. López Cansinos, Abelardo.—*La hermandad de cirujanos y sangradores de Madrid, fundada en el siglo XVIII*, en *Estampa*. Madrid, 10 enero, 1931.

2.143. Portasany, Eladio.—*La coronación de la Virgen de Atocha*, en *A B C*. Madrid, 14 febrero, 1931.

2.144. Prado, Fidel.—*Cómo guardaba Madrid sus presos hace un siglo: En el Saladero, en las Arrepentidas y en la Galera*, en *Heraldo de Madrid*, 30 enero, 1931.

2.145. San José, Diego.—*Estampas del Madrid viejo: El monasterio que debe su fundación a la batalla de Lepanto*, en *A B C*. Madrid, 15 febrero, 1931.

2.146. Velasco Zazo, Antonio.—*Evocaciones madrileñas: La fiesta del Manzanares*, en *La Esfera*. Madrid, 20 diciembre, 1930.

Administración municipal, Instituciones y Servicios municipales

2.147. García, J. A.—*Cómo funciona una gran entidad benéfica: Una visita al Instituto Municipal Antidiflérico*, en *Heraldo de Madrid*, 26 diciembre, 1930.

Planos y guías. Obras y proyectos

2.148. Blanco Soria, Luis.—*Las calles, plazas y plazuelas de Madrid: Entre la Real del Barquillo y el Prado Nuevo de los Recoletos*, en *La Voz*. Madrid, 8 diciembre, 1930.

2.149. Blanco Soria, Luis.—*Las calles, plazas y plazuelas de Madrid: El histórico barrio de Santa Bárbara y sus alrededores*, en *La Voz*. Madrid, 20 diciembre, 1930.

2.150. Blanco Soria, Luis.—*Las calles, plazas y plazuelas de Madrid: Por los Siete Jardines y sus inmediaciones*, en *La Voz*. Madrid, 27 diciembre, 1930.

2.151. Blanco Soria, Luis.—*Las calles, plazas y plazuelas de Madrid: El poético e histórico salón del Prado*, en *La Voz*. Madrid, 6 enero, 1931.

2.152. Blanco Soria, Luis.—*Las calles, plazas y plazuelas de Madrid: El Prado de los monjes Hierónimos*, en *La Voz*. Madrid, 12 enero, 1931.

2.153. Blanco Soria, Luis.—*Por las calles, plazas y plazuelas de Madrid: El romántico monasterio de San Plácido*, en *La Voz*. Madrid, 26 enero, 1931.

2.154. Blanco Soria, Luis.—*Por las calles, plazas y plazuelas de Madrid: El convento de Santo Domingo el Real y su interesante leyenda*, en *La Voz*. Madrid, 18 y 23 febrero, 1931.

2.155. Mata, Juan M.—*El Madrid de mañana, según el proyecto premiado de Zuazo y Jansen*, en *A B C*. Madrid, 21 enero, 1931.

2.156. Sarto, Juan del.—*La dinámica y cortesana glorieta de Bilbao, centro febril de cosmopolitismo*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 21 enero, 1931.

2.157. Zuazo Ugalde, S. de y Jansen, H.—*Anteproyecto del trazado viario y urbanización de Madrid*. S. l., s. i. [1930], 89 págs., fol.

2.158. *Una reforma interesante para Madrid: El proyecto de unión de la Gran Vía y plaza de España con el Parque del Oeste*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 4 febrero, 1931.

IMPRENTA MUNICIPAL

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es